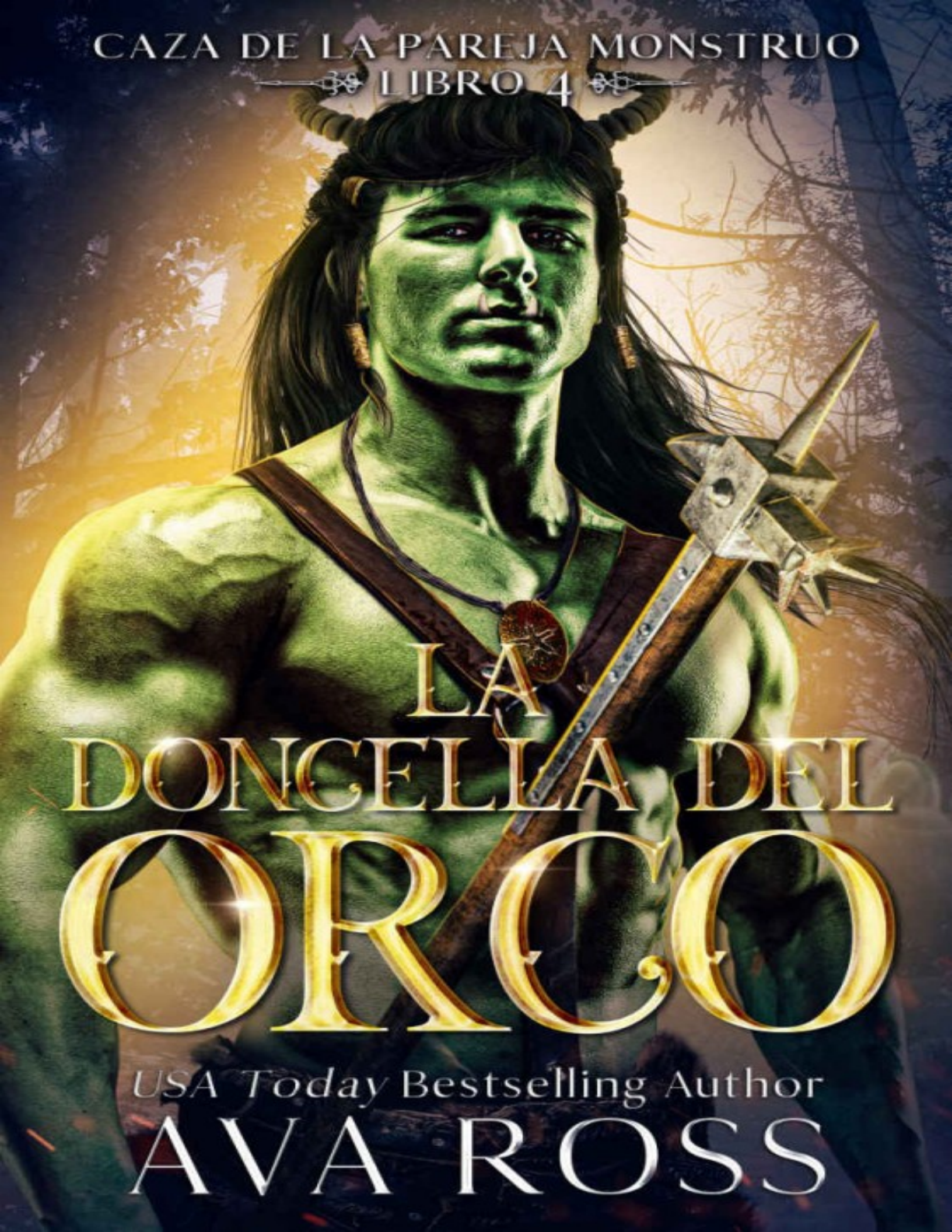
CAZA DE LA PAREJA MONSTRUO

LIBRO 4



LA DONCELLA DEL ORCO

USA Today Bestselling Author

AVA ROSS

LA DONCELLA DEL ORCO

CAZA DE COMPAÑERAS PARA MONSTRUOS LIBRO 4

AVA ROSS

ENCHANTED STAR PRESS, LLC

LA DONCELLA DEL ORCO

Caza de Compañeras para Monstruos Libro 4

Clan Matis

Copyright © 2024 Ava Ross

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto por el uso de citas breves con aprobación previa. Los nombres, personajes, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con una persona real, viva o muerta, es pura coincidencia.

Diseño de Portada: Germancreative

Editado en español por Javier López de Lérida.

Creado con Vellum

ÍNDICE

La Doncella Del Orco

Prólogo
1. Alwen
2. Zickar
3. Alwen
4. Zickar
5. Alwen
6. Zickar
7. Alwen
8. Zickar
9. Alwen
10. Zickar
11. Alwen
12. Zickar
13. Alwen
14. Zickar
15. Alwen
16. Zickar
17. Alwen
18. Zickar
19. Alwen
20. Zickar
21. Alwen
22. Zickar
23. Alwen
24. Zickar
25. Alwen
26. Zickar
27. Alwen
28. Zickar
29. Alwen
30. Zickar
31. Alwen

32. Zickar
33. Alwen
34. Zickar
35. Alwen
36. Zickar
37. Alwen
38. Zickar
39. Alwen
40. Zickar
41. Alwen
42. Zickar
43. Alwen
44. Zickar
45. Alwen

La Cautiva Del Orco
Acerca del Autor

Para mi propio héroe especial,
mi esposo, Rusty.

LA DONCELLA DEL ORCO

Estoy decidida a tomar las riendas de mi vida... hasta que conozco a un orco rudo que me hace soñar con un futuro a su lado.

Alwen: Hace un año, uno de los hombres de mi aldea me hizo daño. Cuando intentó hacerlo por segunda vez, me encargué del problema… de forma permanente. Ahora, he sido seleccionada para la Cacería Anual de Compañeras de Monstruos, donde dos mujeres del pueblo deben adentrarse en el bosque para ser reclamadas como esposas de orcos. Si uno intenta tomarme, lo manejaré igual que al hombre de mi aldea.

Para mi desgracia, me capturan unos ladrones traicioneros. Mientras planeo mi escape, un orco enorme y gruñón ataca el campamento. Mata a los ladrones y anuncia que soy su compañera predestinada.

No me rendiré sin pelear. Si tan solo no me desmayara cada vez que se acerca...

Zickar: Tengo un solo propósito: encontrar a mi hermano Dakur y traerlo de vuelta a nuestro clan. Pero el camino me lleva hasta Alwen, y al tocarla, mi colgante de clan brilla, demostrando que es mía. Lucha contra mí a cada paso, y puedo ver que alguien la

lastimó en el pasado. Esta hermosa doncella merece ser tratada con ternura, y yo soy el indicado para hacerlo.

En poco tiempo, no puedo imaginar mi vida sin ella.

Pero cuando alguien me la arrebata, sé que recorreré los confines del continente para salvarla. Alwen es mi compañera predestinada, y haré lo que sea para que sea mía.

La doncella del orco es el Libro 4 de la serie *Cacería de Compañeras de Monstruos*. Prepárate para un héroe orco seductor con una creativa... (ejem) diferencia de tamaño, una mujer feroz y herida que solo se ablanda por él, y un mundo de fantasía en el que desearás vivir. Final feliz garantizado. Cada libro se puede leer de forma independiente, pero la serie es más divertida si se sigue en orden.

Advertencia: referencias a una agresión pasada (no mostrada en la historia).

Cacería de Compañeras para Monstruos
Libros en Orden:

La Pareja del Orco (Precuela)
El Deseo del Orco
El Destino del Orco
La Doncella del Orco
La Cautiva del Orco
El Sometimiento del Orco

PRÓLOGO

Términos, Personajes e Información General de Caza de Compañeras para Monstruos

La Pareja del Orco (ocurre 5 años antes de El Deseo del Orco):

Clan Zephyr: Aire. El colgante es un disco circular formado por remolinos que representan el aire y el agua.

Personajes: Odik Brunellon, Eleri. Sus hijos: Zur, Yusta.

Birgid: mujer que se burla de Eleri y asesinó a Zur, el cazador que crió a Eleri.

Cassatine: comadrona orca.

Crikin: padre de Dakur.

Drabass: hombre del clan de Odik.

Madine: orca anciana; la guardiana de las historias del clan.

Trilden: amigo de Odik.

Zarran: vox de Odik.

Zur: hombre anciano que adoptó a Eleri. Le ponen el nombre de él a su hijo.

El Deseo del Orco, Libro 1

Clan Azuris: Agua/Mareas. Medallón: espirales metálicas con picos que representan las olas.

Personajes:

Rhoslyn, Jaus Kreedaull, Shirra: su hija.

Arkest: el sanador más antiguo y venerado.

Eamon: alcalde del pueblo que quiere a Rhoslyn para sí mismo.

Feyla: vox femenina de Jaus.

Kael: guardia mayor.

Rey Surled: padre de Jaus y Madr.

Liall: orco mayor que maneja una tienda de hierbas en la ciudad orca.

Lyneth: hermana de Rhoslyn; casada con Sveth.

Mastivule: jefe de los guardias del reino.

Viskeete: orco algo grosero.

El Destino del Orco, Libro 2

Clan Lumen: sol/montañas. Medallón: con forma de sol, representa las montañas y los cielos de arriba.

Personajes:

Madr Thourand, Lyneth.

Brakkis: vox de Madr.

Finsteg: macho del Clan Matis que desafía a Madr.

Grock: macho del Clan Azuris que guarda a Lyneth y es asesinado.

Kael: guardia mayor del pueblo, amigo de Lyneth.

Milllamay: shayde que Dakur crió.

Pulost: macho del Clan Matis que desafía a Madr.

Riank: primo de Madr que desea gobernar.

Sessavia: hembra del Clan Matis, recibe a Lyneth.

Taen: shayde que Dakur crió.

Tenkaril: madre de Madr, adoptó a Zickar; mujer sabia que "ve" cuando toca a alguien.

Tescall: hermano menor y aliado de Riank.

La Doncella del Orco, Libro 3

Clan Matis: bosque. Medallón: picos del sol como rayos de sol atravesando el dosel.

Personajes:

Zickar, Alwen, su hijo: Ferrin.

Bredar: hermano de Alwen.

Brillie: hembra de Flazant.

Creea: hermana de Alwen.

Dillu: macho de Flazant.

Loobek: macho orco que fue a buscar a Dakur.

Mavileen: mujer humana, líder de la aldea en el borde del bosque.

Nayleen: hermana de Alwen.

Noul: uno de los tres shaydes que Dakur crió.

Pirrah: anciano de Flazant.

Roolina: madre de Alwen.

Rusket: macho orco mayor.

Trillie: hembra de Flazant.

Ulong: orco herrero.

Villadeer: hembra de Flazant.

Wambak: macho de Flazant.

La Cautiva del Orco, Libro 4

Clan Matis

Personajes:

Dakur, Nia

Brunt: hermanastro de Nia.

Kengart: jefe de los guardias de Brunt.

Lianire: segundo al mando de Brunt.

Veegar: hombre humano, cocinero.

Woobedon: aldea de Nia construida en medio del vasto desierto, cerca de un oasis.

El Sometimiento del Orco, Libro 5

Clan Ember: desierto/fuego.
Colgante: llamas disparándose hacia el cielo.
Personajes:
Turren, Kaila
Airest: vox de Turren.
Brunnen: hermano menor de Kaila.
Daskin: segundo al mando de Turren.
Ferella: orca femenina, Clan Ember.
Gromget: juego orco que es una mezcla de fútbol y fútbol americano.
Jabon: jefe de Kaila en la aldea.
Nuark: orco adolescente que vive en el Clan Ember.
Reven: orco adolescente que vive en el Clan Matis.
Sianna: cría orca.
Urlain: anciano del Clan Ember.
Varalar: herrera femenina en la aldea.

Historia de los Vox: Criaturas aladas criadas en el Clan Ember y vinculadas con los orcos. Se forman dentro de una semilla y, cuando salen, se vinculan con la persona más cercana. En tiempos antiguos, esta era su madre o su padre, pero ahora todos los machos y hembras elegibles viajan al Clan Ember para estar presentes durante el nacimiento. El orco vinculado permanece con el recién nacido el tiempo suficiente para que el vox crezca para volar, alimentándolo y acicalándolo para que reconozca su toque y su olor. Anidan cerca del orco vinculado, pero regresan al territorio del Clan Ember cada tres años cuando están listos para procrear.

Términos Generales
Ashenclaw: criatura similar a un lobo
Aspest berries: encontradas en la isla de Odik, se pueden añadir al té
Avestilar: grandes aves que anidan en lo alto del dosel

Boolong: criatura parecida a una vaca salvaje

Brugel: carne similar a tocino

Caedos: líder de un clan

Chall: similar a un gato; sus crías se llaman kits

Cheerish: tipo de ave

Clik: distancia; aproximadamente una milla

Daphoon: criatura marina parecida a un delfín

Doonet: una tela ligera hecha de una planta.

Dresalod: enormes y feroces criaturas marinas similares a cangrejos que atacan la ciudad orca.

Elkern: criatura tímida, similar a un ciervo.

Árboles Effervast: fragantes.

Piedra Emerest: rara, encontrada en cavernas. Turren compara su color con los ojos de Kaira cuando está enojada.

Fillawate: bebida hecha de una fruta rara que crece en las profundidades subterráneas. Fermentada, provoca una sensación de felicidad, aunque no es alcohólica.

Flazant: personas de piedra nacidas de los peñascos cercanos. Aliados antiguos de los orcos.

Hilardep: enorme araña venenosa que habita el bosque.

Lamest: serpiente del bosque.

Flores Liladek: de aroma encantador, florecen de noche.

Lindenmint: hierba que Rhoslyn toma como té; tiene propiedades antibacterianas y detiene el flujo sanguíneo de un corte. Altamente tóxica para los dresalods.

Mellabar: mermelada de fruta.

Orcling: bebé o niño orco.

Reskit: criatura parecida a un conejo.

Ribber: criatura parecida a una rata.

Secondist: martes.

Shayde: grandes y feroces criaturas similares a lagartos que viven y cazan en el bosque.

Sinderfluff: material similar a la seda.

Squitt: criatura parecida a una ardilla.

Succire: una baya roja dulce.

Mar Tartledge: vasta extensión de mar púrpura más allá del Reino Orco.

Teegar: plantas utilizadas para propulsar a los orcos hacia plataformas en el dosel o para descender al subsuelo. Funcionan como ascensores. Se alimentan con fillawate diluido.

Teetser: insecto parecido a una mosca o mosquito.

Trulist: árboles que crecen en densas arboledas.

Wanderer: orco que viaja, aprendiendo nuevas formas de usar sus colgantes.

Hojas de Weelen: usadas para hacer té.

Whisp: insecto que, al soplar sobre él, se ilumina. Utilizado en linternas como fuente de luz.

Willadon: raíz negra preparada como té para aliviar el dolor de la artritis.

CAPÍTULO I

Alwen



Esta noche, mis compañeros de aldea esperaban que abandonara la dudosa seguridad de nuestras altas murallas y me adentrara en el bosque, donde un orco grande y gruñón me arrojaría al suelo y me reclamaría como su esposa.

Ya me habían "reclamado" una vez, aunque no fue un orco, y no tenía ningún interés en permitir que algo así volviera a suceder.

—Es hora de irse.

Mi madre se mantenía firme junto a la puerta de nuestro modesto hogar, con mis dos hermanas y mi hermano a su lado. Todos me observaban. Como la mayor, los había ayudado a criar después de la muerte de nuestro padre. Y ahora, como la mayor, debía tomar mi lugar entre aquellas que eran enviadas al bosque para la Caza de Compañeras del Monstruo.

—Sé fuerte —dijo mi madre con fiereza, sus palabras fueron repetidas por mis hermanos. Se mordió el llanto con los nudillos presionados contra los labios, pero las lágrimas inundaban sus ojos. Sabía lo que me esperaba. Sabía lo que había sucedido antes. Ella me había ayudado a enterrar al que lo hizo.

—Los extrañaré muchísimo.

La abracé, tratando de no llorar. Debía permanecer fuerte, como siempre. Habían dependido de mi fortaleza durante años, y ahora les demostraría que podía enfrentar cualquier cosa. Abandonaría la fortaleza del pueblo con la cabeza en alto.

Si mostraba debilidad, alguien la usaría en mi contra.

Abracé a cada uno de mis hermanos, compartiendo con ellos un último consejo.

—Recuerda, cuando disparas, tu brazo tiende a desviarse a la derecha —le dije a mi hermano menor—. Por eso fallas.

Bredar asintió, con el labio inferior temblando. Solo tenía trece años. Era demasiado joven para tener que cazar y proveer para nuestra familia. Pero no había nadie más. Mis hermanas eran aún más pequeñas que él.

—Y tú.

Sonreí cuando Nayleen enderezó la espalda. Con solo diez años, ya cosía puntadas finas. La mejor costurera de la aldea lo había notado y le había ofrecido un aprendizaje. Pronto aportaría dinero a la familia, como nuestra madre.

—Sigue esforzándote.

—Lo haré, Alwen —respondió con la voz todavía infantil.

Me giré hacia Creea, mi hermana de nueve años.

—Sigue pensando en lo que quieres hacer con tu vida.

—Quiero ser madre —se apoyó en nuestra madre—. Pero también quiero ser independiente.

Eso lo había aprendido de mí, aunque no estaba segura de que estuviera completamente convencida. Cuando creciera, entendería mejor.

Me dolía saber que no estaría aquí para verlo, para guiarla. Para protegerlos.

—Encontraré la manera de volver con ustedes —les prometí.

Asintieron, aunque sabíamos que eso nunca pasaría. Solo una mujer había regresado de la caza para contar su destino, y ¿quién sabía si lo que decía era cierto? ¿Orcos tratando a las mujeres con ternura, amándolas incluso? Me burlé de la idea.

—Te acompañaré hasta la puerta —dijo mi madre—. Ustedes quédense aquí —ordenó a mis hermanas y a Bredar.

Nos abrazamos de nuevo, y esta vez todos lloramos. Con las lágrimas aun deslizándose por mis mejillas, abandoné por última vez el único hogar que había conocido.

Mientras caminaba por la estrecha calle empedrada, entre la multitud reunida para darme palmaditas en la espalda, desearme

suerte y agradecerme por mi sacrificio, comencé a temblar.

Había hecho todo lo posible por ser fuerte después de lo que ocurrió hace un año. Había demostrado que era una sobreviviente.

Pero ¿cómo encontraría la fuerza suficiente para sobrevivir a esto?

—Las mujeres de mi familia tienen determinación —susurró mi madre—. No dejamos que nada nos derribe.

—Te quiero, madre —le susurré.

—Estamos juntas en esto —dijo con un firme asentimiento, su rostro marcado por la pena—. Recuérdalo, hija.

Su voz se redujo a casi un murmullo.

—Por favor, por favor, recuérdalo.

—Lo haré, madre.

Como antes, no podía hacer menos.

Esa certeza me hizo alzar la cabeza con más orgullo. Secar mis lágrimas. Y atravesar el resto del pueblo con determinación.

Si aquellos que observaban creían que iba a someterme a esto, estaban equivocados.

No había necesidad de decírselo.

Una vez que me empujaran fuera de la puerta principal, mi futuro sería mío, no de ellos.

—Recuerda —mi madre me abrazó mientras los guardias abrían con esfuerzo la enorme puerta—. Te quiero. Mucho. Por favor…

Apretó los ojos con fuerza, como si no pudiera soportar verme partir para siempre.

Tras darle un largo abrazo, me giré hacia las puertas.

La fortaleza había sido construida hace siglos para protegernos de los feroces shaydes, que cazaban de noche con nosotros como su presa. Solo cuando se firmó un tratado con los orcos, hace once años, nuestro destino cambió. A cambio de su protección contra los shaydes, accedimos a enviar dos mujeres al bosque cada año para ser reclamadas como esposas de los orcos.

En realidad, *nosotras* no habíamos accedido. Nuestros hombres lo hicieron, y ellos no eran los que pagaban el precio.

Lyneth, una viuda de nuestra aldea y la otra mujer elegida para la caza de este año, se detuvo a mi lado y me miró fijamente.

—¿Caminamos juntas? —preguntó Lyneth. Asentí. No tenía intención de *caminar*, pero no hacía daño enfrentar esta parte de la caza acompañada.

—Tu bolsa —dijo mi madre, apresurándose a entregármela. Los aldeanos las preparaban para las mujeres, y aunque no tenía utilidad la falda dentro, agradecía las camisas y cualquier alimento que hubieran metido a última hora.

Lyneth y yo nos deslizamos por la rendija de la puerta y cruzamos rápidamente el largo tramo de hierba ondeante que separaba la aldea del bosque. Intenté mantenerme estoica, demostrar a quienes nos observaban que no temía lo que vendría después. Pero mis manos temblaban, la única señal que podía delatarme.

—Mantente cerca de mí y puede que sobrevivas a esto —murmuré. Desenvainé el cuchillo que llevaba al costado—. Tengo un arma y no tengo miedo de usarla.

Un chasquido resonó desde el bosque. Un shayde estaba cazando, pero yo no sería la presa de *nadie* esta noche.

Aunque, en realidad, no había mucha diferencia entre morir a manos de uno de ellos o ser obligada a yacer bajo un orco en celo. Me estremecí ante la idea y bloqueé el recuerdo de lo que me había sucedido antes.

Tragué saliva y avancé por el bosque delante de Lyneth, mi mirada buscando cualquier movimiento. Si algo se acercaba, lo haría pedazos con mi hoja.

Gritos guturales resonaron a lo lejos, y mi corazón se congeló.

—Quédate conmigo —dije—. No te quedes atrás.

Me lancé al bosque, el roce de mis pantalones al moverse sonaba demasiado fuerte en la quietud nocturna. Dejé de usar faldas hace un año, porque les daban a los hombres un acceso demasiado fácil a mi cuerpo.

Ya había planeado mi escape. Correría en la dirección opuesta a donde sabía que habitaban los grandes clanes orcos. Tal vez así lograría evitar a los que buscaban esposa. Giré para decirle a Lyneth lo que debíamos hacer.

Ya no estaba detrás de mí.

~

Después de dar vueltas y no encontrar a Lyneth, me detuve demasiado tiempo para escuchar. Al final, tuve que aceptar que se había ido. Nunca la encontraría. Quedarme aquí solo significaría ser capturada también.

Me giré y salí corriendo por un sendero estrecho.

Corrí, con pausas, durante tres días.

En el cuarto, cuando me agaché junto al río para rellenar mi cantimplora, un grupo de hombres andrajosos se deslizó detrás de mí y me atrapó. Me arrancaron el cuchillo de la cintura, y uno de ellos me echó al hombro. Grité y forcejeé, pero no pude liberarme.

Me llevaron a su campamento y ataron mis manos a la espalda, asegurándome a un árbol. Mientras discutían sobre qué hacer conmigo, el cuarto hombre de su grupo, una mole el doble de grande que yo cuya piel parecía piedra, me observaba.

Sus movimientos crujían cuando caminó hacia mí. No habló, pero parecía dispuesto a hacer lo que los otros le pidieran. Empecé a sospechar que el hombre de piedra tenía poca voluntad propia.

Mi mirada se posó en un gran carro de madera estacionado en un costado del claro rodeado de árboles. Parte del carro estaba cubierto con barrotes, y alguien yacía inmóvil en el suelo de la jaula. Miré alrededor, pero no vi ningún animal atado que pudiera tirar del carro. Quizás lo hacía el enorme hombre de piedra.

—Métanla con el orco —silbó uno de los hombres, de cabello largo y oscuro y aspecto desaliñado. Su mirada afilada se dirigió al enorme bulto inmóvil dentro de la jaula.

—A *él* no le importará —dijo otro, ajustándose el cinturón de los pantalones. Llevaba una camisa de un tono púrpura chillón, un color que nunca había visto en ropa antes—. Pero a *mí* sí.

El tercero, un hombre calvo, gruñó:

—No la toques. Valdrá más para nosotros si sigue siendo virgen.

Lamentablemente, eso me lo arrebataron hace un año, y ya no había forma de recuperarlo.

—Aléjate de ella. Vamos a venderla —dijo Cabello Grasiento, dejando claro que era el líder.

Los demás asintieron ante sus palabras, aunque el hombre de piedra solo miraba el fuego crepitando en el círculo de piedras.

Los ojos afilados del líder recorrieron el claro abierto. Lanzó un tronco al fuego y las chispas se alzaron en el cielo nocturno.

—Vigílenla para que no escape. La llevaremos con el orco hasta el próximo pueblo, donde conseguiremos un buen precio por ambos. Luego nos hospedaremos en una posada.

Dicho esto, se giró y caminó hacia un gran trozo de carne colgando de un árbol al otro lado del claro. Cortó un pedazo, lo ensartó en un palo y regresó para asarlo sobre el fuego.

Mi estómago gruñó. La bolsa que habían ignorado junto al río había contenido un buen sándwich de pan y queso, pero, aunque lo había racionado, ya hacía tiempo que se había acabado. Desde entonces, solo había comido bayas y raíces que había desenterrado rápidamente junto al río y devorado crudas, pero poco más. Cazar era mucho más fácil cuando no tenías que estar huyendo todo el tiempo y contabas con las armas adecuadas. No había tenido oportunidad de detenerme para colocar trampas, no si quería evitar a los shaydes, los ashenclaws y los orcos.

—El orco no parece lo bastante sano como para ser vendido— dijo el calvo. Tomó un palo, se acercó y pinchó el bulto que yacía en la parte trasera del carro—. Eh. Despierta.

Lo pinchó de nuevo.

—Dije… Mierda.

Volvió la mirada, con los ojos desorbitados.

—Creo que está muerto.

—No puede ser —replicó el líder.

—Si no lo hubieras golpeado tan fuerte en la cabeza, quizá seguiría vivo —gruñó el calvo.

—*Tú* también lo golpeaste.

—Lo hicimos todos, menos él —dijo, señalando al hombre de piedra, que observaba con su expresión pétrea, sin moverse—. Los orcos son unas bestias enormes. Nos habría matado si no lo hubiéramos derribado de un buen golpe.

El líder se acercó a la jaula y miró dentro.

—Los cráneos de los orcos no deben ser tan gruesos como pensaba. Tú —señaló al de la camisa púrpura—, métete ahí y comprueba si sigue vivo o solo está fingiendo.

—¿Yo? —protestó el de la camisa púrpura—. Me matará.

—Te prometo que te enterraré después —dijo el líder con sequedad—. Hazlo.

A su orden, el de la camisa púrpura se acercó al carro con cautela.

—Será mejor que siga vivo —dijo el líder—. Pagan un buen precio por los orcos en Feyalon, pero por un cadáver no pagan nada.

Solo había oído hablar vagamente de esa ciudad en el borde del desierto.

No le tomó mucho tiempo al de la camisa púrpura confirmar que el orco estaba muerto. Gruñendo, los tres hombres obligaron al hombre de piedra a cavar un hoyo en el borde del claro y arrojar el cuerpo dentro, cubriéndolo con tierra y compactándola.

—No podemos quedarnos aquí —dijo el líder—. El cadáver atraerá a los shaydes y los ashenclaws.

Apagaron el fuego y guardaron sus cosas en la parte abierta del carro. A mí me arrojaron dentro de la jaula vacía y, cuando probé la puerta, la encontré cerrada con llave. Solo la mancha de sangre verde del orco en el suelo de madera me hacía compañía.

El hombre de piedra levantó la parte delantera del carro y comenzó a arrastrarlo por un sendero áspero que serpenteaba por el bosque. Caminó sin descanso toda la noche y durante todo el día siguiente sin aparente esfuerzo, deteniéndose solo al anochecer, cuando el líder gritó "¡Alto!". Habían elegido otro claro para descansar.

—Dormiremos aquí esta noche —anunció el líder.

Los otros descargaron el carro y me arrojaron al suelo junto a un nuevo fuego, atando mis manos a un árbol detrás de mí.

Mi estómago gruñó cuando comenzaron a cocinar carne otra vez. El de la camisa púrpura desató una de mis manos y me dio un trozo. Lo devoré rápidamente y, aún con hambre, me quedé mirando el resto del asado.

El líder se acercó y se inclinó detrás de mí para volver a atar mis manos, pero se detuvo de golpe, alzando la cabeza con la mirada fija en el bosque al otro lado del claro.

Un chasquido rompió el silencio desde esa dirección. ¿Un shayde acercándose demasiado?

Me encogí contra el suelo. Si huían, me dejarían aquí, indefensa.

Congelados en su sitio, los hombres miraron hacia la oscuridad. Incluso el hombre de piedra dirigió su atención en esa dirección.

Un shayde irrumpió en el claro con un orco a su espalda, blandiendo dos largas espadas.

El hombre de piedra salió disparado en la dirección contraria, desapareciendo en el bosque.

El líder se adelantó al claro, desenvainando su cuchillo largo y lanzando un desafío.

Necio. Habíamos pactado con los orcos porque eran mucho más fuertes que nosotros.

El orco saltó de la espalda del shayde, y la bestia rugiente se abalanzó sobre el líder, derribándolo.

El monstruo le destrozó la garganta en cuestión de segundos.

Tragando con dificultad, me di la vuelta, sin tener el valor de mirar lo que sucedería a continuación.

El de la camisa púrpura y el calvo huyeron hacia el bosque, donde el hombre de piedra había desaparecido.

El orco no los siguió.

—Apártate —le dijo al shayde, empujando a la criatura lejos del líder muerto con un toque de su rodilla. Esperaba que la bestia matara al orco, pero en su lugar, solo se sentó sobre sus patas traseras, lo miró y comenzó a ronronear.

Hasta que su mirada se dirigió hacia la jaula. Se acercó trotando, olfateó y luego echó la cabeza hacia atrás y aulló.

Un largo suspiro escapó del orco, y bajó la cabeza, sus armas colgando a los lados. Desenvainó una y sujetó el colgante con forma de sol que llevaba en una tira de cuero alrededor de su cuello.

—Al viento, al mar y a los poderosos árboles del bosque, envío tu espíritu. Dakur, mi amigo y caedos. Te extrañaré profundamente.

—¿El orco se llamaba Dakur? —pregunté, luchando por ponerme de pie. Si iba a morir atada a un árbol y por un golpe del filo de este macho, lo haría de pie.

Él giró rápidamente la cabeza hacia mí.

—¿Viste lo que sucedió?

Me encogí de hombros.

—Estaba muerto hace unos días. Dijeron que le golpearon la cabeza varias veces mientras lo capturaban. Cuando me atraparon y me trajeron a su campamento, él estaba tirado en la jaula, inmóvil. Lo pincharon y lo molieron, pero ya estaba muerto. Lo enterraron.

—¿Dónde? —gruñó.

—En un claro a unos días de viaje de aquí. No estoy segura de poder llevarte allí. —¿Y por qué lo haría? El orco estaba enterrado, lo cual era un mejor final que el que pronto tendría.

—Quédate aquí —gruñó. Con sus armas desenfundadas, saltó sobre el shayde y lo instó a entrar en el bosque por donde los hombres habían huido.

—Claro —susurré—. Me quedaré aquí. ¿Por qué no dejas un cuchillo, eh? Así puedo cortarme las ataduras y correr tan lejos como pueda.

No había cuchillos a la vista, por desgracia, y no tenía suficiente cuerda para llegar hasta donde había caído el líder y tomar su espada.

Me apoyé contra el árbol y esperé, sin saber qué pasaría después. El orco ya me habría matado si hubiera tenido la intención de hacerlo, ¿verdad?

No estaba segura de lo que haría cuando regresara, pero la sensación vacía en mi estómago sugería todo tipo de cosas horribles.

—No lo pienses —siseé—. Piensa en escapar de esta trampa tan pronto como puedas.

Con un asentimiento decidido, me senté en el suelo una vez más, mirando el fuego.

Gritos roncos resonaron a lo lejos, uno tras otro, y pronto se silenciaron.

Un poco después, el orco emergió del bosque sin el shayde. Los chasquidos en la distancia sugerían… la bilis subió por mi garganta,

pero me forcé a bajarla. Era mejor no pensar en lo que el shayde podría estar haciendo con los cuerpos.

El orco se agachó y limpió la sangre de sus cuchillas en la hierba alta. Guardó las armas y caminó hasta detenerse frente a mí, grande, musculoso y mucho demasiado intimidante.

Cuando sacó un cuchillo corto de su cinturón, me estremecí, aunque no pareció notarlo. En cambio, se quedó mirando la parte inferior de su brazo izquierdo.

—Dakur era mi hermano —dijo suavemente—. Cuando mis padres fueron asesinados por los ashenclaws, su madre me crió como si fuera suyo. Dakur era un año mayor que yo, y desde entonces lo amé como a un hermano. Fue el mejor de nuestro clan, el más sabio y astuto caedos que hemos tenido en muchas generaciones. Nadie podrá reemplazarlo en mi corazón.

Con un gruñido, cortó una línea en su brazo, susurrando.

—Dakur. Que bailes entre las estrellas para siempre.

Mi garganta se apretó, aunque no estaba segura de por qué. No conocía al orco muerto, pero sentía como si también tuviera que llorar su pérdida.

—Soy Zickar —dijo, limpiando su cuchillo y devolviéndolo a la vaina que estaba asegurada a su taparrabos. La sangre verde resbalaba por su brazo, pero no parecía importarle limpiarla.

—Yo soy Alwen.

—No estoy seguro de qué hacer con… —sus palabras se cortaron, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

Como si una estrella hubiera caído del cielo y lo hubiera golpeado, el colgante de Zickar brilló. La luz era tan brillante que tuve que protegerme los ojos.

Zickar jadeó. Yo también lo haría si eso me sucediera a mí.

Se acercó a mí y levantó mi rostro con sus dedos suaves en mi barbilla, inclinándolo de un lado a otro para estudiarlo. Su mirada pesada recorrió mi cuerpo con una intensidad que hizo que electricidad recorriera mi espalda.

Era de tamaño considerable para una mujer y tenía músculos de mis años de caza, pero este hombre se erguía sobre mí, tenía casi el

doble de alto y ancho que yo. No parecía haber ni un solo pedazo de grasa en su cuerpo musculoso.

No llevaba más que un taparrabos, y no pude evitar quedarme boquiabierta mirando sus anchos hombros, su cintura estrecha y el gran bulto que se movía debajo de la tela atada a su cintura.

Tomó mi brazo con un agarre firme y me miró a los ojos con una intensidad que me sacudió hasta lo más profundo.

—Yo, Zickar, te reclamo en nombre del Clan Matis.

Sus palabras fueron suficientes para sacarme de mi incómoda inspección de su hermoso cuerpo.

—No me puedes reclamar. Yo me pertenezco a mí misma.

Él resopló.

—Me perteneces a *mí*.

—Nunca —prometí.

—Ya veremos, ¿verdad, bonita doncella?

CAPÍTULO 2

ZICKAR



Esta hembra que el destino del clan había escogido para mí era pequeña, delgada y terca. Vestía una simple camisa y pantalones como los que usaría un hombre, aunque su largo cabello y sus diminutas y delicadas facciones insistían en que era una mujer.

No me molestaban sus gruñidos, pues demostraban que tenía espíritu. Eso lo transmitiría a nuestros orclings.

En cuanto a su tamaño, ¿cómo se suponía que iba a meter mi verga dentro de ella? Su paso sería tan diminuto como ella. Yo tenía un tamaño promedio para un orco, pero aun así la superaba por mucho en altura y anchura. Y era más grande que el promedio en otras partes.

De acuerdo. Encontraría la forma de plantar mi semilla en su interior, y eso era lo único que importaba. A pesar de que todos afirmaban que los apareamientos elegidos por nuestros colgantes traían el amor verdadero, yo no quería eso. ¿Cómo podría ser feliz cuando Dakur…?

Todavía no podía creer que fuera cierto. La última vez que lo vi, estaba tan fuerte. Vivo.

Mirando el maldito carro donde mi hermano había perecido, gruñí. Comencé a caminar de un lado a otro, sin saber qué hacer a continuación.

No tenía un cuerpo que llevar de vuelta al Clan Matis. Su madre no podría lavarlo, vestirlo ni besar su frente una última vez antes de encender su pira.

Quería atravesar a esos hombres una vez más, hacerles pagar por lo que habían hecho. Añadir otro corte a mi brazo.

Pero tenía una nueva compañera de la que ocuparme, quisiera o no. Por ahora, debía dejar de lado mi dolor y concentrarme en ella.

Un caedos necesitaba una pareja y los orclings que vendrían de tal unión. Y una vez que regresara al clan y lamentáramos su pérdida como se debía, tendría que asumir su papel yo mismo. Nunca había creído que me llamarían para liderar mi clan. Dakur siempre sería el caedos de mi corazón.

Necesitaba a mi amigo. Para reír juntos, correr lado a lado en una cacería y sentarnos bajo las estrellas a soñar con el futuro.

Yo era su segundo, su hermano menor, aunque no de sangre, lo que significaba que todos esperarían que liderara, incluso nuestra madre. Tenkaril podía prever el futuro. ¿Había visto esto venir? Debía haberlo hecho.

Apreté los dientes y seguí caminando frente a la hembra, que me observaba con el ceño fruncido.

¿Por qué mi madre no nos advirtió? Podríamos haber evitado que sucediera.

—¿Qué piensas hacer conmigo ahora? —preguntó Alwen y, cuando se inclinó hacia adelante con un gruñido, me di cuenta de que estaba atada al árbol detrás de ella.

La furia se encendió dentro de mí. Nadie trataba así a mi compañera.

Pero ya había hecho pagar a los humanos por la muerte de Dakur. No podía volver atrás y azotarlos más para vengarme de que hubieran atado a mi compañera.

Avancé hacia ella y saqué mi cuchillo de nuevo. Se estremeció, pero ignoré el gesto. Sería sensato que me temiera. Todos en su aldea lo hacían. La única razón por la que hicieron el tratado con los orcos era porque temían más a los shaydes que a nosotros.

—Voy a liberarte —dije, entrecerrando los ojos para estudiar su rostro—. Si te suelto, ¿intentarás huir?

—Por supuesto que sí.

Resoplé, apreciando su honestidad.

—Entonces, debería mantenerte atada. Te quedarás conmigo, compañera.

—Te dije que no soy tu compañera, y no permitiré que me reclames.

—No quiero una compañera, pero la necesito.

Ella inclinó la cabeza y me miró con la misma intensidad con la que yo la observaba.

—¿Por qué?

Era bonita, tenía que admitirlo, aunque la suciedad en su rostro y su ropa dejaban claro que no se había bañado en días. Pero no tenía por qué responder a sus preguntas ni hacer más que plantar orclings en su cuerpo.

—Cumpliré con mi deber y me aparearé contigo antes de regresar a mi clan —afirmé.

—Qué amable de tu parte —soltó con sarcasmo, luchando por ponerse de pie, algo difícil estando atada—. Supongo que me obligarás.

Levantó la barbilla y su mirada dura se encontró con la mía.

—Eso es lo que me han dicho toda mi vida.

—No soy un bruto.

—Y, sin embargo, planeas mantenerme atada. Aparearte conmigo en contra de mi voluntad. No lo permitiré.

—No creas que podrás desarmarme, herirme o engañarme, preciosa.

—Vete al infierno.

—Pronto y con gusto.

Intentó alzar la rodilla, pero la desvié fácilmente con mi espinilla.

—Inténtalo de nuevo, compañera —solté con una risa.

—¡Vete al infierno! —gritó.

Sonreí.

—Tienes carácter, doncella. Te lo concedo.

Mi mirada se desvió hacia sus labios carnosos. Eran gruesos. Hinchados. ¿Cómo se sentirían bajo los míos?

—No me llames así.

—Eres bonita. Eres una doncella.

Me incliné lo suficiente para captar su aroma. Estando tan sucia, debería apestar, y aun así olía a una especia que había anhelado toda mi vida, pero nunca había encontrado.

Olía a hogar.

Retrocedí de golpe. Mi hogar estaba con mi clan, no con alguna mujer al azar que mi colgante decía que me pertenecía.

—No soy una doncella —gruñó.

—Bien, entonces ya sabes qué esperar cuando me aparee contigo.

Corté la cuerda que la ataba al árbol y una de tus muñecas, envolviendo la parte restante alrededor de mi palma.

Se tensó, intentando alejarse de mí, pero se sostuvo con firmeza.

—Dijiste que no ibas a soltarme.

—Necesitamos un baño.

Me miró de arriba abajo.

—Estás sudoroso. Cubierto de sangre. Tú necesitas un baño, no yo.

—Te bañarás conmigo.

La jalé hacia el río, tomando mi bolsa al pasar junto a ella. La había dejado caer cuando Taen y yo irrumpimos en el claro.

Días atrás, salí de mi clan junto con mi compañero orco, Brec, montando un segundo shayde. Cuando llegamos a una bifurcación en el rastro dejado por quienes se llevaron a Dakur, los shaydes se detuvieron. Taen quería ir al este y Noul al oeste. Brec y yo decidimos separarnos para darle a Dakur mejores posibilidades de ser encontrado. Si el rastro se enfriaba, Brec regresaría al clan con Noul.

—¿Y si no quiero bañarme? —preguntó en un tono de voz normal que jamás usaría en un bosque oscuro lleno de depredadores—. Claro, apesto, pero eso es algo bueno. Podría impedir que me montes.

Levanté la mano.

—Sí, ya lo sé —bufó—. Tengo que dejar de…

Le cubrí la boca con la mano y bajé mi bolsa al suelo para sacar una de mis largas espadas.

Luchó por apenas un segundo, antes de que su mirada se fijara en los ashenclaws que se deslizaban por el sendero entre nosotros y el río, con su pelaje gris brillando bajo la escasa luz de la luna.

Sus cabezas me llegaban al muslo y, en manada, representarían un desafío incluso para un orco endurecido como yo.

Con las garras hundiéndose en la tierra, el líder macho gruñó.

Gruñí en respuesta y mostré mi espada. Mi sonrisa sombría se ensanchó. *Inténtalo***.**

Las criaturas se escabulleron de vuelta entre los arbustos a lo largo del sendero, con las colas metidas entre las patas.

Solté a Alwen, pero ella permaneció a mi lado, aferrándose a la parte superior de mi taparrabos.

—¿Por qué no nos atacaron? —susurró.

—Con sensatez, me temen.

Levantó la mirada hacia mí.

—Yo cazo. Tal vez me tenían miedo a mí.

—¿Eso crees, linda doncella?

Una sonrisa revoloteó por sus labios carnosos, pero se desvaneció demasiado rápido.

—Probablemente no. Ni siquiera tengo un arma ya. Ni mi bolsa con ropa. No tengo nada. No soy nada —murmuró con un suspiro agotado.

—Eres mi compañera. Eso basta.

Apreté el agarre sobre la cuerda asegurada a su muñeca y avancé, cruzando rápidamente el área donde habíamos visto a los ashenclaws. Si aún estaban cerca, se mantenían ocultos. Buena decisión de su parte. Estaba lo suficientemente furioso como para aceptar su desafío con gusto.

Cuando llegamos al río, saqué una túnica de mi bolsa y se la tendí a Alwen.

—Puedes ponértela después de lavarte.

Ella la tomó con dos dedos, con la nariz arrugada en una expresión de disgusto.

—Supongo que es tuya.

—Está limpia. Aún no la he usado —fruncí el ceño al mirarla—. ¿Necesito atarte a un árbol mientras me baño, o me prometes que

te quedarás conmigo al menos esta noche?

—No, si planeas montarme.

—Te daré unos días para que te acostumbres a la idea. Luego, me aparearé contigo.

—Para entonces ya me habré ido.

—Eso dices.

Pisoteó el suelo con uno de sus pequeños pies.

—Eso haré.

Ya veríamos.

Estaba empezando a disfrutar los intercambios verbales con mi compañera, y no sabía qué pensar al respecto.

No quería que me gustara *nada* de esta mujer.

Pero no lograba contenerme.

CAPÍTULO 3

Alwen



—Date la vuelta mientras me baño —espeté.

Él desenvainó sus armas, dejando caer las dos espadas largas y la más corta en la orilla. Con un movimiento de sus gruesos labios verdes de orco, soltó el lazo de su taparrabos. Su mirada permaneció fija en la mía mientras lo desenrollaba lentamente.

El calor subió a mis mejillas y mi cuerpo tembló. Estaba asustada por lo que pronto haría, esa era la única razón por la que sentía como si algo dentro de mí se estuviera ablandando.

¡No! Lo último que haría sería ablandarme hacia este orco. No me gustaba. Quería escapar de él. Y definitivamente no quería ver qué escondía bajo su taparrabos.

Sin embargo, seguí mirando, desafiándolo, supongo.

Él retiró el último trozo de tela de su cuerpo y se quedó de pie con él colgando de su mano.

Su miembro era grande, grueso y tan verde como el resto de su cuerpo. También era largo, y mientras lo miraba boquiabierta, se movió, cobrando vida.

Si no me equivocaba, tenía un miembro más pequeño situado encima del primero. Sin embargo, debía estar imaginando tal cosa. Nadie tenía dos miembros.

Tragué saliva, pero el nudo de miedo en mi garganta no desaparecía.

—No te acerques a mí —espeté, retrocediendo tanto como la cuerda me permitía—. Lo digo en serio. Te patearé. Te destriparé.

Gritaré.

Frunció el ceño, inclinando la cabeza.

—Te dije que no te tocaría —dijo.

—Aún no —repliqué. El pánico elevó mi voz a un chillido—. ¡Por favor, no te acerques a mí!

Parpadeó una vez. Dos veces. Luego las líneas de su rostro se suavizaron.

—No lo haré. Te lo prometo, bella doncella —respondió.

—Te dije que no soy doncella —insistí. Ahora sí estaba chillando, pero de miedo, no de ira.

—¿Quién te hirió? —gruñó, su mirada recorriendo todo a su alrededor con furia—. Lo mataré.

Levanté la barbilla.

—Date la vuelta y me bañaré. No correré… por ahora —dije.

Sin decir nada más, soltó la cuerda y fue al borde del río, donde se agachó y frotó su taparrabos.

Miré su espalda llena de músculos ondulantes, la piel verde dorada marcada con cicatrices de distintas épocas. Su trasero era bien redondeado e igualmente musculoso, al igual que sus gruesos muslos. Todo en su cuerpo gritaba perfección.

Sería una tonta si no admitiera que lo encontraba atractivo, no repulsivo. Debería apartar la mirada, pero no podía obligarme a hacerlo.

Había soltado la cuerda. Solo ahora lo asimilé. Debería correr, ¿verdad? Una promesa hecha a un captor no significaba nada.

Miré hacia el bosque oscuro. Acabábamos de ver ashenclaws en el sendero. Los shaydes también cazaban de noche. Aunque podía trepar a un árbol, no tenía armas para defenderme. Dudaba que me permitiera robar alguna de las suyas, aunque estaban en la orilla. Seguían estando bien al alcance de él. Se movería rápido, me atraparía, y entonces no volvería a confiar en mí.

Aunque no necesitaba su confianza, esperaría mi momento hasta que surgiera la oportunidad adecuada, y no era ahora.

Dejó su taparrabos mojado sobre una gran roca para que se secara y mantuvo su espalda hacia mí, mirando el río.

—Voy a nadar y bañarme. ¿Sabes nadar? —preguntó.

—Sí —respondí. Pero eso no significaba que lo fuera a hacer con él.

—Si deseas bañarte y lavar tu ropa, poniéndote mi camisa después, prometo que no miraré hacia ti —ofreció.

—¿Por qué no, cuando planeas aparearte conmigo pronto? —repliqué—. Imagino que querrás echar un vistazo a lo que pronto será tuyo.

El pensamiento se enredó en mí, formando un nudo que nunca desataría.

Su pecho se expandió y un largo suspiro escapó de él.

—Nunca te forzaré —dijo. Con eso, caminó hacia el agua, dispersando gotas que brillaban bajo la luz de la luna. Cuando el agua le llegó a la cintura, se lanzó hacia adelante, nadando bajo la superficie para emerger en el centro del río de flujo lento. No se volvió hacia mí, y no me miró como alguien que había robado lo que no debía.

Quise gritar que podría decir que no me forzaría, pero que nunca me acostaría voluntariamente debajo de él mientras se apareaba, pero contuve las palabras. Sí quería bañarme y lavar la ropa que había usado durante días. Apestaba, y no me gustaba.

Dándole la espalda, me desnudé rápidamente y, con la piel temblando, entré al agua, conteniendo un jadeo por lo fría que estaba. Cuando el agua cubrió mi pecho, lavé mi ropa y la coloqué en la roca cerca del taparrabos de Zickar.

Para entonces, el agua se sentía increíble. Me sumergí y pasé los dedos por mi cabello, frotando mi cuero cabelludo y deseando tener jabón para lavarlo por completo. Cuando emergí a la superficie, Zickar estaba cerca.

Di un grito.

—Solo me acerqué para darte el jabón —dijo, levantando las manos. Con la cabeza girada a un lado, me lo ofreció—. Ya me lavé. Tú puedes hacer lo mismo.

Dándose la vuelta, nadó hacia la orilla, salió y se agachó para sacar algo de su bolsa. Con la mandíbula desencajada, miré su trasero desnudo, deseando poder encontrar algo poco atractivo en

él. Era gruñón y hosco, y había hecho exigencias, pero hasta ahora no me había lastimado.

Eso no significaba que no lo haría.

CAPÍTULO 4

ZICKAR



La furia bullía dentro de mí, aunque mantuve mi rostro neutral.

Si Alwen ya estuviera a salvo con mi clan, iría a la aldea humana y mataría al hombre que la había herido. Lo atravesaría con mi espada, lo quemaría vivo y luego pisotearía su cadáver por lo que había hecho.

Y ni siquiera sabía su nombre.

Manteniendo la mirada baja, me senté en una roca mientras ella nadaba y se lavaba.

—Estaba caminando a casa después del trabajo una noche cuando me agarró —susurró, su voz ligera flotando sobre el agua como neblina.

—¿Quién es él? —gruñí—. ¿Cuál es su nombre?

—Luché. ¡Quiero decir, soy fuerte! —Su voz se quebró—. Bastante fuerte para mi tamaño. He cazado para mi familia desde que murió mi padre. Proporcioné carne, hierbas y raíces para mis hermanos en crecimiento y mi madre. Además de eso, trabajé para el carnicero, un empleo que revolvería muchos estómagos, pero que nos daba monedas para comprar lo que no podía recolectar en el bosque.

—¿Cuál es su nombre? —espeté.

—Pero no fui lo bastante fuerte para escapar. No lo suficiente para hacer que parara —dijo. Tomó aire con fuerza y soltó las palabras al exhalar—. Pero cuando lo intentó de nuevo, lo apuñalé. —Su risa baja resonó—. Eso lo frenó muy bien.

—¿Cuál es su nombre? —rugí.

—Ya no importa. Murió por la herida que le hice, y mi madre y yo nos encargamos del cuerpo. Así que en eso gané. Derroté la amenaza. Evité que me lo hiciera a mí o a alguien más otra vez.

Levanté la cabeza y vi una sonrisa feroz en su rostro. Con el cabello húmedo peinado hacia atrás y las pestañas brillando con agua, era la visión más hermosa que había visto jamás.

El deseo creció dentro de mí, no para tomar a esta compañera o reclamarla, sino para ganarme el corazón temido de esta valiente guerrera.

—Lo mataría si no estuviera ya muerto —dije.

—Lo aprecio —respondió. Se dio la vuelta y nadó río arriba, sus brazadas fuertes y seguras.

¿Cómo sería que esta mujer me deseara, que se ofreciera a mí? ¿Podría mostrarle que el placer, no el dolor, podía encontrarse con otro?

Quería ser el hombre con quien ella descubriera esto.

—No me apareará contigo —dije cuando ella giró para nadar de regreso en mi dirección.

Hizo una pausa, manteniéndose a flote.

—No por un día o dos, dijiste —respondió.

—Nunca, a menos que me lo pidas. Pero sí quiero que regreses a mi clan conmigo —dije. Levanté la mano cuando su rostro se tensó —. Estarás a salvo allí. Nadie te hará daño, y podrás vivir entre nosotros sin miedo. Me aseguraré de que tengas todo lo que necesites. Una casa propia, comida en abundancia y la bondad de quienes te rodean.

Lucharía contra cualquiera que intentara reclamarla, pero así era la costumbre de mi clan. Mi colgante no sería el único en encenderse en llamas cuando ella se acercara.

Que así fuera.

—¿Por qué harías esto? —preguntó—. Como dijiste, el colgante de tu clan me ha elegido como tu pareja.

—Porque has sido herida y necesitas tiempo para sanar —respondí.

—¿Y si sano y… quiero a alguien más que no seas tú? —dijo.

—Eres libre de elegir a quien desees.

No tenía idea de cómo, pero ya había tocado mi corazón, y lo último que haría sería mostrarle que todos los hombres toman lo que quieren por la fuerza.

—¿Puedo pensar en tu oferta? —preguntó, mordisqueando su labio inferior.

—¿Tienes alguna opción real? —No pude evitar el filo en mi voz. Si pensaba que la dejaría aquí en el bosque donde cosas horribles podrían pasarle, estaba equivocada. Tal vez nunca pudiera reclamarla como mía, pero moriría por protegerla.

Sus labios se curvaron hacia un lado.

—Aún no, pero ¿quién sabe qué podría pasar por la mañana? —respondió.

Sacudiéndome los celos irracionales, me puse de pie y envolví el taparrabos húmedo alrededor de mi cuerpo. Rozaría, pero ella no necesitaba ver mi miembro semierecto que insistía en que debía tomarla en ese mismo instante.

Salté de una roca a otra, recogiendo su ropa al pasar. Al aterrizar en la orilla, me até las armas y levanté la tela seca que había sacado de mi bolsa. Como podía oírla chapoteando en el agua, acercándose a mí, colgué la tela sobre mi hombro sin girarme hacia ella.

—Usa esto para secarte. Te daré tiempo para vestirte —dije, empujando mi túnica hacia ella con el pie.

—Seguro que me tienes lástima —dijo mientras tomaba la tela de mi hombro. Un roce me indicó que se estaba secando el cuerpo.

—Te respeto —respondí.

—¿Y antes no? —Resopló—. ¿Todo lo que hizo falta fue que te contara sobre mi pasado? Si lo hubiera sabido, lo habría hecho en el momento en que nos conocimos.

—¿Tienes hambre? —pregunté.

—Bonito cambio de tema, y sí. Los hombres no se sintieron obligados a alimentarme más de una vez —respondió.

Un gruñido escapó de mí, y deseé que uno de ellos estuviera aquí para levantarlo del suelo por el cuello y sacudirlo. No solía ser una persona violenta; nunca había golpeado a alguien y rara vez gruñía. Pero la idea de que alguien causara dolor a Alwen hacía que

mis músculos temblaran y mi corazón latiera como una bestia furiosa en mi pecho.

—Tengo comida en mi bolsa —dije.

—¿Nos quedaremos aquí esta noche? —preguntó.

—Taen vendrá por mí pronto, y la montaremos hasta llegar a mi clan.

—Supongo que Taen es el shayde en el que llegaste al prado —dijo. Su voz tembló—. No tengo idea de cómo es posible. Los shaydes son depredadores. Criaturas que nos despedazarían con gusto.

—Dakur… —Cerré los ojos por un momento antes de abrirlos—. Dakur encontró tres de ellos cuando eran cachorros y los crió con nuestro clan. Están domesticados. Son mascotas.

—Ya veo —dijo. La ropa crujió mientras se vestía, y de hecho apoyó una mano en mi espalda mientras se ponía los zapatos. Se sintió bien que hiciera esto, bien ayudarla de esta pequeña manera —. ¿Cuánto tiempo tomará llegar a tu clan?

—Caminando, cuatro días. En Taen, solo dos —respondí.

—Supongo que dormiremos durante el día —dijo.

—Puedes dormir mientras yo guío a Taen también de noche. Te sostendré.

—Tendré que pensarlo —respondió. Rodeó para pararse a mi lado, y me quedé boquiabierto al verla usando mi camisa y posiblemente nada más.

Mi miembro se agitó de nuevo, pero lo reprimí, algo que sospechaba que tendría que hacer bastante hasta que le mostrara a esta mujer, mi pareja elegida por el clan, que yo era el hombre al que podía amar por una vida entera.

Ya no la veía como una hembra para darme orclings. Sí, quería hijos, pero Alwen era mucho más que eso.

Ella me había tocado cuando nadie más lo había hecho, excepto tal vez Dakur y Tenkaril, aunque ellos eran familia.

—Caminemos al campamento —dije con voz ronca, apretando mi agarre en una de mis espadas. Como no sentía nada peligroso cerca, dejé las otras enfundadas.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Aunque la lástima sea tu motivación, estoy agradecida de que no vayas a obligarme a hacer nada que no quiera.

—Tengo paciencia infinita —dije—. Y es hora de empezar a usarla.

—Pareces creer que mis sentimientos hacia ti podrían cambiar —observó ella.

Deberían, pensé. Si la historia de las almas destinadas era una guía, todos caían rendidos ante su pareja, y rápido. Pero no se lo dije; algo me decía que lo interpretaría, con razón, como otro tipo de imposición.

—Si cambian, no dudes en decírmelo —respondí con tono despreocupado, esbozando una sonrisa.

Ella resopló.

—No te ilusiones con un futuro donde te reciba cada noche con los brazos abiertos.

Demasiado tarde, lamenté mentalmente. Ya lo hago.

CAPÍTULO 5

Alwen



Prefiero mil veces la compasión de este macho a su determinación por montarme.

Caminé junto a Zickar de vuelta al campamento, deteniéndome cuando él lo hizo, mientras aún estábamos en el bosque. Entre los árboles, podía ver el fuego parpadeando en el círculo de piedras y la jaula vacía.

Zickar miró fijamente al suelo, pero a mí no me pareció que hubiera nada fuera de lo normal.

—Espérame aquí —susurró él, avanzando.

Me arrimé a un árbol, apoyando la espalda contra el tronco.

Zickar se quedó inmóvil. Ladeó la cabeza y desenvainó la segunda daga que llevaba al costado. Por fin, salió al claro y comenzó a recorrer el área, estudiando el terreno, antes de volver al bosque, moviéndose casi en silencio.

Este macho era un cazador, igual que yo.

En cuestión de segundos, regresó a mi lado y me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera al claro.

—¿Qué sucede? —pregunté en un susurro, la piel erizándose de miedo.

Se encogió de hombros.

—Probablemente nada. —Volvió a escudriñar la zona un largo rato antes de relajar los hombros.

El shayde no había regresado, pero quizás estaba holgazaneando en algún lugar del bosque.

Zickar debió pensar algo similar, porque llamó a la bestia por su nombre. Cuando no apareció trotando en el claro, levantó su colgante y sopló sobre él, produciendo un sonido grave y melancólico. Esperó, sin dejar de fruncir el ceño.

—¿Dónde está tu… shayde? —pregunté, sorprendida de que alguien le pusiera nombre a una criatura que con gusto nos mataría.

—Taen siempre acude cuando lo llamo.

—¿Crees que lo lastimaron o algo así?

—No estoy seguro —dijo, encogiéndose de hombros—. Si no ha vuelto al amanecer, iré a buscarlo.

¿Mientras yo me quedaba aquí sola? Un escalofrío me recorrió. Qué irónico: había deseado un momento de distracción para escapar, solo para encontrarme ahora aferrándome mentalmente a este orco enorme en busca de protección.

—Puedo recolectar leña para el fuego —dije.

—Come primero. —Sentándose junto a las llamas, sacó un paquete envuelto de su bolsa y lo abrió en su palma, revelando trozos de lo que parecía granos y bayas pegados con algo que brillaba bajo la luz de la luna. Cuando me acomodé en el suelo cerca de él, me pasó un pedazo y tomó otro para sí.

Mi estómago estaba tan vacío que habría comido hierba con gusto. La barrita sabía increíble, y me la devoré, mirando con anhelo el resto.

Él también los miró antes de entregarme un segundo trozo, aunque no tomó más para sí.

—No puedo comer más que tú —dije, extendiéndoselo.

—¿Por qué no?

—Eres casi del doble de mi tamaño. Necesitas más que yo.

—Ya comí hace poco. Tú no. —Resopló—. Cómelo. No quiero que te desmayes de hambre.

—Ah, sí. Podría necesitar correr de ashenclaws o shaydes que no sean de tu manada. —Dejé escapar un dejo de resentimiento en la voz, aunque no lo decía seriamente. Le agradecía su protección, aunque no estaba segura de querer viajar con él hasta su clan. ¿Vivir con orcos? Todo el pueblo se escandalizaría.

Aunque, pensándolo bien, ese mismo pueblo había estado encantado de empujarme a través de la puerta de la fortaleza como ofrenda a los orcos a cambio de su protección. ¿Habría alguien, aparte de mi madre y hermanos, que me recordaría con cariño? Tristemente, no. Aceptaban felices lo que les llevaba de mis cacerías y recolecciones, pero no les importaba un bledo la persona que se lo proporcionaba.

—Sí, ashenclaws —dijo él—. En cuanto a la leña, no la necesitamos.

—El fuego mantendrá alejados a los shaydes y otras amenazas durante la noche.

—No nos quedaremos en el claro.

—¿Pensé que no nos iríamos hasta que tu shayde reapareciera?

—No nos iremos, pero dormiremos en un árbol.

Incliné la cabeza hacia atrás, estudiando los árboles que rodeaban el claro.

—¿Cómo dormiremos ahí arriba?

—Ya lo verás. ¿Necesitas ir al bosque o algo así antes de trepar? —Tomó mi ropa mojada y la tendió sobre las ramas para que se secara, recordándome lo poco que llevaba puesto. Su túnica me quedaba enorme, escotada hasta casi revelar mis pechos, aunque el dobladillo me llegaba más abajo de las rodillas. No llevaba nada debajo, y la idea de estar tan expuesta me hacía sentir incómoda. Pero él me había asegurado que no me tocaría hasta que yo lo deseara, y por ahora, decidí creerle.

Aunque la mayoría de los hombres no eran de fiar, sentía que Zickar sí lo era, aunque no sabía por qué. Tal vez era la firme determinación en su voz cuando hablaba o la integridad en sus oscuros ojos.

Había aprendido rápidamente a juzgar a quienes se acercaban a mí.

—No necesito ir al bosque —dije, comprendiendo lo que quería decir.

—Muy bien.

Se adentró en el bosque y lo seguí, sin estar segura de cómo funcionaría esto. ¿Me ayudaría a subir a un árbol y encontraría otro

para él, o…?

Se detuvo y alzó la vista hacia un árbol tan ancho que harían falta muchos brazos para rodearlo. Antes de que pudiera decir una palabra, me sujetó por la cintura y me lanzó hacia arriba.

—Agárrate a la rama y súbete encima.

Rodeé la rama con los brazos, con mis piernas pataleando, insegura de si podría hacer lo que pedía.

De un salto, él ya estaba en la rama sobre mí, mirándome con diversión en los ojos.

—¿Necesitas ayuda, bella doncella? —preguntó con un temblor de risa en la voz.

—No te rías de mí.

Balanceé el pie, lo enganché en la rama y lo usé como apoyo para arrastrarme sobre la madera, quedando boca abajo.

Solo cuando yacía ahí, jadeando, me di cuenta de que la túnica se había subido, dejando al descubierto todo desde la cintura hacia abajo.

CAPÍTULO 6

ZICKAR



Mi compañera era hermosa en todas partes, pero aparté la mirada cuando su redondo trasero resplandeció a la luz de la luna.

Se apresuró a tirar de mi túnica hasta cubrirse los muslos, lo que no era fácil estando boca abajo y aferrada a la rama.

—Ugh —murmuró—. No viste eso.

—No vi nada.

Todo.

Mi polla comenzó a endurecerse, pero pensé en la precisión necesaria para disparar una flecha, en cómo un shayde necesitaba que le limpiaran las pezuñas con regularidad o podrían pudrirse. Lo último ayudó más. Nada quitaba la energía de un hombre como pensar en podredumbre de pezuñas.

—¿Puedo ayudarte? —ofrecí, extendiendo la mano.

Ella la tomó con un suspiro y la usó para ponerse de pie.

—No voy a mirar hacia abajo.

—¿Por qué no?

Se apartó el cabello del rostro.

—¿No prefiere todo el mundo tener los pies en la tierra?

—¿No te gustan las alturas?

Sus labios temblaron, y noté lo rosados que eran, lo tentadores.

—¿A quién le gustan?

Solté una risa.

—A todos en mi clan.

—No es como si necesitara volar.

—Algunos orcos lo hacen.

Su bonito rostro se frunció en un ceño.

—¿Tienen alas? He visto tu espalda. No tienes, a menos que las escondas muy bien.

—No alas, pero algunos orcos forman lazos con voxes, grandes criaturas aladas. Los usan para viajar.

Su expresión se aclaró.

—Eso debe de ser lo que les permite recorrer distancias tan grandes. Aunque también parece que viajan en shaydes.

—Solo los tres que Dakur adoptó y crió.

¿Dónde estaba Taen? Debería estar aquí. No se alejaría sin más y me abandonaría. Éramos clan.

—¿Los de tu clan vuelan con voxes?

—Nosotros no.

—Está bien. —Resopló y miró a su alrededor—. ¿Vamos a dormir aquí?

—Aún no hemos subido lo suficiente para estar a salvo.

—¿Tu shayde no nos protegerá?

—Lo haría si estuviera aquí, pero no está. Estoy seguro de que volverá por la mañana.

—¿Y si no lo hace?

—Lidiaré con eso cuando llegue el momento. Vamos, sigamos subiendo.

Extendí la mano hacia su cintura.

Ella levantó las suyas y se pegó contra el tronco.

—Subiré sola. Tal vez así lo haga de una manera más digna.

—No me molesta la vista.

Sus labios se apretaron.

—Seguro que no.

—Tienes un cuerpo hermoso. Es un honor poder apreciarlo.

—Eso es dulce y todo, pero es hora de subir.

Alzó la vista, pero yo ya lo había hecho. La rama más cercana estaba fuera de su alcance.

Me fulminó con la mirada y pisoteó el suelo.

—Escogiste este árbol a propósito.

—¿Qué quieres decir con eso, compañera?

—Sabías que no podría subir sola.

—Lo escogí porque es grande, y la rama en la que nos refugiaremos esta noche es lo bastante ancha como para soportar nuestro peso y, probablemente, evitar que rodemos y caigamos.

—Ugh —dijo de nuevo—. No quiero pensar en caer.

Miró el suelo, se estremeció y se aferró al tronco.

—No sé si podré soportar estar mucho más alto.

—Podrías cerrar los ojos.

Inclinó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Crees que eso ayudará?

—Nunca está de más intentarlo.

Soltó un suspiro.

—Tendrás que ayudarme, entonces.

Ya lo había sospechado, y no solo por su aparente miedo a las alturas. ¿Qué clase de compañera para un caedos sería si temía subir hasta donde vivíamos?

Comenzaba a sospechar que la mejor. Agradecía el regalo que los destinos del clan me habían dado, aunque llevaría tiempo antes de que deseara estar conmigo.

Sin embargo, llegaría a donde debía estar conmigo. Estaba seguro de ello, y no solo porque haría mi mejor esfuerzo por conquistarla, sino porque los destinos no me la habrían dado si no estuviéramos destinados a amarnos de por vida.

—¿Quieres subir en mi hombro o en mis brazos, bella doncella?

Su miedo a las alturas se olvidó momentáneamente cuando puso los puños en sus caderas.

—Veo que insistes en llamarme así a pesar de que ya te dije que no es cierto.

—Eres hermosa. Nadie me convencerá de lo contrario.

La sujeté por la cintura y la alcé hasta la siguiente rama, asegurándome esta vez de que quedara lo suficientemente alta como para poder recostarse sin necesidad de impulsarse con los talones.

—En cuanto a ser doncella… lo que se roba no es lo mismo que lo que se entrega.

—No importa cómo fue tomado. El hecho es que ya no soy una doncella.

—¿Te entristece o te duele cuando te llamo así?

Se acomodó en posición sentada, dejando las piernas colgando mientras se aferraba a la rama frente a ella con ambas manos.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Me encogí de hombros y salté para reunirme con ella.

—Haces que eso parezca fácil —dijo.

—Soy más grande que tú. Más fuerte.

—Eso es un hecho. Pero no soy completamente inútil. Sé cazar si tienes un arco y flechas, y no me molesta limpiar una presa. Trabajé para el carnicero del pueblo, y me echará de menos tanto como mi familia.

Seguimos avanzando poco a poco, y pude notar que hablar mientras lo hacíamos la distraía de lo alto que estábamos subiendo.

—Podemos quedarnos aquí —dije finalmente, apoyándome contra el tronco. Di una palmada sobre mi muslo—. Hora de dormir, compañera.

—¿Esperas que me siente sobre tus muslos?

—Y sobre mi polla, pero haré mi mejor esfuerzo por ignorarlo.

Aspiró bruscamente.

—Dijiste que no me presionarías.

—No lo haré, pero eso no significa que no te diga lo que puedes esperar. Cuando te sientes en mi regazo, acurrucada contra mi pecho con mis brazos alrededor de ti, es natural que mi cuerpo reaccione.

Y el hecho de que no llevara nada debajo de mi túnica no ayudaba, pero no mencioné eso.

—Debes controlarlo.

Me miró con tanta severidad, con su vista fugazmente bajando a mi entrepierna, que me costó no soltar una carcajada.

—Desafortunadamente, tiene mente propia.

—¿Cómo es eso posible? Yo asumí…

—¿Qué?

—Que podías controlar la respuesta de tu cuerpo hacia los demás. Que cuando estabas listo para… montarme, simplemente le

dabas la orden y sucedía.

—¿Y cuándo acabo, también le doy la orden a mi polla para hacerlo?

Se encogió de hombros.

—Supongo.

Mi compañera seguía siendo una doncella, en el sentido más verdadero de la palabra. Que un hombre le hubiera arrebatado lo que no debía no cambiaba eso. Iría despacio y sería paciente. Lo último que quería era asustarla o hacerle daño.

Tal vez nunca se sentiría cómoda estando conmigo de esa manera, y eso estaría bien. Mi polla protestaría, pero lo que más importaba era su espíritu.

—Me sentaré sola en la rama —dijo, bajándose con cuidado y acomodando sus piernas a ambos lados de la gruesa madera. Esto, por supuesto, creó un hueco sombrío entre sus muslos donde la túnica se levantó. Aparté la mirada antes de que mi cuerpo lo notara y reaccionara más de lo que ya lo había hecho.

—No querría que… te levantaras por mi presencia.

—¿Crees que podrás dormir ahí? —pregunté, genuinamente curioso. Yo podría hacerlo, pero habiendo crecido en la copa de los árboles, tenía un sentido innato de mi posición en relación con todo a mi alrededor. También solía atarme a las ramas por seguridad, aunque no lo hacía desde que era niño.

—No creo que ninguno de los dos durmamos mucho.

Recosté la cabeza contra el tronco y cerré los ojos.

—Imagino que yo sí dormiré lo suficiente.

Sería mejor si la tuviera en mis brazos. Ella era mi compañera, y era difícil no sentirme irritado por el hecho de que el destino me hubiera dado a alguien que tal vez nunca me desearía por completo.

Tenía que confiar en que había una razón para ello y que eventualmente la descubriría.

Ella se movió, suspirando constantemente y emitiendo pequeños jadeos seguidos por golpes de sus manos o pies contra la rama.

Finalmente, entreabrí un ojo y la miré.

—Prometo no tocarte de manera indebida.

—¿Qué significa eso? —espetó, sentándose y dejando caer las piernas a ambos lados de la rama, dándome otra vista tentadora entre ellas.

Luché por no gemir.

—Significa que, si te sientas conmigo, te abrazaré. No te tocaré en ningún otro lugar… a menos que me lo pidas, por supuesto.

—Lo cual no haré.

—Lo dejaste claro —bufé—. En mis brazos, te sentirás segura y podrás descansar.

—¿Sentirme segura en los brazos de un hombre? Eso sí que sería un cambio.

—No todos somos iguales.

Sería paciente con ella el tiempo que hiciera falta.

—Yo no soy él.

—Lo siento. —Tragó con dificultad—. Ya lo veo. No debería culpar a todos los hombres por las acciones de uno solo.

—Si te sostengo en mis brazos, no tendré que preocuparme de que caigas de la rama.

—No creo que me caiga.

—Siempre y cuando permanezcas despierta toda la noche.

Refunfuñó y miró a su alrededor, como si esperara que surgiera una mejor opción.

—Aun no entiendo por qué no podemos dormir junto al fuego.

—Los Ashenclaws no siempre le temen.

Un escalofrío la recorrió.

—No se acercaron mientras viajaba con los hombres ni cuando estuve sola. Pensé que el fuego…

—Había cinco personas en tu campamento, incluida tú. Imagino que eso fue suficiente para disuadirlos. Pero si alguno de ustedes se hubiera alejado del grupo…

—¿Estás diciendo que siempre estuvieron cerca?

—Lo sospecho. Les gustan las presas fáciles, y la gente que viaja por su territorio a veces se convierte en una.

—De acuerdo—suspiró.

Se puso en cuatro patas y gateó hacia mí, con el ceño fruncido cada vez que la corteza raspaba su piel. Cuando llegó a mi lado, se

detuvo y me miró con incertidumbre.

—No estoy segura de cómo sentarme sobre ti.

Tenía una buena sugerencia que preferí callarme.

La levanté con facilidad y la sostuve frente a mí.

—Abre las piernas.

El color inundó su rostro.

—No llevo nada debajo de tu túnica —susurró, como si temiera que alguien la escuchara.

—Lo sé muy bien.

—Y aun así, te has comportado como un perfecto caballero-orco a pesar de ello. Aprecio tu contención.

Jamás sabría cuán tentadora era, ni lo difícil que era no acariciar la suave piel de sus muslos, tocar su rostro…

O cuánto deseaba besarla.

Mi colgante brilló de nuevo, recordándome que ella era la que los destinos habían elegido para mí.

—Abre las piernas y déjame acomodarte en mi regazo —dije con la voz ronca—. Así podremos dormir los dos.

Aunque me estaba matando, mantuve una sonrisa amigable. ¿Notaría mi erección?

Hizo lo que le pedí, y la bajé sobre la parte media de mis muslos para evitar que notara algo que no podía controlar.

—¿Por qué sigue brillando tu colgante? —preguntó, levantando una mano para cubrirse los ojos.

Porque aún no te he follado. Pero no podía decirle eso.

—Lo hace al azar.

—Debe ser un problema cuando cazas.

Alzó la vista hacia mí y bostezó.

—¿Crees que podríamos ser amigos?

—¿A qué te refieres?

—Al menos al principio. Tú… pareces agradable. Incluso dulce. Confío en ti, algo que no he hecho con ningún otro hombre aparte de mi padre y mi hermano. Nunca he tenido un amigo varón, y creo que sería bueno empezar de esa manera.

Asentí, entendiendo lo que quería decir.

—Por supuesto.

—Gracias.

Y con eso, se acomodó contra mi pecho, cerró los ojos y rodeó parcialmente mi cuerpo con sus brazos.

CAPÍTULO 7

Alwen



Zickar era tan cálido. Me sentía segura en su abrazo, algo que nunca imaginé que sentiría con un hombre. Era una buena persona. Amable. Incluso tierno.

Y a pesar de decirme a mí misma que solo seríamos amigos, me gustaba más que como un amigo. No sabía qué podría surgir de ese sentimiento, pero por primera vez desde que aquel hombre me hizo daño, iba a dejar que la vida me llevara a donde quisiera. No intentaría controlar esto, lo cual era aterrador en sí mismo.

Después de lo que ocurrió, me había reencontrado a mí misma controlando a todos y todo a mi alrededor. Ceder incluso un poco de ese control a alguien nuevo era aterrador.

Pero sentía que Zickar no me traicionaría. Tal vez era una necedad confiar en él tan fácilmente, pero se sentía bien.

Cuando el alba abrió el cielo y dejó entrar la luz, desperté. El calor me envolvía. Zickar me envolvía. Me acurruqué más, saboreando lo maravilloso que era sentirme segura.

Levanté la vista y lo encontré mirándome.

—¿Tú también dormiste? —pregunté con voz ronca. Me sentía como si hubiera dormido durante horas en mi segura y pequeña cama del pueblo.

—Lo suficiente. —Su mirada descendió hasta mi boca, y me pregunté cómo sería besar a alguien que no intentara tomar algo que yo no estaba preparada para dar.

Una de sus manos dejó la parte baja de mi espalda. Pasó los nudillos por mi mejilla y mi cuello, deteniéndose al llegar al borde de su túnica.

Su cabeza se inclinó hacia adelante, y mi corazón tropezó consigo mismo. Por primera vez desde antes de lo que ocurrió, me sentí inundada de deseo. Quería sentir sus labios sobre los míos. ¿Me besaría con suavidad o con intensidad?

Cuando acercó su rostro al mío, volvió a detenerse, susurrando apenas mi nombre. Si nos besábamos, si alguna vez hacíamos *algo*, tendría que ser yo quien le mostrara que lo quería.

Qué liberador.

No había besado a nadie en más de un año porque temía que tomara ese gesto como permiso para hacer lo que quisiera con mi cuerpo.

—Zickar —susurré, sintiendo mi pulso acelerarse en la garganta. Deslicé la punta de mis dedos por su pecho y rodeé su cuello. Porque no pude resistirme, pasé los dedos por su cabello largo. Era más suave y grueso de lo que parecía. Enredé algunos mechones en mis dedos y presioné contra su nuca, acercando su rostro lo suficiente como para alcanzarlo.

Entonces lo besé.

Se quedó inmóvil, y por un momento temí que eso significara que no deseaba *besarme*. Pero entonces gruñó y me atrajo con fuerza contra su pecho. Su boca se movió suavemente sobre la mía, al principio con timidez, pero cuando jadeé, casi abrumada por sentimientos que jamás esperé tener por nadie, profundizó el beso. Su lengua rozó mis labios, y abrí la boca para dejarlo entrar. Nuestras lenguas se deslizaron juntas, y sensaciones que nunca había imaginado me recorrieron por completo.

Deseaba a este orco como nunca había deseado a otro.

No había nada que necesitara más que seguir besándolo, y, sin embargo, aparté mi boca de la suya. Tenía que pensar en lo que significaba ese beso.

—Eres una mujer valiente —murmuró, con su voz hipnótica—. Te admiro mucho.

Seguramente no decía eso solo porque lo había besado.

—¿Por qué?

—Porque no te has rendido. Y no me refiero solo a la forma en que siempre me replicas.

Le dediqué una leve sonrisa.

—No *siempre* te replico.

—A pesar de ser pequeña y frágil, te defiendes. Estás dispuesta a luchar si es necesario.

—¿Me darás una de tus dagas? Me siento indefensa sin una.

—Yo te protegeré.

—Sabes a qué me refiero. Con un arma, sentiré que realmente puedo protegerme. He llevado una, incluso al dormir, desde que…

—Cuando lleguemos al suelo, te daré una.

—Gracias. Hoy viajaremos en tu shayde, ¿verdad?

Me tentó mirar hacia abajo, para ver si la criatura acechaba bajo nosotros, pero no me atreví. Siempre me habían asustado las alturas, aunque no tenía razón para ello. Nunca me había caído.

—Sí.

—Entonces, descendamos, ¿te parece?

Cuando sonrió, mi corazón volvió a dar un vuelco.

—De acuerdo.

Me deslicé de tu regazo y, usando tu pecho y hombros para sostenerme, me puse de pie.

—¿Cómo vamos a bajar?

—Te ayudaré. Debes saber que te mantendré tan segura ahora como lo hice anoche, mientras dormías.

—Vas a ser un amigo increíble, Zickar.

Una sombra de tristeza cruzó su rostro antes de que la borrara con rapidez.

—Gracias.

Me ayudó a bajar sujetándome de las manos, rama a rama, y pronto estuve de pie en el suelo a su lado. Miró a su alrededor, pero ya se había detenido antes, unas ramas más arriba, para asegurarse de que no hubiera depredadores cerca antes de llevarnos hasta abajo. Me gustaba lo precavido que era.

—Puedes quedarte con esto.

Se inclinó y se quitó una vaina con una daga del lado derecho de su pantorrilla.

—Te ayudaré a sujetarla cuando te hayas vestido con tu ropa. Por mucho que disfrute verte con mi túnica, estarás más cómoda con tus pantalones y tu camisa.

—Solo quieres recuperar tu túnica —lo provoqué mientras caminábamos juntos hacia el claro.

—Es mi camisa favorita.

—Y, sin embargo, solo llevas un taparrabos.

Resopló.

—Me gusta llevar taparrabos.

Por supuesto que sí.

—Fui parte de la Caza de Compañeros —dije—. Mi aldea me eligió a mí y a otra mujer para la caza de este año. Cuando llegamos al bosque, la animé a correr conmigo, pero la perdí en la oscuridad. La busqué, pero cuando oí los aullidos, sospeché que ya la habían capturado, que alguien estaba cazándome a mí. Así que corrí.

Cerré los ojos con fuerza.

—Espero que esté bien. La habría llevado conmigo si hubiera podido. Tal vez así podríamos habernos cuidado mutuamente, y yo no habría sido capturada.

—Si no te hubieran capturado, yo no te habría encontrado. Estaba buscando a Dakur.

—Lamento lo de tu amigo.

—Era nuestro caedos, el líder del clan —dijo con voz ronca—. Será extrañado.

—Si te sirve de consuelo, no creo que haya sufrido. Estuvo inconsciente desde que me llevaron al campamento hasta que murió.

—Le contaré esto a su madre. Le dará algo de paz.

Sentí pena por la mujer que pronto sabría que su hijo estaba muerto.

—Podemos bañarnos rápidamente antes de partir —dijo—. Y comer algo también. Cuando lleguemos a mi clan, tendrás que compartir mi hogar conmigo.

Lo entendí. El me brindaría protección frente a los demás. Si tu clan estaba tan abarrotado como la aldea, dudaba que tuvieran una vivienda vacía para ofrecerme, especialmente para una mujer sola como yo.

Antes de salir del bosque y entrar en el claro, levantó una mano. Su ceño se frunció mientras miraba hacia la pradera, y yo seguí su mirada.

Todo parecía tal como lo habíamos dejado anoche.

Pero el shayde, Taen, no estaba por ninguna parte.

CAPÍTULO 8

ZICKAR



Tomé su mano y avancé con ella hacia la pradera, tan cerca que nuestras pieles se rozaban.

Elevé mi colgante y soplé suavemente sobre él, pero a pesar de mi llamado, Taen no apareció. ¿Dónde estaba?

Quería gritar su nombre, pero algo me detuvo. No sentía ojos observándonos, por lo que no podía ser eso. Y si hubiera depredadores cerca, también lo habría notado. Pero había sobrevivido hasta ahora confiando en mis instintos, y no iba a ignorarlos ahora.

Anoche, había encontrado hojas compactadas en un área por la que no habíamos pasado. ¿Alguien se había acercado a la pradera mientras no estábamos? Apenas había dormido y planeaba mantener los ojos bien abiertos en todo momento. La seguridad era un concepto relativo, pero me sentiría más tranquilo una vez que estuviéramos de regreso en el territorio de mi clan.

Allí, podría invocar lianas y moverme con mayor rapidez por el bosque. La vegetación en esta zona no respondía a mis llamados; lo había intentado mientras buscaba a Dakur.

Me giré hacia Alwen y me llevé un dedo a los labios. Ella asintió. Era astuta además de valiente, y si hubiera podido elegir, no habría encontrado mejor compañera. Su beso... quería pensar en él, perderme en la embriagadora sensación de su toque vacilante, pero primero tenía que encontrar a Taen.

—Voy a subirte a un árbol —susurré—. Luego buscaré a Taen.

Asintió de nuevo y nos adentramos en el bosque sin alejarnos demasiado. La impulsé hasta una rama baja de un buen árbol y luego salté para unirme a ella. Tras ayudarla a subir tres ramas más, esperé mientras se acomodaba en la rama con la espalda contra el tronco.

—Ve —dijo suavemente—. Estaré bien aquí. Prometo que no intentaré bajar sola.

Gruñí en señal de aceptación y salté a un árbol cercano, usando el impulso para balancearme hasta otro. Seguí avanzando hasta acercarme al lugar donde había matado a los machos que asesinaron a Dakur antes de descender al suelo. Agachado, escuché. Al no oír nada preocupante, me enderecé y caminé hasta donde había dejado a Taen con uno de los cadáveres. No estaba allí, pero eso no era raro.

Moviéndome por la zona, encontré el rastro de Taen al otro lado y lo seguí durante algunos cliks, preocupado al notar que se alejaba de mi ubicación. Me detuve y soplé suavemente sobre mi colgante. Luego esperé, esperando verlo aparecer tras alguna loca aventura que lo hubiera apartado de mí.

No apareció. Ni entonces ni después de que soplara tres veces más.

—Desapareció —murmuré, escudriñando alrededor como si fuera a verlo o encontrar alguna pista sobre su paradero. Nuestros shaydes eran increíblemente leales. Nunca se alejaban demasiado del clan. Era por eso por lo que habíamos llevado dos para buscar a Dakur y por eso había pedido al tercero que llevara a Madr y su compañera, Lyneth, a la ciudad orca. No confiaba en nadie más que en mis amigos cercanos y nuestros shaydes.

No encontré sangre ni señales de que hubiera tenido problemas. Y aunque quería seguir su rastro, mi compañera me esperaba.

Tendríamos que caminar hasta mi clan.

Solo esperaba que Taen nos alcanzara pronto.

Caminamos todo el día. Los shaydes cazaban de noche, y aunque los ashenclaws no parecían tener preferencia en cuanto al momento de acechar a sus presas, también parecían preferir la oscuridad, cuando la visibilidad era menor y tenían más posibilidades de asustar a algo para que corriera.

Nos mantuvimos cerca del río que eventualmente nos llevaría al territorio del Clan Matis, deteniéndonos solo para desenterrar raíces o recoger bayas. Antes del anochecer, encontramos un buen lugar para detenernos. Árboles altos y robustos crecían cerca, y los peces saltaban en el río.

Después de inspeccionar la zona para asegurarme de que no hubiera amenazas inmediatas, me detuve frente a Alwen. Mi compañera estaba tan hermosa ahora como cuando iniciamos la caminata. Más temprano se había quejado de que su cabello estaba hecho un desastre, pero a mí me gustaba así: salvaje e indómito. Feroz, incluso, aunque no se lo diría. No sabía mucho sobre las hembras, aunque había estado cerca de algunas mientras crecía, pero sabía que no dejaría de oír su enojo si le decía que parecía capaz de despedazar a alguien.

Aunque, con Alwen, quizás lo tomaría como un cumplido.

—Pescaré si tú recoges leña para cocinar mi captura —dije.

Asintió y se adentró silenciosamente en el bosque.

—No te alejes —le advertí, sin gustarme la idea de perderla de vista.

Me acerqué al río y saqué la bolsa de mi espalda, extrayendo mis utensilios de pesca. En poco tiempo, había atrapado tres peces. Los limpié rápidamente mientras Alwen reunía una buena cantidad de leña. Luego, encendí el fuego y dejé que la madera ardiera hasta formar un lecho sólido de brasas.

Ensarté los peces en ramas verdes y los cociné sobre las brasas. Pronto chisporrotearon, llenando el aire con un aroma delicioso. Las raíces que Alwen había lavado y colocado sobre piedras en las brasas relucían, cubiertas en sus propios jugos mientras se asaban.

Antes de que anocheciera por completo, me interné en el bosque para encargarme de un último asunto. Al regresar al campamento, escondí lo que había encontrado cerca de la pila de leña.

El aroma del pescado asado hizo que mi estómago gruñera.

Alwen me sonrió.

—Yo también tengo hambre.

—Nunca te faltará comida una vez que lleguemos a mi clan.

Encogió los hombros.

—Como te dije, cazaba para mi familia, aunque vendía la mayor parte de lo que mataba al carnicero con el que trabajaba, quedándome solo con lo justo para nosotros. No me asusta volver a proveer para mí misma.

—¿Tu padre asumirá ahora ese deber, en tu ausencia?

—Murió hace cinco años, dejándonos a mi madre, mis tres hermanos y a mí para arreglárnoslas como pudimos.

—¿Qué harán ahora que te has ido? Tu pérdida es un golpe, ya que parecías ser su sustento.

—Le enseñé a cazar a mi hermano. Todavía es pequeño, pero hará todo lo que pueda.

—¿Trabajará también para el carnicero?

—Creo que sí. Se lo sugerí, y tenía planeado hablar con él. Pero como dije, es joven. Lo bastante mayor para trabajar, supongo, aunque me gustaría que pudiera seguir en la escuela.

—¿Cuántos años tiene?

—Bredar tiene trece.

Suficiente para cazar, pero aún un niño.

—¿Es común entre los humanos?

—¿Dejar la escuela para trabajar y alimentar a la familia? Desafortunadamente, sí.

—¿Mencionaste hermanas?

—Nayleen y Creea son menores que mi hermano.

Una triste sonrisa cruzó sus labios antes de desvanecerse.

—Las extraño. Me preocupan. Mi madre también.

—Podríamos visitarlas algún día. Ver si quisieran vivir con nosotros en mi clan.

—No creo que mi madre acepte algo así. Les teme a los orcos como todos en mi aldea.

—¿Tú también?

Se encogió de hombros.

—Antes sí. Ya no, no desde que te conocí.

Me alegró saber que le había demostrado que no tenía nada que temer.

—Podrías hablar con tu familia. Hacerles la oferta y ver qué dicen. Todos harían lo posible para que comprendieran que no tienen por qué temernos.

—Aún no sé si me quedaré con tu clan, pero gracias de todos modos.

Asentí, aunque estaba decidido a demostrarle que su lugar era a mi lado.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Roolina.

Si Alwen me lo permitía, daría la bienvenida a su familia y me aseguraría de que tuvieran un hogar digno, comida en abundancia y buenos amigos. No podría ser una vida peor que la que llevaban ahora.

Ella fijó la mirada en las llamas.

—A veces odio lo que la vida nos hace. Solo arrebata, arrebata y arrebata, y rara vez da algo a cambio. No puedo estar con ellos cuando más me necesitan. Mis hermanitas… —Levantó los ojos empañados hacia mí—. Tienen nueve y diez años, y ya están pensando en aprender un oficio. Deberían estar jugando con sus muñecas de trapo, corriendo por las calles con sus amigos, soñando.

Apretando los párpados, inspiró hondo y exhaló con lentitud.

—Pero ahora tendrán que crecer rápido.

—Lo lamento.

—Gracias. Algún día arreglaré esto. De alguna manera.

¿Cómo podía decirle que yo podía ofrecerle a ella y a su familia eso y mucho más? No estaba seguro de que Alwen me creyera. Lo único que podía hacer era mostrarle cómo vivía mi clan y mencionárselo de nuevo más adelante.

Haría todo esto solo por verla sonreír.

Con la garganta oprimida, repartí el pescado y las raíces, sirviendo las porciones sobre piedras planas que antes habíamos lavado en el río. Comimos rápido y en silencio.

—Lavémonos en el río —dije después.

Ella sacó mi túnica de la bolsa, y yo tomé otro taparrabo. Lavaríamos el que llevaba puesto, pero lo dejaría secar en vez de ponérmelo de inmediato como la noche anterior.

Colgué la bolsa de una rama baja para mantenerla fuera del alcance de los animales y nos adentramos en el bosque hacia el río. Llevaba una hoja larga en la mano, listo en caso de que surgiera algún peligro. Sin embargo, nada se nos acercó, aunque algo salió huyendo entre los árboles a nuestra derecha.

Al llegar al agua, me giré para desnudarme mientras ella hacía lo mismo, y sentí que el pecho se me aflojaba al ver que confiaba en mí para esto. No iba a tocarla de forma íntima a menos que ella lo pidiera claramente. Si ese momento llegaba, maravilloso. Si no, haría todo lo posible por protegerla y hacerla sentir valorada. No todas las relaciones necesitaban ser físicas.

—Entra tú primero —dije, manteniendo la vista en el bosque cercano. Le tendí el jabón.

Ella lo tomó.

—Gracias.

Poco después, escuché el chapoteo del agua.

—Ya puedes voltearte —llamó—. Estoy cubierta.

Me uní a ella en el agua, pero mantuve cierta distancia.

—¿Quieres que te lave el cabello?

—Oh, gracias, pero puedo hacerlo yo.

Se enjabonó y aclaró el cabello, luego nadó lo suficiente para alcanzarme y devolverme el jabón.

Me lavé y floté un rato.

—Saldré primero para asegurarme de que todo está bien —dije al fin.

—Eres muy amable.

Su voz sonó ronca, y agradecí una vez más poder demostrarle que era distinto del hombre que la había lastimado. Un feroz instinto protector había crecido en mí, y haría pedazos a quien osara amenazarla.

Salí del agua y me até el taparrabo limpio antes de girarme hacia ella. Su mirada no se encontró con la mía. En cambio, recorrió mi cuerpo de arriba abajo, y su atención se sintió casi como una caricia.

¿Sería solo curiosidad o habría algo más?
Esperaba que fuera lo segundo.
Y si lo era… ¿qué iba a hacer al respecto?

CAPÍTULO 9

Alwen



¿Cómo había tenido tanta suerte de terminar con alguien amable y protector, alguien que no exigía nada de mi cuerpo?

No podía dejar de pensar en nuestro beso. Siempre había supuesto que algún día intentaría tener una relación con alguien. No quería estar sola para siempre. El sexo sería parte de eso, y había planeado soportarlo, dejar que él hiciera lo suyo y olvidarlo después de cada vez. Algo que sufriría para tener hijos y alguien con quien conversar por las noches.

Pero no estaba segura de cuándo estaría lista para intentarlo.

Ahora tenía a un hombre que decía que era su compañera. Parecía desearme, a menos que tuviera razón y su miembro realmente tuviera voluntad propia y se endureciera al azar. No podía imaginar lo incómodo que debía ser. Imaginar que una parte de tu cuerpo se manifestara cuando intentabas trabajar, relajarte o, en este caso, lavarte en el agua.

Mientras nos lavábamos juntos y él salía del río con suavidad para asegurarse de que yo también pudiera salir con seguridad, un sentimiento que no podía definir comenzó a revolverse dentro de mí. No se parecía a nada que hubiera sentido antes.

Empezaba a preocuparme por este orco rudo que me trataba como a una reina.

¿Me atraía mi nuevo compañero?

Ya no sentía miedo cuando estaba cerca. Un calor acogedor se deslizaba a través de mí, haciendo que mis huesos se sintieran

blandos y derretidos. Cada vez que me miraba, mi corazón latía más rápido de lo que debía.

Quizá debería considerar quedarme en su clan como su compañera. Dudaba que alguna vez encontrara a otro hombre que me tratara con tanto respeto.

Tal vez no sería tan malo acostarme bajo él cuando me montara.

Algo en lo más profundo de mí sugería que incluso podría disfrutarlo. ¿Cómo era posible? Sí, había sentido deseo por los hombres antes de aquella experiencia que me atormentaba, pero pensé que esa sensación había sido arrancada de mí para siempre.

Sin embargo, Zickar parecía haberla reavivado.

Tragué saliva con fuerza mientras él se pasaba las manos por el cuerpo para quitarse el agua. Tragué de nuevo cuando se inclinó para tomar su taparrabo limpio. Y lamenté cuando lo envolvió alrededor de su cintura, ocultando esa parte de su cuerpo.

¿Era realmente deseo lo que estaba creciendo dentro de mí? Lo había sentido durante nuestro beso.

Cuando me instó a salir del agua, lo hice, secándome rápidamente y vistiéndome con su túnica, que tenía un ligero aroma a él. La textura áspera rozando mi piel desnuda despertó sensaciones que no podía definir.

Mientras caminábamos de regreso al sitio donde habíamos dejado nuestras cosas, seguí pensando. Y preguntándome. ¿Debería hacer algo con este sentimiento o reprimirlo?

—Tengo algo para ti —dijo con su tono rudo, acercándose a la pila de leña que había recogido. Levantó algo del tamaño de su puño y me lo tendió. Era un amplio manojo de cerdas de arbusto. —Déjame mostrarte.

Se colocó detrás de mí y, comenzando desde la coronilla, lo deslizó lentamente por mi cabello, deshaciendo los nudos.

—No es lo mismo que un peine de madera, que te daré cuando lleguemos a mi clan, pero debería hacer que tu cabello se sienta más suave.

—Gracias.

Mis ojos ardían, aunque no sabía por qué.

Cuando terminó, me entregó el cepillo. No tenía bolsa, así que lo sostuve, decidida a llevarlo conmigo por la mañana.

—Necesitaré cazar —dijo mientras nos sentábamos junto al fuego, secándonos y entrando en calor tras el baño—. Pescaré, por supuesto, pero no hay garantía de que piquen. Tengo suficientes barras de bayas para uno o dos días, pero tardaremos más que eso en llegar a mi clan.

—Podría ayudar a limpiar lo que traigas al campamento.

—Mencionaste que cazabas con arco. Cuando lleguemos a mi clan, te haré uno propio. Los nuestros serán demasiado grandes para que los manejes. Uno más pequeño, con una cuerda firme y flechas veloces, te servirá bien. Y algo para llevarlas. Entonces podrás cazar si lo deseas, aunque te aseguro que en nuestro clan nunca falta comida. Todos contribuimos como podemos, y nadie se va a dormir con el estómago vacío.

Su clan sonaba increíble. Aunque no estaba segura de si me quedaría con él, me entusiasmaba verlo.

—Asumes que Taen no volverá con nosotros —dije—. Que tendremos que caminar todo el camino.

—Sí, me estoy preparando para eso. Si fuera a volver, ya lo habría hecho.

—¿Te preocupa?

—Un poco. No entiendo por qué se fue así. Es leal hasta la médula y sabía que lo necesitaba.

—Tal vez encontró una compañera.

—Podría ser.

—Espero que regrese a tu clan algún día, entonces.

No podía creer que estuviera diciendo algo así. ¿Preocuparme por un shayde y desear que volviera a su clan? Nadie en la aldea lo creería.

—Cazaré temprano en la mañana, antes de que salga el sol —dijo, poniéndose de pie. Empezó a alisar la tierra cerca del fuego con el pie, esparciendo cenizas sobre las llamas hasta apagarlas, dejándonos en completa oscuridad. Esta noche no había luna sobre nosotros ni estrellas titilando en el cielo.

—Supongo que dormiremos en un árbol otra vez —dije en tono ligero, mirando hacia el bosque que nos rodeaba—. Dormiré en tu regazo de nuevo, si está bien.

Y…

No, no debía pensarlo demasiado. Si lo hacía, no sería lo suficientemente valiente para decirlo.

—Por supuesto —dijo, ofreciéndome su mano para ayudarme a levantarme.

Empacamos todo, y cuidadosamente coloqué mi cepillo en su bolsa. La colgó de una rama y, con una de sus largas hojas en la mano, nos internamos en el bosque.

En poco tiempo encontramos un buen árbol, lo escalamos y él se acomodó contra el tronco, con las piernas abiertas a los lados.

Antes de que pudiera acobardarme y quedarme donde estaba, deseándole buenas noches en silencio, subí a su regazo, enfrentándolo con las piernas abiertas a sus costados. Su túnica se subió un poco, pero el borde aún cubría mis muslos.

—Tengo algo que pedirte —dije con voz ronca. ¿De verdad iba a hacer esto?

—Lo que desees, linda doncella.

Si seguía llamándome así, mi corazón terminaría derritiéndose aún más.

—Habla. Estoy aquí para escucharte —dijo.

—¿Podemos besarnos otra vez?

Él inhaló con fuerza antes de que sus colmillos brillaran en la tenue luz.

—Estaré encantado de besarte otra vez.

—Quiero probar algo.

Eso no sonó bien. Aquí estaba él, diciéndome que era valiente, y yo pronto demostraría que en realidad era una cobarde si no dejaba claras mis necesidades.

—Disfruté nuestro beso.

—¿Realmente?

—Sí.

Asentí, como si necesitara mover el cuerpo para reforzar mis palabras.

—Y si estás dispuesto… también me gustaría que tocaras mis pechos.

CAPÍTULO 10

ZICKAR



Mi colgante brilló con fuerza, cegándonos casi por completo.

Apreté la mano sobre él, convencido de que había escuchado mal. Me había dicho que no tocara sus pechos, algo que había ansiado hacer mientras la besaba esta mañana, un impulso contra el que me había obligado a luchar sin importar qué.

—A través de mi camisa, por supuesto —añadió apresuradamente.

—Por supuesto.

La miré, atónito.

—¿Acabas de pedirme que toque tus pechos mientras te beso?

Su rostro se oscureció. ¿Se daba cuenta de que los orcos veíamos mejor en la oscuridad que los humanos?

—Lo hice —asintió de nuevo—. Verás, disfruté el beso, así que me gustaría repetirlo. Y como también quiero experimentar un poco, me gustaría que me tocaras los pechos como lo haría un amante.

—¿Por qué?

—Para ver si eso también se siente bien.

—¿Y si no lo hace?

—Te pediré que te detengas. Nos iremos a dormir y no se hablará más del asunto.

Si la besaba y tocaba sus pechos… como lo haría un amante… sospechaba que no pegaría un ojo en toda la noche.

—Estaré encantado de tocar tus pechos.

—Como un amante —insistió.

—Naturalmente. Acariciaré tus pezones, a través de la tela, y me dirás cómo se siente.

Mi miembro ardía, rígido bajo el taparrabo, y ni siquiera la había tocado aún.

—¿Por qué deseas experimentar? —pregunté.

—Ya sabes que tuve una experiencia horrible.

Y mataría a ese hombre si no estuviera muerto ya.

—Quiero hijos —dije en voz baja, bajando la mirada. ¿Se daba cuenta de que sus dedos acariciaban su pecho? ¿Que una de mis manos jugueteaba con su pezón derecho? —. Para tener hijos, deberé tener sexo. Tú me has ofrecido un apareamiento y, al principio, me resistí a la idea.

Alzó la vista fugazmente hacia mi rostro antes de bajar la mirada de nuevo.

—Siempre asumí que algún día aceptaría casarme con un hombre y que me acostaría bajo él. Nunca creí que disfrutaría del acto, pero lo soportaría para tener hijos.

—Ya veo.

Estaba a punto de estallar con sus simples palabras.

—Con gusto te daré *orclings*... hijos... si llegamos a ser verdaderos compañeros.

Y me aseguraría, maldita sea, de que lo disfrutara. ¿Tendida debajo de mí mientras la montaba? Sí, al menos una vez por noche, alternando con otras posiciones, pero siempre me aseguraría de que encontrara su placer mucho antes de que yo cediera al mío.

Lo que ella estaba buscando era un despertar sexual, suponiendo que yo hiciera las cosas bien, lo cual haría o moriría en el intento. Sería una auténtica tortura, pero haría lo que fuera necesario para ayudarla a superar tanto su pasado como su presente. Porque un futuro maravilloso nos esperaba, y yo la quería a mi lado cuando llegara.

—Si llegamos a ser verdaderos compañeros —repitió—. Entonces, ¿harás esto por mí?

—Con gusto.

—Muy bien. Supongo que debería subir a tu regazo para alcanzar tu boca. Puedes… tocar mis pechos cuando creas que es el

momento adecuado.

Siempre era el momento adecuado.

No podía creer lo que estaba oyendo, pero mi corazón tambaleaba en mi pecho ante la idea de que entre nosotros pudiera haber algo más que amistad.

—También podría inclinarme para alcanzar tu boca —sugerí—. Como hice esta mañana.

—¿Eso no lastimará tu cuello?

Lo soportaría con gusto.

—No mucho.

—Entonces, déjame subirme a tu regazo.

¿Y arriesgarme a que su rodilla golpeara mi polla? Eso dolería más que cualquier otra cosa.

—Me inclinaré hacia adelante —gruñí.

Sus dedos se quedaron quietos sobre mi pecho, y eso sí que era una verdadera tragedia.

—¿Te molesta que te haya pedido esto?

—En absoluto. Es solo que…

Apenas podía formar palabras.

—No lo esperaba.

—Estoy segura de que ya te habías resignado a no tocarme de esta manera.

—Tal vez.

No realmente. Era demasiado decidido y terco para rendirme tan fácilmente. Solo que no estaba seguro de cómo seducirla sin traicionar su confianza.

—Muy bien, entonces. Inclínate hacia adelante. Nos besaremos. Me tocarás los pechos... brevemente, supongo, ya que esto es una prueba, y yo me apartaré cuando haya terminado con mi experimento.

Esto me mataría, pero sospechaba que moriría siendo un hombre feliz.

—Cuando estés lista.

Asintió con firmeza.

—Ahora. Acabemos con esto para poder dormir.

Al diablo el sueño. Yo estaba más que listo para mostrarle a mi compañera el placer que podían compartir dos personas.

Me incliné hacia adelante hasta que mi rostro quedó suspendido sobre su boca entreabierta.

—¿Ahora?

—Cuando creas que es el momento adecuado. No estoy segura de que haga mucha diferencia, pero confío en ti lo suficiente como para intentarlo.

La besé antes de que pudiera decir algo más. Y cuando gimió y deslizó sus manos hasta aferrarse a mis hombros, profundicé el beso, colando mi lengua en su boca.

Se arqueó contra mí, y, sin duda, esta noche iba a morir.

En lugar de mencionar que era ella quien estaba llevando esto más allá al frotarse contra mí, hice lo que me había indicado. Deslicé la punta de mis dedos por su cuello hasta la parte superior de su pecho.

Luego, cubrí con mis manos la parte inferior de sus pechos. Para ser humana, los tenía grandes, y eso me gustaba. No podía esperar hasta que me pidiera que los succionara, algo que sospechaba que, algún día, haría. Me costaría sobrevivir hasta ese glorioso momento.

Cuando pasé los pulgares sobre sus pezones, estos se endurecieron y otro gemido escapó de sus labios.

Mi polla golpeó con fuerza contra mis abdominales, la punta sobresalió por encima de mi taparrabos. Mi espolón, situado por encima de mi miembro principal, vibró. Si alguna vez nos uniéramos por completo, se aferraría a su clítoris y la haría temblar de placer.

Alwen se frotó contra mí, su centro chocó justo en el lugar adecuado.

Atrapé sus pezones entre mis dedos y los hice rodar, mientras ella presionaba su entrepierna contra mí con más fuerza y rapidez.

Nuestras lenguas se batían en duelo, acariciándose entre sí mientras yo hacía lo mismo con sus pezones. Era increíblemente receptiva, y daría cualquier cosa por hundirme dentro de ella.

¿Ya estaría húmeda para mí o eso requeriría más "experimentación"? Estaba ansioso por averiguarlo. Nos esperaban muchos días de viaje, y pensaba aprovecharlos al máximo.

Siempre que ella estuviera lista para lo que viniera después.

Justo cuando pensé que acabaría, se apartó.

Se acomodó en mi regazo, mirándome con intensidad, con la boca entreabierta y la respiración agitada.

—Yo… —trazó con sus dedos el contorno de sus labios—. Tus colmillos no duelen.

—Eso es bueno.

Hice una mueca, mi polla palpitaba de necesidad.

¿Notaría si terminaba yo mismo lo que habíamos empezado? Lo más probable era que sí.

—Tú…

¡Contrólate!

Aclaré la garganta.

—¿Te ha parecido aceptable?

—Me gustó volver a besarte. Me hizo sentir un hormigueo en todo el cuerpo. No tuve miedo, ni un poco.

—Eso es bueno —gruñí.

—¿Y cuando toqué tus pechos?

—Se sintió… agradable.

Mi corazón se desplomó hasta el suelo.

—¿Solo agradable?

—No, quiero decir…

Su rostro se tornó aún más rojo.

—Se sintió maravilloso. ¿Por qué crees que fue así?

—Creo que es natural que se sienta bien. *Maravilloso*, quiero decir.

—Pero después de lo que me pasó, no esperaba volver a encontrar placer en los brazos de un hombre.

—Quizás tener sentimientos amables hacia el hombre ayude.

Estaba improvisando.

Mi madre adoptiva sería mucho mejor para ayudar a Alwen a superar esto que yo.

Pero no había ningún lugar en el que prefiriera estar que aquí, hablando con ella.

—Podría ser eso —dijo, y me dedicó una sonrisa resplandeciente —. Creo que me gustas, Zickar.

Mi corazón prácticamente estalló con sus palabras.

CAPÍTULO II

Alwen



Zickar tenía una erección, y no estaba segura de qué, si es que algo, debía hacer al respecto. Si la tocaba, ¿lo volvería loco? Aunque le resultaría complicado hacer algo en lo alto de un árbol, no le tomaría mucho tiempo llevarme al suelo.

No. Confiaba en Zickar. No me obligaría. No solo me lo había prometido, sino que también había visto la bondad en su corazón, y un hombre así jamás haría algo semejante a una mujer.

Como no sabía qué hacer, decidí ignorarlo. Cerré los ojos y apoyé el rostro contra su pecho.

Mi mente giraba sin control, incapaz de detenerse.

El calor de su boca me hacía retorcerme por dentro... en el buen sentido. No, en un sentido maravilloso. ¿Y cuando me había tocado los pezones? Olas de shock me recorrieron, concentrándose entre mis piernas, en ese lugar que creía solo capaz de traerme dolor.

Me había frotado contra su erección, lo cual no formaba parte de nuestro acuerdo, pero él no se había quejado. O tal vez su mente estaba demasiado ocupada con su boca y sus manos como para notarlo.

Mañana le preguntaría si podía hacer esto de nuevo. Y si me sentía valiente, quizás le diría que podía deslizar las manos bajo mi camisa y tocarme los pezones sin la tela de por medio. ¿Se sentiría muy diferente?

Y si no parecía notarlo, lo que sospechaba que había sucedido, me frotaría contra él otra vez. Necesitaba descubrir si esa sensación

que crecía dentro de mí, hasta el punto de sentir que me elevaría hasta las estrellas, continuaría. ¿Cuánto podía durar algo así?

Después de eso, no estaba segura de qué hacer. Podría pensarlo mañana.

—Despiértame para hacer guardia cuando sea su turno de dormir —dije con un bostezo. En verdad, me costaba mantenerme despierta. Sus brazos eran cálidos y seguros a mi alrededor, y no podía imaginar nada mejor que acurrucarme contra su pecho desnudo. Olía bien, a río y a un toque de bosque.

¿Quién hubiera imaginado que empezaría a enamorarme de un orco?

Mentiría si no lo admitiera ante mí misma, aunque guardaría ese pensamiento para mí. No quería darle esperanzas a Zickar de que pudiera haber algo entre nosotros hasta estar segura.

En algún punto entre preguntarme qué sentiría si me tocara en aquel lugar ardiente entre mis piernas y él apoyando su mentón en la cima de mi cabeza, me quedé dormida...

Desperté al sentir su mano acariciando mi espalda.

—Es hora de hacer guardia, compañera —dijo suavemente—. O dormir un poco más, si quieres. Yo puedo vigilar toda la noche.

—Estoy despierta —le sonreí.

Había tenido los mejores sueños, aunque no recordaba exactamente qué eran.

Bueno, sí los recordaba, pero hablar de ellos… no estaba segura de cómo hacerlo.

En mis sueños, estaba con él. Caminábamos por un prado tomados de la mano. Y me besaba otra vez. No podía recordar mucho más, pero había sido increíble.

Nunca había creído que los sueños pudieran predecir el futuro, pero en ese instante mi corazón había volado alto, como si no hubiera ningún otro lugar ni persona con la que quisiera estar más que con él.

—¿Necesitas cambiar de posición? —pregunté.

Al menos su erección había desaparecido. Había oído que podía ser doloroso. ¿Por qué los hombres querrían tener una si dolía?

—No, estoy bien —respondió—. Dormiré y tú harás la guardia.

Saqué el cuchillo que me había dado de la funda en mi cintura y lo aferré con fuerza mientras me apartaba lentamente de su regazo. Estaría más alerta si no estaba acurrucada contra él.

Antes del amanecer, se despertó solo y estiró los brazos por encima de la cabeza.

En verdad era hermoso, pero su belleza no provenía solo de su apariencia. Esa era efímera. Todos cambiábamos a medida que avanzábamos en la vida.

Pero Zickar era hermoso por dentro, donde realmente importaba.

—Iré de caza —dijo—. Quiero que te quedes aquí. Mantén tu cuchillo cerca.

Ajustó sus largas hojas, atando la parte inferior de las vainas a sus muslos para asegurarlas en su sitio.

Con eso, saltó del árbol.

Mi corazón subió hasta mi garganta al verlo sujetarse de la rama de otro árbol y balancearse hacia el siguiente, hasta desaparecer de mi vista.

Me acomodé contra el tronco y esperé.

En menos de una hora, regresó con tres *reskits* al hombro, ya limpios.

Después de ayudarme a bajar del árbol, asamos la carne, comimos la mitad y empaquetamos el resto para más tarde.

Mi ropa ya estaba seca, así que me escondí detrás de unos arbustos y me vestí con mis pantalones y camisa, doblando con cuidado su túnica y guardándola en su bolsa. Empezamos a caminar.

—¿Podrías contarme más sobre tu clan? —pregunté, sin estar segura de qué esperar. En el pueblo nos decían que los orcos eran bestias salvajes que vagaban por el bosque, pero ¿cómo podía ser cierto eso si habían negociado un tratado con tanta habilidad? En realidad, nadie sabía cómo vivían. Algunos decían que construían chozas rudimentarias y se acurrucaban dentro, otros que vivían en cuevas.

Las mujeres elegidas para la cacería se estremecían al pensar en hacer de esos sitios su nuevo hogar.

—En el Clan Matis vivimos tanto sobre la tierra como debajo de ella —dijo.

Intenté imaginar lo que quería decir.

—¿Por qué de las dos formas?

—Desde que mi pueblo se asentó en el bosque, hace generaciones, algunos preferían la luz del sol, mientras que otros buscaban refugio de los shaydes y ashenclaws bajo la superficie.

—¿Te refieres a cuevas? He oído que hay sitios así bajo la tierra.

—Al principio vivíamos en cuevas —respondió, apartando una rama para que yo pasara mientras seguíamos por un sendero cubierto de maleza que subía una colina y descendía del otro lado—. Luego encontramos un sistema de cavernas enorme bajo tierra, y nos trasladamos allí.

—Debe de ser muy oscuro bajo el suelo —dije. La piel se me erizó solo de imaginarme acurrucada bajo tierra, sentada sobre una piedra y temiendo que cada roce en la piel fuera un insecto.

—Hay oscuridad en algunos lugares, pero cultivamos whisps.

—Necesitan una bocanada de aire para brillar —dije. Incluso nosotros usábamos esos insectos como luz.

Él levantó su colgante.

—También responden a nuestro llamado.

—Vi que soplabas tu colgante para llamar a Taen.

—Y por lo general, responde. Podemos emitir una amplia gama de sonidos con nuestros colgantes para distintos fines.

—¿Como llamar a un amigo?

Asintió.

—O advertir sobre un peligro. Y respecto a vivir bajo tierra, en realidad es muy bello allí. Un río cristalino atraviesa la zona donde vive parte de mi clan, y hay cascadas y pozas donde nadar. Cultivamos grandes jardines irrigados por el río. En verano es fresco, y no hace tanto frío en invierno, cuando nieva en el bosque.

Quizá no sería tan terrible, después de todo.

—¿Mencionaste que otros viven sobre la tierra?

Él señaló hacia arriba con la mano.

—En el dosel mismo. Hemos construido plataformas y descubierto que los tonos del colgante pueden usarse para guiar a las enredaderas.

Como nunca me habían gustado las alturas, quizá debería vivir bajo tierra.

—¿Dónde vives tú?

—En el dosel, aunque cuando regrese a mi clan, estableceré también un hogar bajo tierra.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué dos hogares?

—Porque pronto asumiré el papel de caedos.

Capítulo 12

ZICKAR



—Dijiste que caedos significa líder —dijo Alwen—. Tu amigo era caedos.

—Como su hermano menor y su segundo, se espera que asuma ese papel cuando regrese. Lloraremos a Dakur —gruñí, deseando poder volver atrás y matar a esos hombres otra vez por arrebatarnos a un amigo y líder tan extraordinario—. Pero después del duelo, necesitamos un líder. Siempre pensé…

—¿Qué?

—Que su hijo tomaría el relevo cuando Dakur decidiera que era el momento. Últimamente hablaba de buscar una compañera, de quizá participar en la cacería de pareja, pero nunca tuvo la oportunidad. —El sabor de la rabia era amargo en mi lengua.

—Lo siento. Ojalá hubiera podido ayudarlo, pero me mantuvieron atada desde el momento en que me capturaron.

—Dijiste que no se movía. Puede que ya estuviera muerto.

—Tal vez. No es justo morir así, solo. Podría haberme sentado junto a él, acariciado su frente.

Mi compañera sería la pareja perfecta para el nuevo caedos de nuestro clan.

—Gracias.

Caminamos el resto del día, sin detenernos más que para ocuparnos de nuestras necesidades en el bosque, beber del río y terminar el reskit asado.

Antes de que oscureciera, empecé a buscar otro buen árbol, aunque primero nos bañaríamos en el río. No tardamos en encontrar uno, colgué mi bolsa en una rama baja y caminamos hasta el agua.

Me encantaba lo cómoda que ya se sentía conmigo, cómo nos habíamos hecho amigos. Necesitaría una buena amiga cuando tomara el liderazgo del clan.

El papel de caedos podía ser solitario.

Al llegar al río, me di la vuelta para desnudarme, tratando de ignorar el susurro de su ropa. Ella tiró de mi túnica, luego se agachó junto al río para enjuagar sus cosas.

—Haré que confeccionen ropa para ti en cuanto lleguemos a nuestro clan.

—Eso estaría bien —dijo, sonriendo hacia mí mientras yo luchaba con el nudo de mi taparrabos—. Nunca he tenido mucho. La mayoría eran cosas que otros nos daban y que mi madre adaptaba para mí. Con tres hermanos, apenas lográbamos alimentarnos, y ni hablar de tener ropa decente.

¿Qué pensaría si le dijera que pronto viviría como una reina? Que su familia sería respetada y valorada al vivir con nuestro clan.

—Puedes tener muchos vestidos, o pantalones si prefieres. Como mi compañera, también tendrás a alguien que te ayude a instalarte en el clan.

Frunció el ceño, deteniendo sus manos mientras extendía su camisa sobre una roca para que se secara.

—¿Te refieres a una sirvienta?

—Algo así.

—No necesito nada así. Puedo cocinar nuestras comidas y mantener nuestra casa limpia.

—Cualquiera puede cocinar en su hogar, aunque la mayoría come en el comedor común.

—Entonces puedo mantener nuestra casa ordenada. No me gustaría que alguien tuviera que ocuparse de eso. Seguro que todos son necesarios.

—Volveremos a hablar de esto cuando lleguemos a mi clan —respondí. Le mostraría mi hogar en el dosel, y luego podríamos

escoger uno bajo tierra y amueblarlo a su gusto. Entonces vería lo bien que vivíamos en comparación con los humanos.

Incluso Dakur había vivido en lo que muchos considerarían una residencia palaciega. No le gustaba y solía quejarse del lujo de su casa, pero era lo esperado del caedos. Cuando llegaban dignatarios de otro clan, no podía recibirlos en la miseria. Esperaban el equivalente a un palacio, y eso era lo que les mostraba, aunque solo usaba una habitación de esa casa en las alturas.

—¿Tienes otra túnica que pueda usar? Aunque podría lavar esta por la mañana antes de partir, y dejar que se seque mientras caminamos.

—No traje ninguna otra. Solo esta y un par de pantalones, por si los necesitaba. Planeaba usar mis taparrabos la mayor parte del tiempo.

—Te quedan bien —dijo, y su rostro se sonrojó mientras se incorporaba, apartando la mirada de la mía—. Lo siento. No debería decir esas cosas.

—¿Que te parezco atractivo? —La idea me alegró. Empezaba a preocuparme que solo fuésemos amigos. Quería algo más. Quería que fuera mi compañera. Que se acostara en mi cama cada noche y acogiera mi caricia. Podía esperar el tiempo que hiciera falta, pero era natural desear más.

Ella inclinó la cabeza, y sus dedos se tensaron en el borde de mi túnica.

Me di la vuelta para darle privacidad.

—¿Te parezco atractiva? —preguntó.

—¿Por qué crees que te llamo doncella hermosa?

—Pensé que lo decías para burlarte.

—Lo digo porque es verdad.

Soltó el aire por la nariz.

—No me molesta que me encuentres atractiva. No me da miedo.

Y eso era algo con lo que podía trabajar.

Arrojó mi túnica a la orilla y se lanzó al agua salpicando. Cuando me llamó, terminé de quitarme el taparrabos, lo lavé y lo colgué para que se secara. Me adentré en el río, y el agua fresca se sintió increíble contra mi piel acalorada.

Le pasé el jabón, y nos lavamos, manteniendo cierta distancia entre nosotros. Entonces me sorprendió nadando directamente hacia mí. Sus mejillas se tiñeron de rosa y sus ojos se fijaron en mi pecho.

—Yo, eh… ¿Puedo pedirte algo?

—Por supuesto.

Esperaba que me pidiera enjuagarle el cabello o peinárselo, como la noche anterior. Como no decía nada más, asentí.

—Antes de comer y subir al árbol… ¿estarías dispuesto a besarme otra vez, a tocar mis pechos… esta vez sin ropa entre nosotros? —dijo rápidamente.

La sangre rugió en mis venas, y mi miembro se endureció de inmediato.

—No tienes que hacerlo si no quieres —añadió con timidez—. Sé que probablemente es algo que harías a regañadientes, pero quiero saber cómo se siente. Necesito saber si esta noche es tan agradable como lo fue anoche.

Mi deseo por mi compañera iba a matarme.

CAPÍTULO 13

Alwen



—Me encanta tocarte —dijo él, con la voz profunda y ronca —. Nunca ha sido algo que haga a regañadientes.

—Sé que estás cansado. Probablemente quieras secarte y vestirte, luego volver a nuestro campamento y comer. Todavía tenemos que subir a un árbol, o tú tienes que subir y arrastrarme contigo. Y entonces no dormirás bien antes de tener que ir a cazar.

—No me molesta hacer nada de esto.

No sabía por qué mis emociones estaban tan revueltas. Me sentía atraída por él, cuando no debería. Un hombre me había hecho algo horrible. Seguramente debería evitarlos a todos.

Pero no lograba sentir eso con Zickar. Me gustaba estar con él, hablar con él.

Y me encantaba mirar su cuerpo. Ni siquiera su gran miembro me asustaba. En realidad, quería tocarlo, acariciarlo, y si llegaba el momento, quería saber qué se sentía tenerlo dentro. Presentía que el acto no dolería como aquella vez, y tampoco sabía qué pensar de eso.

Y, además, también quería averiguar qué hacía su miembro más pequeño.

—Me alegra que no te moleste —dije—. Pero siento que te estoy cargando con otro peso más cuando te pido que me beses y me toques los pechos.

Un gemido suave escapó de él, resonando sobre el agua.

—Alwen. Eres increíblemente inexperta.

—Y ese es el problema. Tuve una mala experiencia y nada más con qué compararla —dije, sintiendo cómo la irritación conmigo misma me revolvía por dentro. Me giré, decidida a nadar hacia la orilla y no volver a hablar de esto.

Pero me atrapó por detrás, sus brazos rodeando mi cintura. Y cuando me atrajo contra su pecho, su erección se clavó firme entre nosotros.

¿Por qué no me asustaba su erección? Apreté los dientes. ¿Cómo podía pasar de sentirme aterrada por el sexo a… bueno, desearlo? Un poco.

—Está bien sentirse dividida con respecto a esto —dijo junto a mi oído—. Es natural.

—¿Cómo puede ser? Debería estar aterrada con todo esto. Ese hombre me dijo que lo hice desearme, que fue mi culpa que ocurriera. —Estaba desesperada porque Zickar entendiera—. Pero yo no hice nada. Apenas sabía que existía hasta que me acorraló y no me dejó ir. Y ciertamente no hice que me arrastrara hasta su casa ni que se forzara sobre mí.

—No hiciste nada malo —gruñó él—. Él es el único culpable.

—Quiero besarte —gruñó—. Quiero tocar tus pechos, chupar tus pezones, hacer lo mismo con tu clítoris y meter mis dedos dentro de tu pequeño y estrecho pasaje. Sé que me despreciarás por decirlo, pero también quiero mi polla ahí. La necesidad de hundirla en ti casi me está volviendo loco. Pero nunca, y repito, nunca, haré algo así sin tu permiso. No, sin que me digas claramente que lo deseas. No has hecho nada para llevarme a este momento.

—Lamento haber dicho todo eso —dijo esta vez, apartándose de mí—. He compartido demasiado, he querido demasiado, cuando no tengo derecho a decirlo. No quiero presionarte.

—Está bien —respondí, con la voz temblorosa—. Me alegra que seas honesto conmigo. Eso es lo que hacen los amigos.

—Alwen, quiero mucho más que amistad contigo —confesó—. El colgante de mi clan te eligió como mi pareja. Sería deshonesto no decirte que lo quiero todo. Tu corazón, cada uno de tus momentos y tu cuerpo. Pero soy un macho paciente. Esperaré eternamente con la esperanza de que algún día confíes en mí lo suficiente como para

dejarme tocarte de todas las formas posibles. Si no, también está bien. Somos compañeros, y voy a protegerte y cuidarte pase lo que pase.

—Volviendo a tu petición, porque quiero centrarme solo en eso —continuó, con la voz quebrada—. Solo en el ahora. Destrozaría todo a nuestro alrededor por la oportunidad de besarte y tocar tus pechos. —él dijo con voz quebrada.

Mi pecho dolía tanto que no podía respirar. Mi aire no volvería a fluir fácilmente hasta que hiciera feliz a este macho. Solo entonces podría estarlo conmigo misma.

¿Debería decirle que estaba bien que me tocara ahora? No tenía experiencia en estas cosas, aunque sabía que algunas mujeres disfrutaban del acto sexual. No lo había creído del todo hasta que conocí a Zickar, hasta que me besó y me tocó.

Él levantó mi barbilla y su boca descendió con fuerza sobre la mía. Me quedé inmóvil, pero solo por un momento. Este no era el otro macho, sino el orco del que rápidamente... sí, estaba empezando a enamorarme. El sentimiento se había colado en mí, me había sorprendido de hecho, y me había arrastrado a su abrazo. No había lugar donde prefiriera estar que con él.

Abrí la boca, dejando escapar un gemido, y su lengua se unió a la mía, empujando dentro de mí con fiereza. Podía imaginar su polla haciendo lo mismo, y por primera vez, el pensamiento hizo que mi sangre latiera de emoción.

Él suavizó sus labios, su mano acunando gentilmente la parte trasera de mi cuello.

Y cuando tocó mi pecho derecho, cuando giró el pezón, un fuego me atravesó, centrándose en mi núcleo. Me apreté contra él. Cuando envolví mis piernas alrededor de él, su polla rígida se deslizó entre mis piernas. Me mecí contra él, y su polla rozó algo ahí que me hizo sentir increíble. El shock me recorrió, y me moví contra él con más fuerza, mi cabeza inclinándose hacia atrás y mi boca abriéndose para liberar gemidos que no podía creer que salieran de mí.

Algo se aferró a esa área y vibró. Mi gemido áspero resonó, y me moví contra él más rápido, abrumada por sensaciones que nunca había imaginado en mi vida.

Cuando abrí los ojos, él me miraba, con una mano sosteniendo mi espalda, instando a mis caderas hacia adelante cuando me empujaba contra él. Nunca había imaginado lo maravilloso que podía sentirse que alguien tocara mis pezones. Qué decadente. Su colgante brilló de nuevo, y él agachó la cabeza como si estuviera avergonzado por ello, aunque no podía imaginar por qué.

¿Acaso los destinos de su clan jugaban un papel en nuestros crecientes sentimientos?

—Toma lo que necesites, compañera —dijo suavemente. Inclinándose sobre mí, recorrió sus labios por mi cuello, chupando y mordiendo suavemente la piel. Todo el tiempo, su mano jugueteaba con mi pecho.

Y yo me movía contra él. Nada podía detenerme ahora. Algo grande se estaba construyendo dentro de mí, tensándose y aflojándose. Sentía que pronto se liberaría, y nada me impediría reclamarlo como mío.

Su polla se endureció más, y él movió sus caderas hacia adelante para encontrar mis embestidas. Lo que sea que me succionaba ahí abajo aumentó la velocidad de su vibración. Cada vez que empujaba su miembro hacia mí, ondas de choque atravesaban mi cuerpo. Me sentía caliente y dolorida. Sentía que moriría si no terminábamos lo que habíamos comenzado.

Cuando tiró de mi pezón y mordió mi cuello, todo se desató dentro de mí.

Me deshice, y Zickar estaba allí con los brazos abiertos para atraparme.

CAPÍTULO 14

ZICKAR



Nada podía ser más hermoso que ver a mi compañera encontrar placer con mi cuerpo.

Cuando ella llegó al clímax, yo también, mi miembro liberaba ráfagas calientes en el agua.

Mi colgante dejó de arder. Volvería a brillar de forma intermitente hasta que acabara dentro de ella, pero por ahora, estaba tan satisfecho como yo.

Las piernas de Alwen cayeron a los lados de las mías, y apoyó la frente contra mi pecho, sujetándose a mis costados hasta que su respiración entrecortada se calmó. Acaricié su cabello mojado, su espalda, y murmuré palabras sin sentido que quizá no recordaría después, pero que encajaban en ese momento.

Creo que incluso le dije que la amaba, aunque… ¿cómo podía ser cierto?

—Pronto oscurecerá —dijo al fin, aún sin mirarme—. Deberíamos secarnos, vestirnos y comer.

—Tenemos que subir a un árbol antes de que se ponga el sol. —Mañana caminaríamos, y volveríamos a descansar por la noche, para llegar al territorio Matis al mediodía siguiente. No podía esperar a tener a otros alrededor que vigilaran por nosotros.

No le había contado a Alwen que sospechaba que nos estaban siguiendo. Ayer, mientras cazaba, revisé la zona, pero no encontré ninguna evidencia concreta. Sin embargo, no podía sacudirme la sensación, y sería una tontería ignorarla.

La picazón constante en la nuca no había desaparecido desde que dejamos el primer claro. Entonces, creí ver marcas cerca del campamento que indicaban que alguien más había estado allí poco antes, pero no encontré nada más al explorar la zona.

Esta noche, cuando Alwen estuviera segura en un árbol, saldría a buscar a quien pudiera estar espiándonos. Si no encontraba señales de nadie cerca, tal vez pudiera dejar de lado esa inquietud.

Pero no era lo único que me preocupaba. Había muchas probabilidades de que las cosas cambiaran entre Alwen y yo cuando llegáramos a mi clan, y no estaba seguro de poder hacer algo al respecto.

Madr, el príncipe del reino orco, aunque el clan Matis no observaba títulos como ese, se había detenido con su compañera durante su viaje a la ciudad orca junto al mar. Aún no habían sellado su vínculo, y como a veces ocurría en mi clan, los colgantes de los varones Matis brillaron, indicándoles que ella también podía ser su destinada.

Para reclamarla de nuevo, Madr tuvo que competir con los otros machos en una serie de pruebas. Ganó, y a la mañana siguiente, había reclamado por completo a su compañera. Su colgante ya no ardía.

¿Qué haría yo si los colgantes de otros machos resplandecieran por Alwen? Competiría con todo lo que tengo, por supuesto, pero podría perder.

La única forma de asegurarme de que fuera mía para siempre sería unirnos por completo, algo que no podía pedirle. Si me ofrecía su cuerpo, debía ser porque me deseaba tanto como yo a ella, no por miedo a que otro dijera que era suya.

Confiaría en los designios del destino. No podía hacer otra cosa.

Comimos, atendimos nuestras últimas necesidades y extendimos la ropa mojada en ramas para que se secara. Luego, encontré un buen árbol para pasar la noche. Con mis provisiones atadas al taparrabos, la ayudé a trepar. Pero cuando alcanzamos una rama segura, me quedé de pie.

—Voy a cazar. —Y a revisar los alrededores para calmar a la bestia inquieta dentro de mí. Asentí hacia su cuchillo—. No tardaré.

Sentada con la espalda apoyada contra el tronco y la hoja sobre el regazo, me miró frunciendo el ceño.

—¿Por qué no cazar por la mañana, como hiciste antes?

Porque no podría dormir hasta estar seguro de que nadie nos acecha.

—Vi huellas de *reskit* más temprano —dije—. Voy a colocar algunas trampas en el sendero, con suerte atraparemos algo cuando regresen a sus madrigueras. —Eso, al menos, era verdad.

Su postura se relajó y bostezó.

—Está bien. Me quedaré aquí, claro. —Sonrió—. No es como si pudiera ir a alguna parte sola.

No me gustaba que estuviera atrapada en lo alto de un árbol, pero era más seguro que en el suelo.

Con un leve gesto, salté hacia la derecha y me impulsé por las ramas de un árbol cercano hacia el siguiente, moviéndome por el dosel. Bajaría eventualmente, pero no quería dejar rastros sobre el suelo que otros pudieran seguir.

Cuando ya me había alejado medio clik de donde había dejado a Alwen, descendí más bajo y caí al suelo con precisión. Me quedé quieto, escuchando, pero no oí más que los aullidos lejanos de los ashenclaws. No venían en nuestra dirección y, si hubieran captado nuestro olor, se habrían alejado.

¿Dónde estaba Taen? Intenté convencerme de que había recibido también el llamado del apareamiento, que él y otra shayde estaban ocupados creando pequeñas crías, pero esa idea no me daba paz. Algo se me escapaba.

¿Le había pasado algo? No encontré señales de herida cuando seguí su rastro después de matar a los dos hombres. No había regresado, y su paso constante y amplio sugería que se había alejado en dirección opuesta.

Estaba dividido entre seguir sus huellas o llevar a Alwen a un lugar seguro. Y debía priorizarla a ella.

Examinando el suelo y los alrededores, avancé en un amplio círculo alrededor de donde la había dejado, moviéndome casi sin hacer ruido y cuidando de no dejar evidencias.

No encontré más que huellas viejas de criaturas pequeñas, *ashenclaws* y *shaydes*, comunes en la zona. Eso me tranquilizó un poco.

¿Por qué, entonces, seguía sintiendo que alguien nos había seguido durante días?

Incapaz de sacudirme esa sensación, me acerqué al lugar donde habíamos dejado la ropa a secar, aprovechando para colocar algunas trampas en sitios donde pudiera revisarlas por la mañana sin dejar sola a Alwen por mucho tiempo.

Regresé con cuidado al árbol, tomando una ruta en zigzag que, esperaba, despistaría a cualquier observador.

Me detuve al pie del árbol y escuché durante un largo rato. Nada preocupante.

Entonces salté, agarrándome de una rama y trepando con rapidez. Estaba ansioso por abrazar a mi compañera durante la noche.

Pero cuando llegué a la rama…

Alwen ya no estaba allí.

CAPÍTULO 15

Alwen



El hombre de piedra me había encontrado.

Me había prometido que lo último que haría mientras Zickar estuviera fuera sería dormir. Sin embargo, me quedé dormida, y desperté cuando la rama bajo mío se movió.

Mi grito quedó ahogado por la mano del hombre de piedra, que se cerró sobre mi boca. Me agarró por la parte delantera de la túnica, me alzó y me apretó contra su pecho con tanta fuerza que no pude emitir ni un sonido. Apenas si podía respirar.

Pataleé y me debatí, pero su cuerpo era tan impenetrable como la piedra por la que lo había bautizado.

Saltó de este árbol al siguiente, y luego al siguiente, las ramas balanceándose y cediendo bajo su peso, hasta que se lanzó al suelo. El mundo pasó como una mancha a nuestro alrededor mientras caíamos. Sentí el estómago subir hasta la garganta, y me estremecí cuando las ramas azotaron sus gruesos brazos pétreos y mi espalda.

Con un golpe sordo, aterrizó con fuerza en el suelo del bosque. Echó a correr entre los árboles conmigo aprisionada contra su pecho, necesitando solo una mano gruesa para inmovilizarme. No seguía sendero alguno, solo se abría paso a través de la maleza, derribando árboles delgados con el impacto de sus pies rocosos y el empuje de sus muslos enormes.

Mi corazón palpitaba con fuerza, y temí que se detuviera. El miedo, frío y oscuro, se apoderó de mi espalda y la sacudió. No había estado a salvo con los hombres que me capturaron, pero al

menos ellos pensaban que yo tenía algún valor. No sabía por qué el hombre de piedra había venido por mí. ¿Nos había estado siguiendo todo este tiempo? Pensar que estuve flotando en el agua con Zickar, acurrucada en sus brazos por la noche, sentada junto al fuego comiendo, sin sospechar que este enorme macho de piedra podía estar observando.

Después de recorrer una buena distancia, se detuvo. Un golpe sordo resonó en su pecho, seguido de otro, cada uno lento y con un clic extraño al final. Con un giro brusco, me lanzó sobre su hombro, y la fuerza del movimiento me dejó sin aire. Mientras luchaba por respirar, por soltar siquiera un quejido, él volvió a correr, avanzando en línea recta mientras se abría paso por el bosque.

¿No se daba cuenta de que estaba dejando un rastro que Zickar podría seguir con facilidad?

Saber que Zickar no descansaría hasta encontrarme me daba esperanza, pero cada paso brutal del hombre de piedra nos alejaba más del lugar donde me había dejado.

Corrió toda la noche sin parecer fatigado, sin detenerse a descansar ni bajarme al suelo para que pudiera intentar escapar. No dejé de forcejear, tratando de deslizarme fuera de su agarre, pero él gruñía, con un sonido áspero y rasposo, como el que harían dos peñascos al rozarse entre sí. Su mano descendió con fuerza sobre la parte trasera de mis muslos, lo bastante fuerte como para dejarme un moretón, y otro gruñido brotó de él. Sospechaba que, si seguía intentando huir, me haría más daño del que ya me había hecho.

Mordiéndome los labios, apoyé las palmas sobre su espalda para sostener la parte superior de mi cuerpo. No pude contener las lágrimas, aunque odiaba ceder a ellas ahora. Me drenaban por completo, y no pasó mucho tiempo antes de que cayera en un sueño agitado, plagado de sombras y enormes figuras de piedra que me arrojaban al suelo y me pisoteaban.

Desperté al amanecer y miré a mi alrededor con los ojos nublados. Seguía sobre el hombro del hombre de piedra, pero había salido del bosque y cruzaba una gran llanura arenosa, con colinas en la distancia.

A mitad del páramo, se detuvo y miró alrededor, pero yo ya lo había hecho por él. Nadie nos seguía; no había nadie cerca, salvo una pequeña manada de criaturas veloces con grandes cuernos rizados. Al ver al hombre de piedra, dieron media vuelta y huyeron en dirección contraria.

El hombre de piedra me bajó hasta que mis pies tocaron el suelo. Mis piernas se doblaron y habría caído si su garra carnosa no se hubiera aferrado a mi brazo para mantenerme en pie. Mis pies hormigueaban al recuperar la sensibilidad, y la cabeza me daba vueltas.

Pisó con fuerza una de sus enormes patas y el suelo vibró bajo nosotros.

Y luego, simplemente, desapareció.

Caímos en picado.

Capítulo 16

ZICKAR



No tardé en encontrar el rastro. No vi ninguna señal de Alwen, pero en el fondo de mi corazón sabía que fuera lo que fuera que nos había seguido durante días, se la había llevado.

Al menos dejaron un rastro ancho y claro que podía seguir. Rápidamente recogí nuestras cosas, las metí en mi mochila y la aseguré a mi espalda. Me lancé tras ellos. Mataría a quien se la hubiera llevado, y luego gritaría mi furia y lo mataría de nuevo.

El rastro dejaba claro quién debía de ser. Solo había oído hablar de los Flazant, seres nacidos de las rocas que nos rodeaban. Los ancianos contaban historias de cuando eran nuestros aliados, de cuando íbamos juntos a la batalla. Fue en los tiempos en que enfrentábamos amenazas peores que ellos.

Nadie sabe por qué nos alejamos. Tal vez aquellos que querían matarnos fueron eliminados. O se alejaron tanto que ambos pueblos apenas recordaban que el otro existía.

¿Cómo había llegado uno de los Flazant hasta esta región? ¿Y por qué se había llevado a Alwen?

Por desgracia, las historias que apenas recordaba de mi infancia no me daban ninguna pista sobre cómo enfrentar una amenaza como esa.

Seguí avanzando mucho más allá del punto en que necesitaba descansar. El Flazant era implacable, no se detenía ni una sola vez.

Finalmente, cuando el amanecer rasgó el horizonte con su luz, llegué al borde del bosque y me vi tropezando por un yermo

arenoso. El sol caía sobre mí como un peso insoportable, y la boca se me resecó. Aparte de hacer una breve pausa para beber de mi cantimplora, no me detuve. Y cuando crucé el desierto, aunque sabía que más allá de los bosques existían páramos aún mayores, no encontré ni una sola huella.

Pasé el resto del día avanzando lentamente por el desierto, estudiando el suelo. Encontré rastros de criaturas con pezuñas, pero no las huellas pesadas del Flazant.

Había desaparecido. Y se había llevado a Alwen con él.

CAPÍTULO 17

Alwen



Grité cuando nos precipitamos hacia abajo por un estrecho canal pedregoso, descendiendo tan rápido y tan profundo que me mareé. El corazón se me hundió aún más. Aunque pudiera escapar del hombre de piedra, no habría forma de volver a la superficie, a menos que el mecanismo que usaba para llevarnos respondiera a mis órdenes.

Nos detuvimos de golpe sobre una cornisa con escaleras talladas en la roca. Me arrastró por ellas y por una serie de largos pasadizos, cada uno con cristales luminosos recubriendo el techo. Proyectaban un resplandor fantasmal sobre ambos, tiñendo mi piel de azul, púrpura y verde.

Al salir del último pasadizo, me alzó y me llevó en brazos a una caverna enorme, con un techo al menos cinco pisos más arriba. Lanzas de piedra colgaban del techo, algunas con puntas que llegaban casi hasta la mitad de la altura. Avanzó entre columnas de piedra que parecían haber brotado del suelo rocoso siglos atrás. Cada uno de sus pasos retumbaba, creando ecos apagados, un recordatorio constante de cuán profundo bajo la superficie nos encontrábamos.

Al dejar la caverna, cruzó un pasaje corto y entró en otro espacio amplio, este con el suelo despejado, como si alguien hubiera removido las lanzas de piedra, dejando solo las del techo. Una poza de agua cristalina ocupaba el centro de la caverna, rodeada de plantas luminosas. Flores de un rosa pálido y amarillo florecían sobre

rocas cubiertas de musgo; sus pétalos brillaban y temblaban como si estuvieran vivos bajo el resplandor tenue del agua. Rayos de luz emergían de las plantas brillantes, y al pasar junto a un agujero bajo en la pared, algo oscuro y nervudo estiró un miembro y arrancó un puñado de flores, arrastrándolas hacia la oscuridad.

El hombre de piedra entró en una cueva grande en la pared del fondo a la izquierda. Al llegar al final, me levantó y me colocó sobre una repisa que estaba al menos dos veces mi altura sobre el suelo. Una piel cubría la superficie de piedra, y vi dos cuencos: uno con agua, el otro con las flores rosadas y amarillas.

¿Pensaba mantenerme como mascota? O como compañera, aunque no vi ningún pene entre sus piernas, y no llevaba ropa.

Temblores recorrieron el suelo y las paredes de piedra a mi alrededor, y temí que todo colapsara, que quedara aplastada bajo el peso de este mundo, y que nadie me encontrara jamás.

El hombre de piedra se volvió y salió de la cueva. Me dejó sola.

Me asomé al borde, preguntándome si me atrevía a arriesgarme a una herida al saltar desde este nido. A estas alturas, no importaba. No podía quedarme aquí esperando a descubrir qué planeaba hacerme.

Tras asegurarme de que no regresaba, me deslicé hasta el borde y me senté, giré para quedar boca abajo y bajé con cuidado hasta quedar colgando de las puntas de los dedos.

Me solté y caí, aterrizando con fuerza sobre la roca y cayendo de espaldas. Me quedé sentada unos segundos para evaluarme, pero no parecía haberme hecho daño.

Me levanté con una piedra en cada mano y avancé pegada a la pared exterior hasta llegar a la apertura. Me asomé con cuidado, observando la caverna. No había rastro del hombre de piedra, pero eso no significaba que no estuviera acechando cerca.

Como vi agujeros bajos en el suelo donde podían esconderse las criaturas de extremidades delgadas, pasé corriendo junto a ellos sin detenerme hasta haber cruzado la mitad del espacio abierto. Me agaché detrás de una roca, después de asegurarme de que no había un agujero en la pared tras de mí, y recobré el aliento, escuchando y observando. Aún no veía al hombre de piedra, pero no habría hecho

todo este esfuerzo para capturarme y traerme aquí si no pensaba quedarse conmigo.

Cuando sentí que no podía seguir escondida, salí de detrás de la roca y crucé el resto de la caverna, pasando junto a la poza y subiendo la pendiente que llevaba al pasaje entre esta gran cueva y la siguiente.

Estaba oscuro dentro del pasadizo, pero me aferré a la pared y avancé hasta el final, asomándome a la segunda cueva, sin encontrar aún al hombre de piedra. Corrí, atravesando el espacio abierto, y me pegué a la pared junto al siguiente túnel.

Se oyeron pasos pesados, y el corazón se me congeló. Retrocedí con cuidado, metiéndome en un estrecho canal en la pared de piedra, donde me quedé quieta, conteniendo la respiración.

El hombre de piedra salió a la caverna seguido por otros tres de su especie, todos mucho más pequeños que él.

Comenzaron a cruzar el espacio abierto, pero el más diminuto, cuya cabeza tal vez me llegaría al pecho, se detuvo y se giró. Sus ojos azules brillantes resplandecían, y parecían atravesar la grieta donde me había escondido.

Abrió la boca y levantó el brazo, señalándome.

—Mira, Dillu. Es una gente.

Me lancé fuera del escondite y corrí al túnel, con los pasos y los gritos resonando tras de mí.

Solo había llegado a la mitad del largo pasadizo cuando el hombre de piedra me atrapó. Me levantó del suelo y me lanzó sobre su hombro.

Con los pequeños saltando a su alrededor y parloteando, dio media vuelta y me llevó de regreso a la caverna.

CAPÍTULO 18

ZICKAR



No me rendiría. Vagaría por este desierto para siempre, sin detenerme hasta encontrar a Alwen. Nunca la dejaría atrás.

Pero no logré hallar ni rastro de ella en ninguna parte, ni ese día ni el siguiente. Dormí en el suelo frío, permaneciendo en la zona, convencido de que se me escapaba algo. Si seguía intentándolo, estaba seguro de que encontraría alguna pista de mi compañera.

El único cambio que noté en la arena lisa, lo que podría ser huellas del Flazant, se detenía a medio camino de la gran llanura. Caminé a su alrededor, con cuidado de no alterarlas, y comprobé que terminaban de forma abrupta. Pero a menos que el Flazant hubiera desarrollado alas y alzado el vuelo, viajando lejos de esta zona, no podía determinar hacia dónde se había ido.

Se había llevado a Alwen, y yo necesitaba encontrarlos. Sabía muy poco sobre su especie. ¿Consumían carne? ¿La lastimaría como lo hizo aquel hombre en su pasado?

Un escalofrío me recorrió al imaginarla indefensa y a su merced.

En la tercera mañana, salí del bosque y volví a cruzar la llanura, decidido a examinar el terreno y encontrar alguna pista que pudiera haber pasado por alto. El viento había soplado la noche anterior, pero tal vez las huellas aún seguirían allí.

Me detuve justo más allá del punto donde terminaban las pisadas del Flazant y las estudié. Al no ver nada nuevo, me acerqué más, aunque sin cruzar su rastro. Observé su trayectoria desde todos los ángulos.

Se detenían, y luego...

Mi clan usaba teegars para descender bajo tierra o impulsarse hacia el dosel. Estas plantas planas y lisas crecían en círculos. Las cultivábamos con cuidado, alimentándolas con fillawate, una bebida elaborada a partir de una fruta muy rara que crece en lo profundo del subsuelo. La cosechábamos en otoño y con ella preparábamos el brebaje. La fruta en sí contenía propiedades que hacían feliz a quien la bebiera. Pero cuando se vertía sobre los teegars, les daba una energía increíble, suficiente para reproducirse y responder a nuestras órdenes. A cambio del brebaje que tanto les gustaba, nos transportaban bajo tierra o nos proyectaban hacia el dosel.

¿Existía un teegar del desierto? Si era así, podría haber descendido bajo la superficie, llevándose al Flazant y a Alwen con él.

Me acerqué al final de las huellas del Flazant y caí de rodillas, cepillando con cuidado la arena alrededor de las pisadas.

En un abrir y cerrar de ojos, dejé al descubierto un teegar circular. Con una sonrisa feroz, me subí a él. No tenía un fillawate que ofrecer. ¿Respondería al llamado de mi colgante?

Con una de mis hojas en la mano, levanté el colgante y soplé con cuidado sobre él. No ocurrió nada. Con las entrañas revueltas por la frustración, golpeé el *teegar* con el pie.

Se hundió hacia abajo, llevándome con él tan rápido que casi pierdo el equilibrio. Al recuperarme, abrí los pies para estabilizarme mejor.

Cuando el *teegar* llegó al fondo de un largo y angosto pasaje de piedra, se detuvo con un estremecimiento. Me bajé, y el disco salió disparado hacia arriba. No estaba seguro de cómo volver a llamarlo, pero ya resolvería eso si necesitaba usarlo de nuevo.

Me giré y examiné el túnel que se extendía frente a mí. El suelo de piedra no revelaba nada, y no oía nada que me indicara dónde podía estar Alwen. Pero estaba convencido de que estaba cerca. Esto era un comienzo.

Empecé a trotar por el pasillo, deteniéndome de vez en cuando para escuchar, pero aún no oía nada más que el leve murmullo del agua más adelante.

Entonces, un grito rompió el silencio. Se me congeló el corazón.

No había forma de confundir la voz de Alwen.
—¡No, no!
Desenvainé mi segunda hoja y eché a correr en esa dirección.
Era hora de destrozar a una criatura de piedra.

Capítulo 19

Alwen



El hombre de piedra me llevó de regreso a través de las cavernas con rapidez, mientras los más pequeños trepaban a nuestro alrededor.

—¡Jugar con Dillu! —gritó uno—. ¡Jugar!

—¡Jugar, jugar! —repitieron los otros dos. Sus pisadas retumbaban como rocas, aunque no tan pesadas como las de él. ¿Sería su padre? Si era así, ¿dónde estaba su madre, suponiendo que los seres de piedra tuvieran padres?

—Jugar —se quejó el primero. El hombre de piedra solo gruñó.

Me llevó nuevamente a la cueva y me colocó de pie con más suavidad de la que habría esperado.

Los más pequeños se agolparon alrededor, parloteando.

Haz que se arrastre.

Dale de comer.

Y mi menos favorita cuando se trataba de gente de piedra: Sáltale encima.

—No soy una cosa —dije.

Abrieron los ojos desmesuradamente y se les cayó la mandíbula.

—Habla —dijo uno en voz baja—. ¡Habla! ¡Habla!

—¿Tú mamá? —preguntó el más pequeño, llevándose el pulgar a la boca.

—No soy su madre, si eso es lo que estás preguntando —señalé al hombre de piedra—. ¿Él es su padre?

Sonrieron con un como piedras frotándose que algo que yo llamaría risa. Pero *eran* seres de piedra.

—¿Entonces no es su padre? —pregunté.

El más alto negó con la cabeza.

—Dillu.

Lo que sea que fuera un Dillu. Ah, espera… —¿Quieren decir que ese es su nombre? ¿Dillu?

El alto asintió.

—¿Es su amigo o… su hermano?

Los tres asintieron al mismo tiempo. Entonces, hermano. Tal vez.

Juraría que el hombre de piedra sonrió. Al menos, estiró la boca. Me confirmó mi suposición cuando negó con la cabeza y soltó una risa grave.

—¿Jugar? —dijo el más pequeño, sacando el pulgar de la boca para volver a meterlo.

—Podría, pero ustedes tres son grandes y fuertes. Tendrán que tener cuidado conmigo —Tenía hermanos pequeños. Prácticamente había sido su segunda madre—. Podríamos jugar a esconderse y buscar, si quieren.

—¡Sí! —gritaron los tres, dando saltitos.

—¿No correr? —dijo el más pequeño, frunciendo el ceño.

¿Podían culparme por intentar escapar si se me daba la oportunidad? Tal vez estaría dispuesta a hacer de niñera por uno o dos días, pero no iba a quedarme aquí para siempre.

—No voy a correr —dije—. Pero no puedo quedarme aquí mucho tiempo. Mi compañero estará preocupado por mí.

De eso, no tenía la menor duda. Zickar me encontraría. Llegaría como una tromba con sus armas en alto. Suponiendo que pudiera seguir el rastro que dejó el hombre de piedra.

El más pequeño frunció los labios con tristeza.

—¿Cómo se llaman? —pregunté.

—Trillie —dijo el más alto.

—Brillie —dijo el del medio.

Levanté la mano y señalé al más pequeño.

—Déjame adivinar. ¿Tú debes ser Crillie?

—Villideer —dijo ella.

No podía decir si Villideer era femenina, pero para facilitarme las cosas, las trataría a todas como si lo fueran. Las mujeres debíamos apoyarnos entre nosotras.

—Villideer es un nombre precioso —dije.

Ella me regaló una sonrisita temblorosa.

—¿Dónde están sus padres? —pregunté.

Las tres se encogieron de hombros. El hombre de piedra bajó la cabeza y suspiró.

Hmm.

—¿Están solas aquí, las tres?

—Sí —respondieron al mismo tiempo—. ¿Jugar?

—Sí, jugaré. Por ahora.

Dillu me observó durante un largo momento antes de alzar un dedo hacia mí, un gesto que interpreté como una advertencia. No intentes escapar otra vez.

Ya veríamos.

Se retiró de la cueva, dejándome con las niñas. Si era su hermano, probablemente necesitaba un descanso.

¿Estaban muertos sus padres o simplemente se habían ido? No estaba segura de que nadie pudiera darme una respuesta, así que dejé el tema por ahora.

—Para jugar a esconderse y buscar —dije—, ustedes tres deben contar hasta cincuenta. Yo correré a esconderme, y ustedes tienen que encontrarme.

—¿Qué cincuenta? —preguntaron.

—¿Saben contar? —Tal vez los números no eran lo suyo.

Las tres negaron con la cabeza.

—Les propongo esto —dije—. Yo contaré hasta cincuenta, que es una serie lenta de números.

Para mostrarles, usé mis dedos para contar hasta diez.

—Mientras yo cuento, ustedes van a esconderse. Yo saldré a buscarlas.

—¿Esto es divertido? —Villideer parecía escéptica.

—Claro que sí. —Les hice señas con las manos—. Vayan. Escóndanse.

Se miraron entre sí y se encogieron de hombros antes de salir de la cueva, sus pasos de roca resonando en la pequeña sala.

Intenté no sonreír. Podía ser su prisionera, pero siempre había disfrutado jugar con niños. Me divertiría un poco, y cuando Zickar llegara, me marcharía.

—Uno. Dos —empecé a contar despacio, aunque no estaba segura de que entendieran. ¿Acaso los seres de piedra no aprendían números o era la falta de padres, o de cualquier otra persona, lo que las estaba frenando?

Cuando llegué a cincuenta, salí de la cueva.

Las tres estaban en la siguiente caverna, apoyadas contra la pared.

Villideer soltó una risita. O al menos, creo que ese era el sonido que hacía al reírse.

—Se suponía que tenían que esconderse —corrí lejos de ellas y me agaché detrás de una roca, llamando—. No pueden verme. Esto es esconderse.

—¿Dónde fue? —gritó Villideer.

Los pisotones me indicaron que corrían hacia mí. Rodearon la roca.

—Ahí está —dijo Trillie, señalando.

—Estaba escondida —me enderecé—. Voy a volver a la cueva a contar otra vez. Ustedes tienen que esconderse como yo lo hice, y luego iré a buscarlas.

Asintieron al unísono.

Sin estar muy segura de que esto fuera a funcionar, regresé a la cueva y conté nuevamente hasta cincuenta. Esta vez, al salir, no las vi cerca.

Pero cuando me acerqué a la roca, las encontré acurrucadas detrás, soltando risitas de piedra.

—Ajá —dije—. Tal vez deberíamos… tomar un refrigerio. Luego podemos jugar a esconderse y buscar otra vez, o inventar un nuevo juego.

—¡Comer, comer, comer! —cantaban mientras me seguían de regreso a la cueva.

Al ver a Dillu de pie junto al estanque, le hice señas con la mano.

—Oye, tienen hambre. ¿Tienes algo de comida?

Asintió y señaló la cueva, dando a entender que quería que esperáramos allí, que él traería algo.

Podía vivir con eso. No parecía haber utensilios de cocina, a menos que hubiera pasado por alto su cocina. Pero tenía la sensación de que no tenían una.

Regresamos en fila a la cueva, y encontré cuatro piedras de buen tamaño para que nos sentáramos en círculo. Apenas nos habíamos acomodado cuando Dillu entró a grandes zancadas, cargando una piedra plana con montones de algo color tostado encima. Tenía hambre, pero tal vez no tanta como para comer lo que fuera que había traído. Aun así, siempre me había parecido importante aceptar las particularidades de otras culturas, aunque rara vez había estado expuesta a ellas. Probaría lo que me ofreciera, y si seguía teniendo hambre, podía salir a recolectar algo más después.

Se acomodó dentro de nuestro círculo y colocó la piedra plana en el centro, entre todas. Las pequeñas se abalanzaron, agarrando puñados de los montones y llevándoselos a la boca. Polvo y trocitos de roca cayeron sobre sus frentes, pero por los gemidos de satisfacción, parecía que disfrutaban de la comida.

Estaban comiendo arena que probablemente él había recogido cerca del ascensor.

Dillu recogió un montón y me lo ofreció. Me quedé mirando la arenilla en mi mano.

Este iba a ser un día muy, muy largo.



Unos días después, las niñas ya sabían contar hasta veinte, casi, y habían entendido cómo jugar a esconderse y buscar. Me tomó bastante tiempo encontrarlas la última vez.

Como no comía arena, me dediqué a pescar, aunque no tenía ningún equipo. Pero los peces de aquí no parecían tenerme miedo. Mientras me deslizaba por el agua hasta la cintura, nadaban a mi

alrededor. Era fácil atraparlos y lanzarlos a la orilla. Las niñas los recogían y corrían de un lado a otro con ellos en alto, gritando.

Encender fuego para cocinar los peces fue todo un desafío, pero no estaba segura de si debía comerlos crudos, o como así también los tubérculos que desenterré en la ribera. Cuando le expliqué lo que necesitaba, Dillu me ayudó a recoger ramas y arbustos de las cavernas más allá de esta, donde crecían árboles delgados. Cuando reuní la madera en una depresión poco profunda que rasqué en la tierra cerca del estanque, él frotó sus manos pétreas, generando chispas.

Pronto, el delicioso aroma de pescado y tubérculos cocinándose llenó el aire.

Las niñas se reían mientras comía, seguramente intrigadas por mi rechazo a comer arena.

Al tercer día, jugamos en la zona plana junto al estanque. Había clavado piedras delgadas en el suelo como si fueran lanzas, y lanzábamos piedras más pequeñas y redondas hacia ellas, anotando quién tumbaba más.

Cansadas después del juego, volvimos a comer.

Luego me senté en la orilla, mientras las niñas dormían a mi lado. No podía dejar de preocuparme por Zickar. ¿Dónde estaba?

Lo extrañaba mucho más de lo que hubiera imaginado. Era como si alguien me hubiera abierto el pecho, arrancado un pedazo del corazón y salido corriendo. Solo me sentiría completa cuando él, volviera conmigo.

¿Cómo me había enamorado tan rápido, y qué iba a hacer al respecto cuando lo volviera a ver?

Solo podía esperar que me encontrara pronto, porque estaba claro que Dillu no pensaba dejarme ir.

CAPÍTULO 20

ZICKAR



Tras un sonido extraño y rechinante, recorrí pasajes de piedra hasta llegar a una gran caverna abierta.

Apenas había comenzado a cruzarla cuando algo enorme saltó desde lo alto, cayendo con fuerza sobre mi espalda y obligándome a caer de rodillas. Rodé, aún aferrado a mis espadas, y me incorporé en cuclillas, de cara a la amenaza.

Un Flazant macho, sus pequeños cuernos revelaban su sexo, me atacó. Era el doble de alto y de ancho que yo, y empuñaba un garrote. Su mirada feroz se encontró con la mía, y gruñó.

Se lanzó hacia mí, y me hice a un lado, pasando mi hoja por su cuerpo al pasar. La punta chocó con un sonido metálico, pero no penetró su piel rocosa. Su garrote voló en mi dirección, y me agaché justo a tiempo para conservar la cabeza. Rodé de nuevo y aparecí a su lado, apuñalándolo otra vez con la hoja. No sirvió de nada; ni siquiera le dejó un rasguño.

Él sonrió y me agarró del cuello, levantándome del suelo.

Pateé y forcejeé con mis espadas, pero estaba demasiado lejos. Su sonrisa solo se ensanchó.

—Dillu —llamó Alwen, de pie en la boca de un túnel al otro lado de la caverna—. Suelta a Zickar. Es un amigo.

¿Dillu?

Sentí el rostro arder y me costaba respirar mientras Dillu me fulminaba con la mirada.

—¡Dillu! —Alwen golpeó el suelo con el pie.

Tres niños Flazant se apiñaban junto a ella.

—¡Jugar! —gritó uno, bajó corriendo la colina y cruzando la caverna, haciendo temblar el suelo con cada pisada.

—¡Jugar, jugar! —corearon los otros dos, siguiéndolo.

Alwen corrió con ellos y se colocó al lado de Dillu.

—He dicho que lo sueltes. Si no lo haces, no volveré a cuidar de tus hermanas.

No entendía nada. ¿¿Cuidaba niñas??

Gruñendo, Dillu me bajó hasta que mis pies tocaron el suelo, aunque su mano seguía apretada alrededor de mi cuello.

El mundo giraba y, si no me soltaba pronto, iba a desmayarme.

—Por favor, Dillu —Alwen apoyó los dedos en su brazo, y me preparé para protegerla si también intentaba estrangularla—. Él es mi compañero. Si le haces daño, me enfadaré muchísimo.

Era la primera vez que me llamaba su compañero. Si el mundo no estuviera desvaneciéndose, habría echado la cabeza hacia atrás y rugido de alegría. En cambio, temía morir antes de poder decirle cuánto me alegraban sus palabras.

Mi colgante ardía, y a pesar de temer por mi vida, me sentía agradecido de verla ilesa.

—Suéltalo y hablaremos —dijo Alwen con suavidad—. Te prometo que no me iré hasta que lleguemos a un acuerdo.

El Flazant golpeó el suelo con los pies, pero me soltó.

Caí al suelo, llevándome las manos al cuello. El aire silbó al entrar en mis pulmones con cada bocanada profunda, pero al menos podía respirar.

Alwen se arrodilló a mi lado, rodeándome con el brazo.

—Ya está, respira despacio. No volverá a hacerlo —le gruñó al Flazant—. ¿Verdad que no?

El macho pétreo bajó la cabeza y finalmente asintió.

—¡Jugar! —los otros tres se agolparon a nuestro alrededor—. ¡Jugar!

—¿Qué está pasando? —logré preguntar con voz ronca.

—Por lo que he podido entender, aunque solo he podido atar cabos mientras esperaba a que vinieras por mí, los hombres que me capturaron se toparon con Dillu y sus hermanas. Al ver lo fuerte y

tranquilo que era, lo atraparon. Aunque podría haberse liberado con facilidad, claro.

Dillu gruñó y asintió.

—Pero amenazaron con matar a sus hermanas si no los ayudaba. ¿Cómo iba a permitirlo?

—No... es tan tranquilo —murmuré, frotándome el cuello adolorido.

—Bueno, es cuestión de perspectiva —dijo ella—. Admito que me asustó cuando me agarró y salió corriendo, pero ha sido amable desde entonces. Me trajo aquí, y he estado jugando con las niñas, enseñándoles los números, mientras te esperaba.

—Sabías que vendría —susurré.

—Por supuesto —me sonrió—. Somos compañeros. Nunca me abandonarías.

Suspiró y se recostó contra mi costado, y la abracé, sujetándola con fuerza. Pensé que la había perdido, que no volvería a verla. En el poco tiempo que habíamos pasado juntos, había llegado a amarla. No podía imaginar mi vida sin ella.

—No creo que este sea el hogar original de Dillu y sus hermanas. Creo que algo terrible les ocurrió a sus padres. Tal vez viajaban juntos o... no lo sé. Pero él ha hecho todo lo posible por cuidar de ellas en esta caverna.

—¿Por qué te llevó?

—Creo que no sabía qué hacer con ellas. Cuando escapó de los hombres, dio la vuelta y nos estuvo observando. Algo debió indicarle que yo era mujer, y ha dado a entender que cree que criar niños es labor femenina. No habla, pero lo he deducido preguntando a las niñas y observando sus gruñidos en respuesta a preguntas de sí o no. Pero también ha dejado claro que vendrá tras de mí si intento huir.

—No vamos a quedarnos aquí para siempre mientras tú crías a sus hermanas.

Frunció el ceño y miró a los cuatro, que nos observaban con lo que sospeché era esperanza en sus ojos.

—Ya que no podemos dejarlas —dijo finalmente—. Tendremos que llevárnoslas con nosotros.

Capítulo 21

Alwen



—¿Ir con… a dónde? —preguntó Trillie, mientras sus hermanos me miraban con expresiones de desconcierto.

—Vamos rumbo al Clan Matis —dije. Me incliné hacia Zickar y bajé la voz—. ¿Serán bien recibidos allí?

—Yo les daría la bienvenida.

No era exactamente una respuesta, pero él había dicho que sería el nuevo *caedos*. Seguramente no permitiría que su clan echara a mis nuevos amigos de su territorio, ¿verdad?

Me apartó a un lado.

Dillu alzó su maza, pero le hice un gesto para que se detuviera. Era Zickar. Nunca me haría daño.

—No sé cómo reaccionará mi clan si los llevamos —dijo en voz baja.

—¿Crees que podrían rechazarlos? Dijiste que serías el nuevo caedos. ¿No podrías decirles que son bienvenidos?

—Un caedos no es un rey que dicta órdenes. Solo lo sería si ellos aceptan que soy el indicado para el cargo. En cuanto a la familia Flazant, somos cuidadosos con quienes permitimos entrar a nuestras tierras.

—Entiendo que quieran ser cuidadosos, pero no me siento cómoda dejándolos aquí.

—Su hermano los cuidará.

—Ya oíste lo que pasó —dije—. Tiene un alma amable y es fácil aprovecharse de él. Todos lo son.

—Podríamos llevarlos con los suyos.

—Dijiste que no estás seguro de dónde están.

—Es cierto. Solo he oído historias del pueblo Flazant. Supongo que, si los llevamos con nosotros al Clan Matis, alguien allá podría saber cómo comunicarse con su clan. Tal vez venga alguien a buscarlos.

—No tengo problema con eso, pero no quiero dejarlos aquí. Dillu ha hecho un trabajo increíble, pero necesita ayuda.

—Tienes un corazón bondadoso, compañera—dijo, atrayéndome entre sus brazos—. Estaba aterrorizado de que algo horrible te hubiera pasado.

—Estoy a salvo —apoyé la mejilla en su pecho, y su ritmo cardíaco constante me tranquilizó—. Te extrañé. —Bajé la mirada—. Estar contigo. Hablar contigo. Y cuando nadamos juntos en el río…

Me dedicó una sonrisa repleta de colmillos.

—No volveremos a estar solos si ellos viajan con nosotros… aunque estoy seguro de que encontraremos la forma de escabullirnos para nadar.

—Me siento responsable de ayudarlos, aunque eso signifique que ya no podremos estar a solas.

—Es curioso, pero yo también me siento responsable por ellos. Puedo ver que las Flazants más jóvenes son dulces, inocentes.

—Podrían salir heridos con demasiada facilidad.

—No estoy convencido de que alguien pueda hacerles daño. Son de piedra.

—Alguien lo hizo. Creo que sus padres están muertos. Si los dejamos aquí, podría ocurrir algo peor.

—Entonces los llevaremos con nosotros —me dio un beso rápido.

Lo abracé de nuevo y me recosté en sus brazos.

—En cuanto a estar solos… estoy segura de que encontraremos algunos momentos para nosotros.

Me guiñó un ojo.

—Lo espero con ansias.

Convencer a los Flazants de viajar con nosotros fue más difícil de lo que creí. Sorprendentemente, fueron las niñas quienes más se resistieron. Les gustaba este lugar. La arena les resultaba

especialmente deliciosa. Y disfrutaban los juegos que habíamos inventado. Solo cedieron cuando prometí enseñarles juegos nuevos y aún más emocionantes durante el viaje. Fueron a su cueva y regresaron con bolsas atadas a la espalda. Dillu viajó solo con su maza y una gran bolsa llena de arena.

—Cuando encontré al *teegar*, te encontré a ti —dijo Zickar, señalando el disco circular que me había traído a este hogar subterráneo.

—Nunca había visto algo así.

—Los teegars son una planta. En el territorio de mi clan los cultivamos, alimentándolos con fillawate, una bebida hecha a partir de una fruta. Eso les da energía. Los remojamos en ella de vez en cuando, y a cambio, ellos aceptan transportarnos hasta el dosel o al subsuelo.

—¿Y cómo se alimentan? —pregunté, agachándome para pasar la yema de los dedos por la superficie correosa. Se estremeció, y me costó no dar un salto hacia atrás.

—Así —dijo Brillie, acercándose. Escupió sobre el *teegar*, y cuando el líquido se esparció por la superficie lisa, esta se estremeció y zumbó, absorbiéndolo.

Dillu se subió al círculo, y sus hermanas se unieron a él, apiñándose.

—No cabremos los tres con ustedes —dije.

—Sí —Trillie se aferró a mi brazo y me arrastró contra su cuerpo de roca, mientras Brillie hacía lo mismo con Zickar, soltando una risita mientras lo miraba por debajo de sus pestañas de pizarra.

Su rostro se ensombreció, y sus labios se movieron levemente al mirarme.

El *teegar* se disparó hacia arriba tan rápido que sentí que el estómago se me quedaba atrás.

Dillu extendió los brazos sobre nosotros, y cuando alcanzamos la cima, emergimos a plena luz del sol.

La arena cayó sobre nosotros, haciendo que Zickar y yo tosiéramos. Mientras nos la sacudíamos, los demás se apartaron del teegar. Las niñas recogieron la arena de sus cuerpos y se la comieron, crujiendo los finos granos de roca.

Dillu se sacudió como un chall, unas criaturas esponjosas que manteníamos como mascotas. La arena voló a su alrededor.

Mientras Zickar miraba en todas direcciones con las manos sobre las armas, Dillu se inclinó junto al *teegar* y le habló.

La criatura tembló y empezó a girar antes de lanzarse hacia abajo. La arena comenzó a cubrir el área, y en poco tiempo parecía como si nunca hubiera existido acceso al mundo subterráneo que dejábamos atrás. Tal vez había otra entrada.

Las niñas agitaron las manos como si el *teegar* pudiera verlas, antes de volverse hacia Dillu y Zickar.

Al ver a Zickar asentir, comenzamos a caminar, atravesando la arena que las niñas no paraban de recoger y comer. Dillu también lo hacía, aunque mantenía la vista en los alrededores, atento a cualquier amenaza. Sabio, después de lo que les había pasado a él y a sus hermanas.

El sol se estaba poniendo cuando llegamos al bosque, y decidimos detenernos una vez que encontráramos el río, que, según Zickar, no estaba muy lejos a la derecha. Aunque dudaba que los shaydes o los ashenclaws molestaran a mis amigos de piedra, no había motivo para correr el riesgo. Ahora estaban bajo nuestra protección, y no íbamos a permitir que nadie ni nada les hiciera daño.

Una vez que les explicamos a dónde íbamos, Dillu se abrió paso al frente, derribando árboles delgados y pisoteando la maleza, hasta que Zickar le pidió con firmeza que se detuviera.

—Los árboles son nuestros amigos —dijo—. No los dañamos. — Le mostró a Dillu cómo moverse por el bosque sin destruirlo todo, y avanzamos con rapidez.

Las niñas miraban a su alrededor con los ojos bien abiertos. No debían haber viajado nunca por el bosque. Su pueblo seguramente vivía cerca del desierto. En el bosque, no había mucha arena.

Encontramos el río rápidamente, y me agaché en la orilla para tomar un poco de agua con las manos y beber.

Las chicas se metieron chapoteando, chillando de emoción.

—¡Un oasis! —gritó Brillie, dejándose caer de espaldas en el agua, creando una enorme salpicadura que llegó hasta la orilla.

Las otras dos rieron e hicieron lo mismo, y pronto el agua estaba revuelta. Dillu se quedó en la orilla, sonriendo ante las travesuras de sus hermanas. No pasó mucho tiempo antes de que diera un salto y se zambullera él también, levantando una ola tan grande que me alcanzó la cintura y casi me tira al suelo.

Había peces en la orilla, y los recogí con Zickar.

—Mira eso —dije—. Ya están contribuyendo. Nos dieron la cena.

Él soltó una risa entrecortada.

—Son divertidos.

—Gracias —dije—. Sé que dudabas en traerlos con nosotros.

—Solo por las costumbres de mi clan. No podría dejar atrás a un amigo, igual que tú no podrías.

—Ahora son prácticamente familia. Me siento un poco como una hermana mayor.

—Tienes un buen corazón, compañera. Serás una gran pareja para un caedos.

Comenzamos a limpiar los peces, lavando las entrañas en el agua.

—¿Cuál será mi papel en tu clan? —pregunté.

—Uno honorable. Muchos acudirán a ti por consejo.

—No estoy segura de estar capacitada para eso.

—Aprenderás —dijo—. Nadie espera que encajes en el papel de inmediato. Muchas de las antiguas compañeras de caedos trabajaron con Tenkaril, nuestra anciana más respetada. Ella me crió cuando mis padres murieron a manos de los ashenclaws. Ten por seguro que querrá verte.

—Estaré encantada de conocerla. Quiero aprender todo lo que pueda —Cada vez me sentía más ilusionada por estar al lado de Zickar, por hacer todo lo posible para ayudar a su pueblo... ahora también mi pueblo.

—Cuando digo "ver", me refiero a que querrá tocarte los párpados y mirar tu futuro.

Bufé, divertida, pero la sonrisa se desvaneció cuando me di cuenta de que hablaba en serio.

—¿Nadie puede ver el futuro, no?

—Ella tiene una forma extraña de saber lo que podría pasar.

—¿Y saber lo que podría pasar... puede cambiar lo que ocurrirá? Dijiste "podría".

—A veces. —Hizo una pausa mientras ensartaba uno de los cuatro peces. Teníamos suficiente para esta noche y para la mañana siguiente—. Ella me vio antes de que partiera.

—¿Qué vio?

Me lavé las manos en el agua, observando su rostro. Los niños flazant habían dejado de chapotear y flotaban río abajo con la corriente. Me costaba creer que unas piedras pudieran flotar, pero solo porque su exterior pareciera roca no significaba que por dentro también lo fueran.

—No sé exactamente qué vio, pero me dijo una cosa.

—¿Qué?

—Que cuando los encontrara, era vital que escuchara.

—¿Crees que se refería a mis nuevos amigos?

Él se encogió de hombros y miró cómo jugaban en el agua.

—No lo sé, pero me sorprendería si no fuera así.

—De acuerdo, me escuchaste a mí —dije, apoyándome en su costado—. Están aquí con nosotros.

Asintió, y luego nos dimos la vuelta y subimos por la orilla para empezar a encender un fuego y cocinar el pescado.

Cuando cayó la noche, teníamos el estómago lleno: Zickar y yo de pescado, y nuestros amigos, de puñados de arena.

—¿Tendremos suficiente arena para ellos? —pregunté, preocupada de que llegáramos a su clan y no pudiéramos alimentarlos.

—Mucha —dijo Brillie, abriendo la mochila que había llevado, mostrando más. Trillie y Villadeer hicieron lo mismo.

Parecía suficiente para un viaje largo, pero comían con frecuencia.

—Suficiente —dijo Trillie, y esperé que tuviera razón.

—Antes de trepar a un árbol, compañera —dijo Zickar, tendiéndome la mano para ayudarme a levantarme de donde estaba, junto a las brasas moribundas—. ¿Te gustaría nadar en el río?

Mi piel se estremeció ante el tono insinuante de su voz.

Íbamos a nadar, sí, pero podía notar que estaba listo para que mis lecciones de placer avanzaran un poco más.

CAPÍTULO 22

ZICKAR



Sentía como si hubiera pasado una vida entera desde la última vez que estuve a solas con Alwen, y pensaba aprovecharlo al máximo.

Caminamos un buen trecho río arriba desde donde dejamos a los hermanos Flazant, lo suficiente como para poder hablar sin que nadie nos oyera.

Nos detuvimos en la orilla y contemplamos el agua, que reflejaba la luna y el vasto cielo estrellado.

—Es hermoso aquí —dijo Alwen—. Hay algo tan pacífico en este lugar. Sé que el bosque encierra muchos peligros y que debemos estar alerta todo el tiempo, pero míralo, ¿sí? Es simplemente encantador.

—Tú eres encantadora —respondí, mirándola a ella más que al paisaje. Me hipnotizaba. Pensé que la había perdido, y no iba a arriesgarme a que eso volviera a ocurrir. La abrazaría siempre, si pudiera.

—Gracias —me regaló una sonrisa tímida—. Desnudémonos y lavémonos, así podremos jugar en el agua, ¿te parece?

Mi corazón dio un vuelco. ¿Quería decir lo que yo más anhelaba? Mi polla gritó que sí y empezó a alzarse, pero aun así presentía que tal vez ella no estaba lista para completar nuestro vínculo.

—No hay nada que desee más —dije, con la voz baja y cargada de emoción.

Mi colgante brilló intensamente, iluminado por la esperanza de mi clan. La había elegido para mí, y agradecería a los hados cada día por haberme concedido a esta mujer.

Con una sonrisa suave, Alwen tiró de mi túnica y se la quitó por la cabeza.

—La lavaré después.

Me quedé boquiabierto al verla levantar la túnica, revelando su cuerpo hermoso.

—Aún no me di la vuelta —dije, intentando no babear.

—No me importa. Tu mirada se siente como una caricia, y todas tus caricias son buenas. —Con eso, se metió al agua, deteniéndose para mirarme mientras las aguas le llegaban a la cintura—. ¿Vas a quedarte en la orilla toda la noche o vas a unirte a mí?

Mi polla se alzó firme, marcando el frente de mi taparrabos.

Su mirada recorrió mi cuerpo con un roce tan sutil que me prendió fuego.

Me deshice del taparrabos mientras ella reía y se zambullía. Cuando emergió, yo ya estaba cruzando el río para alcanzarla, con el corazón ardiendo y mi polla rígida como un mástil.

La alcancé y juguetonamente deslicé mis dedos por su espalda, agradecido de ver solo alegría en sus ojos. Ni rastro de miedo.

La ayudé a lavarse, acariciando sus pechos y su delicioso trasero con los dedos.

Cuando deslicé mi mano entre sus piernas, ella se quedó quieta y me miró con una mezcla de curiosidad y emoción.

—Sé lo que pasa ahí, pero he aprendido que mi experiencia no se compara en nada con lo que descubriré contigo, compañero —dijo.

—Quiero tocarte. Solo eso —mi voz se quebró por la emoción—. No tenemos que ir más lejos.

—Creo que sí iremos más lejos, pero ¿está bien esperar?

—Esperaré por ti toda la vida, Alwen.

Ella me regaló una sonrisa radiante.

—No creo que me tome toda la vida llegar a donde necesito. Tal vez solo un poco más.

Mi mano había abandonado el espacio entre sus piernas y descansaba ahora en la parte baja de su espalda.

Ella la tomó y la guio de regreso.

—Tócame. Muéstrame lo que ya descubrí contigo. No, muéstrame cómo será cuando seas mi amante.

Un gemido me estalló en el pecho, y mi verga golpeó contra mis abdominales.

—Abre las piernas, compañera —fue todo lo que pude decir. Me costaba pensar, mucho menos hablar. Me estaba dando el regalo más increíble: su confianza.

Y jamás haría nada para traicionarla.

CAPÍTULO 23

Alwen



No sentí ni un atisbo de miedo. Sabía que cualquier cosa que Zickar hiciera con mi cuerpo se sentiría maravillosa, porque me tocaba con amor.

Tal vez no el amor de las leyendas, pero sí con un calor dentro de su corazón que solo sentía por mí.

No había pronunciado las palabras, pero yo había visto esa luz en sus ojos. La misma que se reflejaba en mi corazón.

Abrí las piernas a su alrededor, presionando contra su enorme polla, que tampoco me asustaba, aunque sí me preguntaba cómo algo tan largo y grueso iba a caber dentro de mí.

Mi Zickar encontraría la manera, y sabía que no me causaría dolor.

Me aferré a sus costados y él dejó que el agua nos arrastrara suavemente río abajo.

Sus dedos trazaron líneas de arriba abajo por mi espalda antes de que una mano se deslizara para acariciar mi pecho. Cuando hizo rodar el pezón entre sus dedos, incliné la cabeza hacia atrás y dejé que esa sensación maravillosa me consumiera.

Mientras llevaba mi pezón a un punto duro y necesitado, su otra mano se deslizó suavemente por mi vientre hasta ese lugar donde ningún hombre de verdad había llegado antes. Solo un hombre real daría más de lo que toma, y ese hombre era Zickar.

Sus dedos acariciaron entre mis pliegues, y maldita sea, qué bien se sentía. Entre las chispas que saltaban desde mi pezón hasta ese

mismo lugar, y las palabras suaves que murmuraba en mi oído, me estaba deshaciendo por completo. Una vez que me soltara por entero, sería toda suya.

Entonces tocó una parte de mi cuerpo que nadie más había tocado jamás. Un calor me recorrió de golpe, y lo miré con asombro.

—¿Se siente bien? —preguntó mientras frotaba.

Perdida en la embriaguez de la sensación, solo pude asentir.

Y cuando deslizó un dedo dentro de mí, comencé a deshacerme un poco más. Con cada embestida de su dedo, pasaba el pulgar por ese punto que hacía que el fuego lamiera mi alma. Me aferré a sus brazos y me arqueé contra él, completamente perdida en mi compañero y en lo que me estaba haciendo sentir.

Cuando añadió otro dedo, disfruté del estiramiento, sabiendo que así se sentiría cuando fuera su polla la que me llenara, y no sus dedos.

Monté su mano mientras él seguía diciéndome lo hermosa que era. Cuánto me admiraba. Lo valiente que era por darle la oportunidad de mostrarme que amar así podía ser algo especial.

Sus dedos se movieron más rápido, y gemí, moviéndome contra él, con mi vientre rozando su polla mientras él hundía los dedos en mí hasta lo más profundo.

Y cuando empecé a perder el control, entregándome a esa sensación que solo Zickar podía darme, clavé mi mirada en la suya y le dejé ver hasta el fondo de mi alma.

CAPÍTULO 24

ZICKAR



Yací de espaldas con Alwen recostada sobre mi pecho, abrazándola mientras flotábamos río abajo. Pasamos junto a nuestra ropa, y con suaves patadas me mantuve en el lugar.

—¿Siempre es así? —preguntó en voz baja.

—Eso espero.

Su risa suave resonó en el aire.

—¿Quieres decir que no puedes hacer promesas?

Solo estaba bromeando, y me encantaba que pudiera hacerlo con algo así. Me mostraba que estaba aprendiendo a dejar su pasado atrás y caminar conmigo hacia un futuro lleno de posibilidades infinitas.

—Puedo prometerte que haré todo lo posible para que disfrutes cada momento conmigo —le dije.

—Zickar —suspiró—. Me estás haciendo...

—¿Qué?

—En realidad, no estás haciendo nada. Me estoy enamorando de ti porque eres amable y maravilloso, y no puedo mantenerme alejada.

Mi corazón se expandió contra mi pecho, y dolió de esa forma dulce que solo lo bueno puede provocar. La apreté con más fuerza entre mis brazos.

—Compañera —gruñí.

—Iba a huir en cuanto pudiera, pero ya no quiero correr. Soy tuya, Zickar. Estoy completamente comprometida contigo.

La giré en mis brazos y dejé caer las piernas para poder besarla. Sabía a luz del sol, al calor de un fuego en un día frío de invierno y a un futuro lleno de amor.

—Compañera —dije de nuevo al levantar la cabeza—. Quiero amarte por completo, pero nunca te presionaré para ello. Lo que tenemos es suficiente para siempre. Lo juro.

—Quiero intentarlo, Zickar —dijo, y su mirada se encontró con la mía, llena de confianza, haciéndome sentir que mi corazón podía volar hasta el cielo—. Estoy lista. Sé que no me harás daño.

—Nuestra primera vez debe ser especial —prometí—. Pero no tengo nada que ofrecer, salvo a mí mismo. No aquí.

¿Debería sugerir esperar hasta llegar a mi clan… a *nuestro* clan?

—Todo lo que necesitamos eres tú y yo, ¿no? —dijo con una sonrisa embriagadora.

Como los orcos que me precedieron, aquellos que tal vez no tuvieron hogares lujosos ni grandes riquezas, le entregaría todo lo que era, todo lo que llevaba dentro en este mundo maravilloso.

Nadamos hasta la orilla y salimos del agua, secándonos rápidamente.

—No haremos nada en el campamento con nuestros amigos cerca —dije con una risa suave—. Ni en un árbol, tampoco.

—Deberíamos probar algo así en un árbol algún día —dijo, con una sonrisa que reflejaba la mía—. Ya estaba muy tentada por todo lo que tienes para ofrecer. Podría ser divertido.

Solo unas pocas sombras se asomaban en sus ojos. Debía de estar recordando su primera experiencia. No podía borrar eso del todo, pero sí podía darle algo maravilloso que lo reemplazara. Esperaba que eso fuera suficiente.

Esperaba ser suficiente.

Con manos temblorosas, recogí nuestras cosas y caminamos desnudos por el bosque, como si fuéramos exploradores de un nuevo mundo que habían llegado sin nada. En cierto modo, así se sentía.

Lo que Alwen y yo íbamos a hacer era completamente nuevo para los dos.

Tenía que hacerlo perfecto.

Miré alrededor, deteniéndome para escuchar y asegurarme de que nada nos acechaba. Un shayde gorjeó a lo lejos. ¿Sería Taen? Recé para que regresara pronto. Odiaba volver a mi clan sin él.

Aunque era aún peor regresar sin Dakur.

Tuve que apartar eso de mi mente. ¿Cómo podía entregarme por completo a mi compañera si me dejaba arrastrar por el dolor que amenazaba con devorarme?

Pronto llegaríamos a mi clan. Pronto lloraría con los míos. Y mi compañera estaría a mi lado.

Mi colgante resplandecía, iluminando nuestro camino, como si los destinos supieran lo que estábamos a punto de hacer… y lo aprobaran.

Cuando encontramos un pequeño claro cubierto de musgo suave, fue como si los destinos hubieran visto mi dilema y me ofrecieran una solución.

Extendí el paño para secarnos sobre el suelo, agradecido por el aire cálido.

Tiré suavemente de Alwen hacia mí y simplemente la abracé. El roce de su piel contra la mía me recordaba lo frágil y al mismo tiempo lo fuerte que era, cómo parecía que podía quebrarse con facilidad. Pero el mundo la había forjado de nuevo, y había emergido de la tragedia con un núcleo interior lo bastante fuerte como para enfrentar cualquier desafío.

Levanté su rostro, maravillado una vez más de lo hermosa que era y de lo agradecido que estaba por tenerla en mi vida.

Cuando sonrió, la besé, suavemente al principio, pero profundizando el contacto mientras el fuego ardía dentro de mí. Lo había mantenido contenido, y aunque aflojaba las ataduras, no lo dejaría libre del todo. Cada paso hacia el desenlace final lo daría con infinito cuidado y ternura.

Nadie volvería a romper a esta mujer. No mientras el fuego ardiera en mis huesos y esta necesidad feroz de protegerla viviera en mi corazón.

Caímos al suelo, entrelazados. Mientras seguíamos besándonos, acaricié sus costados, sus muslos, encontrando su pecho y tomándolo con suavidad. Me recosté a su lado mientras ella yacía

boca arriba, y arqueó la espalda cuando jugué con su pezón. Se endureció para mí, un botón firme que no podía esperar a reclamar con la boca.

Besé su mandíbula y su cuello, mordisqueando su piel. Su gemido estalló, y alzó las caderas. Era tan receptiva, tan perfecta. Atesoraría el regalo que me estaba dando por siempre.

Besando su pecho, me detuve en su pezón, succionándolo y acariciándolo con la lengua. Jugueteé con el otro, tirando y girando, mientras ella suspiraba de placer y acariciaba mis hombros.

—Zickar —dijo—. Necesito algo. Por favor.

Levanté la cabeza.

—Te daré todo. Lo juro.

Besé su vientre y le abrí las piernas.

Ella las separó sin dudar.

Entonces acaricié sus pliegues. Me deslicé entre sus muslos y tomé su clítoris con la boca.

CAPÍTULO 25

Alwen



Yo era bastante inocente en lo que respecta al placer sexual, pero había escuchado a algunas mujeres hablar sobre lo que ocurría en la cama con las personas que amaban.

Allí podía encontrarse alegría, y yo era lo bastante codiciosa como para querer aferrarme a algo así y hacerlo mío. Sabía que Zickar podía ayudarme a encontrar ese momento perfecto.

Mientras me lamía, con sus dedos jugueteando entre mi humedad, gemí y me arqueé contra él. Todo se tensaba y se aflojaba dentro de mí, y cada vez que me tensaba, sentía que estaba a punto de desmoronarme.

—Zickar —suspiré. Adoraba decir su nombre, tocarlo, sentir sus caricias sobre mí.

Pero necesitaba más. Necesitaba eso que las otras mujeres habían insinuado. Sentía que, si lo encontraba con mi compañero, sellaría la herida que aún sangraba dentro de mí. Llevaría las cicatrices toda la vida, pero se desvanecerían, como debía ser.

Él y yo las *haríamos* desaparecer, porque no estaba dispuesta a enfrentar un futuro sin reclamarlo por completo. Él era mío, y lo necesitaba en todos los sentidos posibles.

Cuando deslizó un dedo dentro de mí, contuve el grito de placer. Quería chillar y compartir lo maravillosa que me sentía, pero no necesitábamos compañía en un momento como ese.

—Estás tan húmeda, compañera, pero voy a hacer que estés aún más —gruñó contra mi piel. El movimiento de su boca me llevó aún

más alto. Estaba volando hacia el cielo, y no podía haber una sensación mejor que esa.

Agregó otro dedo, y la sensación de estiramiento me hizo quedarme inmóvil, aunque solo por un instante. Saber que era Zickar, que lo hacía con amor en su corazón, hizo que mis huesos se derritieran otra vez. Pronto me vi envuelta en aquellas sensaciones embriagadoras, cabalgándolas mientras alejaba cualquier pensamiento que no fuera él, sin permitir que ni una pizca de miedo los reemplazara.

Un sentimiento salvaje se apoderó de mí, y gemí mientras alzaba las caderas para encontrar el empuje de sus dedos. Su lengua jugaba con la perla en la cima, la fuente de todas las sensaciones maravillosas que despertaba en mí.

Cuando sentí que no podía subir más, retiró los dedos y los lamió, mirándome desde arriba.

Su polla era enorme, gruesa y larga. Se alzaba contra su abdomen, presionando contra esa segunda polla que sospechaba ya me había dado placer antes.

Su cuerpo no me asustaba. Él no me asustaba. Era Zickar, y lo que me hacía sentir venía de las emociones que compartíamos.

Éramos compañeros, y no podía esperar a reclamarlo.

—Podría tomarte así —dijo mientras se colocaba sobre mí, apoyando su peso sin aplastarme—. O así —me giró de lado y se acomodó detrás de mí—. O con las rodillas apoyadas o… —Una sonrisa se curvó en uno de los extremos de su boca—. O podrías montarme *tú*.

—Pronto. Quiero probarlo todo. Pero por ahora, recuéstate sobre mí. Quiero sentir tu peso. Tu amor.

¿Cómo había pasado de temer esto a desearlo tanto que quería tomar su polla y meterla dentro de mí?

Su risa grave resonó en el aire.

—Encantado, compañera. Pero por ahora… no creo que debamos alejarnos mucho más de los Flazants. No querríamos que vinieran a buscarnos.

—Solo dame tu polla ya.

Jamás pensé que diría algo así, pero mi cuerpo ardía, y sabía que solo Zickar podía darme la satisfacción que buscaba.

—Compañera. Me dejas sin palabras. Solo no quiero lastimarte ni asustarte.

—No puedes, Zickar. Eres tú, no él. Siempre serás tú. Esa es la diferencia. Hay confianza entre nosotros, un sentimiento que no puede romperse. Ahora tómame, compañero, porque necesito tu cuerpo.

Gruñó, pero su sonrisa brillaba.

—Dime que pare en cualquier momento y lo haré. Aquí lo único que importa eres tú, no yo.

—Oh, yo creo que tú también importas. Ahora muéstrame lo maravilloso que puede ser. Borra el pasado y reemplázalo con recuerdos tuyos.

CAPÍTULO 26

ZICKAR



Volví a deslizarme por su cuerpo y succioné su clítoris, sin detenerme hasta que ella se aferró a mis cuernos y sacudió la cabeza sobre la tela que se secaba. Solo cuando estaba completamente empapada por mi toque, me alcé sobre ella nuevamente. Coloqué la cabeza de mi miembro en su entrada, y ella enganchó sus talones en mis caderas.

Con mis ojos fijos en los suyos, me deslicé parcialmente dentro de ella. Demonios, era estrecha, húmeda y maravillosa. Iba a correrme solo con este comienzo.

Cuando no se tensó y su mirada nunca vaciló, avancé un poco más.

Ella tragó saliva, pero me dedicó una sonrisa que derritió mi interior.

—Estás tomando demasiado tiempo con esto, compañero. Pensé que habría más embestidas involucradas —dijo.

Una alegría exquisita me inundó. No estaba seguro de poder soportar mucho más. Estaría feliz con una relación sin sexo, pero saber que ella me deseaba tanto como yo a ella me hacía sentir completo. Casi, al menos.

Mientras mi colgante brillaba intensamente, me retiré y empujé más profundamente dentro de ella, alojando mi miembro en su vaina apretada.

—Ahh —suspiró ella—. Ahora sí se siente la diferencia.

Fruncí el ceño.

—¿Diferencia? —pregunté.

Su mano se apretó en mis brazos.

—Cuando amas a alguien, esto es maravilloso. No hay dolor cuando el amor lo aleja —respondió.

—Compañera.

Me humillaba, me dejaba atónito. Y adoraba todo de ella.

Mi espolón buscó su clítoris y se aferró, zumbando.

—Ah — exclamó, levantando sus caderas hacia mí—. Eso...

—Es tuyo, compañera. Soy tuyo —le dije.

Mientras mi colgante seguía brillando, comencé a moverme dentro de ella, lentamente al principio, evaluando cómo respondía su cuerpo, luego más rápido ante su insistencia. Todo el tiempo, mi espolón vibraba contra su clítoris.

Su mirada permaneció fija en la mía, y no había nadie más hermoso que Alwen entregándose a su placer.

—Zickar — exclamó suavemente, alzando sus caderas para encontrarme—. Eres mío. Siempre. Nunca lo olvides.

—¿Cómo podría, cuando soy tuyo y tú eres mía también? —respondí.

—Tómame. Reclámame. Hazme tuya para toda la vida —dijo.

Pensé que no podía amarla más, pero una sensación embriagadora se extendió por mí, quemando mis venas y mi piel.

Y cuando ella se deshizo, gritando su alegría, la seguí.

Jadeando, me derrumbé sobre ella, aunque sostuve gran parte de mi peso para no aplastarla. Rodé, llevándola conmigo, y ella quedó acostada sobre mi pecho.

Levantó la cabeza y me sonrió dulcemente. Hizo que mi corazón doliera.

—Te amo, compañero —dijo—. Gracias por mostrarme lo maravilloso que puede ser esto.

Acaricié su espalda.

—Te amo también, Alwen. Siempre —respondí.

El fuego interno de mi colgante se apagó.

CAPÍTULO 27

Alwen



Nos lavamos rápidamente en el río, nos vestimos y regresamos con nuestros amigos. Encontramos a las chicas dormidas y a Dillu patrullando el claro, con el garrote en alto, listo para golpear a quien se acercara. Cuando nos vio, se acercó con paso firme y nos miró a ambos, asintiendo con la cabeza.

—Así debe ser —dijo, y por un instante, casi me estremecí. ¿Se le ocurría decir algo así la primera vez que me hablaba?

No me gustaba que supiera lo que habíamos estado haciendo, pero lo dejé pasar. No había nada malo en que estuviéramos juntos. Era algo natural.

Como él había dicho, así debía ser.

—Haré guardia —dijo Zickar.

Dillu asintió y se tumbó junto a sus hermanas, acurrucado a medio camino alrededor de ellas.

Zickar acarició mi rostro y alisó mi cabello húmedo.

—Duerme, compañera.

—¿Aquí?

—Por ahora. Despertaré a Dillu a mitad de la noche para que me releve.

—Puedo hacer mi parte.

—Déjame hacer esto por ti. Por nosotros.

—Estarás cansado mañana.

—No más que el resto, creo. Nadie duerme bien en el suelo. Ni en los árboles, para el caso.

—Llegaremos pronto a tu clan, ¿verdad?

—Mañana al anochecer, si tenemos suerte. O temprano a la mañana siguiente. Podríamos avanzar durante la noche si estamos cerca.

—Estoy emocionada por ver dónde viviremos.

Me atrajo hacia sus brazos.

—Las cosas cambiarán un poco cuando lleguemos. Debo ocupar el lugar de mi hermano, un papel que nunca quise para mí. Pero encontraremos tiempo para estar juntos.

—Ayudaré en todo lo que pueda.

—Necesitaremos tu fuerza. Lloraremos la pérdida de Dakur, pero luego, como siempre que perdemos a un caedos, debemos hacer lo mejor para el clan.

Me tomó de la mano y me condujo hacia el fuego, indicándome que me tumbara. No creía que pudiera dormir, pero el cansancio me venció. Me desperté cuando Zickar se dejó caer detrás de mí en el suelo. Su brazo me rodeó, y sentirlo así me llenó de calor.

Éramos dos mitades que, juntas, formaban más que un todo.

Después de desayunar a la mañana siguiente, reanudamos la marcha. El bosque se volvía más denso, pero Zickar era capaz de seguir un rastro que yo pasaría por alto aunque caminara sobre él.

Nos detuvimos brevemente para almorzar, y luego seguimos adelante. Con Dillu en la retaguardia y Zickar guiándonos, avanzamos hasta la noche, con la luz de la luna filtrándose por el dosel del bosque.

En un momento, Zickar se detuvo y alzó la mano. Nos miró por encima del hombro.

—Hemos llegado al territorio del Clan Matis. Dentro de poco…

Guerreros orcos vestidos con taparrabos como el de él y armados hasta los dientes descendieron desde lo alto y surgieron del bosque, rodeándonos. Al ver a Zickar, enfundaron sus armas y lanzaron gritos de alegría.

Zickar fue saludando a cada uno, tomándolos del antebrazo y hablando en voz baja. Luego volvió con nosotros: las chicas, Dillu y yo.

—Ahora subiremos al dosel del bosque —dijo.

Dillu frunció el ceño y miró hacia arriba.

—Los Flazant permanecen en el suelo.

—Nuestros puentes de lianas soportarán tu peso.

Los otros orcos asintieron, observando con atención a mis amigos Flazant.

—Subiste a un árbol cuando me atrapaste —le dije a Dillu.

—Prefiero el suelo —gruñó. Sospechaba que no cambiaría de idea.

—El suelo será entonces. Nos aseguraremos de que estén protegidos y tengan refugio —dijo Zickar, alzando la mano hacia uno de los orcos, que asintió, indicando que se encargaría de ello.

—¿Dónde está Taen? —preguntó uno de los otros orcos, y Zickar explicó que el shayde había salido con él pero no había vuelto.

Intercambiaron miradas sombrías, pero no dijeron nada más sobre el shayde.

—¿Ha regresado Loobek? —preguntó Zickar.

Loobek era el otro orco que había montado un shayde en busca de Dakur. Zickar había mencionado que se separaron para cubrir más terreno.

—Sí —dijo uno de los Matis—. No tuvo éxito.

—¿Pero el shayde volvió con él?

El orco asintió.

—Bien —dijo Zickar—. Debo hablar con Tenkaril antes de compartir más información. —Asintió hacia Dillu y sus hermanas—. También usamos teegars para ascender al dosel. ¿Seguro que no quieren reconsiderarlo?

—Vivimos en el suelo o debajo de él —insistió Trillie. Los demás se agruparon con ella, todos con el mismo ceño fruncido.

—El orco que se fue volverá y los llevará a un lugar seguro donde podrán comer y descansar —dijo Zickar. Luego se volvió hacia los otros orcos de su clan—. Mi compañera y yo caminaremos el resto del camino con nuestros amigos.

Los demás orcos se tocaron la frente con dos dedos y saltaron al unísono, agarrándose de las ramas y trepando hasta posarse sobre ellas. Pronto se perdieron entre las copas, y salvo por el leve susurro

de las hojas, no habría sabido que estaban ahí. Los observé mientras se adentraban en el bosque.

—No falta mucho para llegar —dijo Zickar, tendiéndome la mano.

La tomé, y seguimos caminando con nuestros amigos. Un rato después, llegamos a un claro, donde Zickar se detuvo.

—Esperamos —dijo.

—¿A qué? —preguntó Brillie, mirando a su alrededor con un atisbo de temor en los ojos.

—Nuestra anciana más venerada llegará pronto.

Su miedo se desvaneció.

—Está bien.

Los jóvenes Flazant se dejaron caer al suelo y abrieron sus sacos para comer.

—Tenkaril viene —me dijo Zickar—. Como te dije, puede que quiera ver. No tengas miedo. No duele.

Asentí, mirando a mi alrededor. Arriba, el dosel se mecía, y me llegaban susurros sutiles. La sensación de ser observada se me metió en los huesos y me estremeció. Sin embargo, no tenía miedo, no con tantos guerreros de Zickar cerca. Pero aún no sabía muy bien qué esperar. Había elegido un futuro al lado de Zickar, pero ¿qué significaría eso para mi vida en general?

Una anciana orca salió del bosque a nuestra derecha, con la mano apoyada en el antebrazo de un orco grande y corpulento. Caminó directamente hacia nosotros y se detuvo frente a Zickar.

—Bienvenido —dijo, sus ojos lechosos deslizándose de él hacia mí y nuestros amigos Flazant—. Veo que escuchaste.

—Siempre te escucho, Tenkaril —dijo Zickar, inclinándose para besar su mejilla arrugada.

Tenkaril ladeó la cabeza, como si escuchara algo también.

—¿Dónde está Taen? No lo oigo cerca.

Zickar volvió a explicar que el shayde se había marchado y no había regresado.

Ella frunció el ceño.

—Está bien —dijo. Su mirada ciega volvió a recorrer a los Flazant —. Avisaremos a su gente de que están aquí. ¿Cuáles son sus nombres, mis nuevos amigos?

—La hermana mayor es Trillie —dijo Zickar—. La más joven, Villadeer, y la del medio se llama Brillie. Su hermano mayor y admirable protector es Dillu.

—Nos aseguraremos de que estén muy cómodos —dijo ella, regalándoles una sonrisa sin colmillos.

Dillu suspiró como si el gran peso que llevaba encima se deshiciera de pronto. Sus ojos brillaron, y lo abracé, algo que no fue nada fácil, dado lo mucho más grande que era que yo.

—Tengo mucho que contarte —dijo Zickar—. Puede esperar, pero no por mucho.

—El destino ha elegido sabiamente, hijo mío —dijo Tenkaril, y su sonrisa se amplió al mirarme—. Bienvenida, hija.

Zickar extendió la mano y me atrajo hacia su costado.

—Ella es Alwen. El destino la eligió para mí.

—Y tu colgante ya no brilla. ¿Hay orclings en tu futuro, hijo mío?

—Si el destino lo permite —respondió, lanzándome una sonrisa. Pero se desvaneció rápido.

—¿Y Dakur? —preguntó Tenkaril en voz baja. Su cuerpo se tensó. Zickar decía que ella podía ver el futuro. ¿Lo sabría ya?

—Está muerto —dijo Zickar—. Lo siento. Pero quiero que sepas que vengué su asesinato.

Tenkaril cayó de rodillas. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó un alarido.

CAPÍTULO 28

ZICKAR



Escuchar a la mujer que me crió gritar de dolor fue como recibir una lanza en el corazón. Me dejé caer al suelo y la atraje hacia mí, sosteniéndola mientras lloraba.

—¿Por qué? —preguntaba una y otra vez—. ¿Por qué no lo vi venir?

Malditos sean los hados. ¿Por qué no nos avisaron? Habríamos podido evitarlo.

Sus sollozos se convirtieron en resoplidos. Alwen se situó a nuestro lado, con una mano en mi hombro y los ojos llenos de pena. Lágrimas le corrían por las mejillas. Mi compañera lloraba con nosotros, y nada me conmovía más que eso.

Ayudé a Tenkaril a ponerse en pie, y su asistente corrió a tomarla del brazo. Pero cuando él quiso llevar a mi madre adoptiva de regreso a su hogar, Tenkaril frunció el ceño y miró a Alwen.

—A ti debo leerte —dijo con voz temblorosa—. Tú estuviste allí.

—Así es —dijo Alwen, lanzándome una mirada antes de asentir—. Puedes hacer lo que desees.

Permaneció quieta mientras Tenkaril se acercaba a ella.

—Primero, te doy de nuevo la bienvenida, hija. Lamento que hayas llegado en un momento tan lleno de tristeza. Mi hijo… Mi hermoso hijo, Dakur…

Cerró los ojos con fuerza antes de abrirlos otra vez.

—¿Viste lo que le ocurrió a mi Dakur?

Alwen lo explicó.

—Debo ver lo que tú viste. ¿Me lo permites? —preguntó mi madre—. Debes saber que a veces los hados me dan visiones que no le desearía ni a mi peor enemigo. Puede que vea lo que tú viste… o no. Puede que vea lo que sucederá mañana. Los hados no siempre me muestran lo que deberían.

Alwen tragó con dificultad.

—Por favor… si ves algo horrible sobre mí o sobre Zickar, no me lo digas.

—A veces, saber puede cambiar tu destino —bufó Tenkaril—. ¿No querrías tener en tus manos la herramienta que podría marcar la diferencia?

—Tienes razón —dijo Alwen, irguiéndose—. Dímelo todo. No te guardes nada.

—Solo lo que deba decir.

Así era como ella siempre veía. Si algo no podía cambiarse, muchas veces se lo reservaba. ¿Para qué querría alguien saber que su hijo moriría pronto, si no podía evitarlo? Pero muchas veces, el sendero aún no estaba bien marcado en el bosque. Un corte en otra dirección podía cambiar completamente el rumbo de una vida.

—Tu compañera es lista —me dijo Tenkaril con una triste sonrisa —. Me alegra que la hayas encontrado y la hayas traído con nosotros.

Tomó el rostro de Alwen entre las manos y acarició sus mejillas con los pulgares.

—Es hermosa. Te dará orclings fuertes.

—Eso también depende de los hados —respondí. Aun así, el corazón se me hinchó. No podía imaginar algo más maravilloso que sostener a mi propio hijo, criarlo bien, asegurarme de que se convirtiera en una buena persona.

—Cierto es —dijo con la voz quebrada—. Y ellos son demasiado caprichosos.

Mientras Alwen permanecía quieta, Tenkaril cerró los ojos y pasó los pulgares por sus párpados. Su jadeo resonó, y el corazón se me encogió. ¿Había visto algo horrible sobre mi compañera?

Levantó las manos de golpe y dio un paso atrás, tropezando con su asistente, que la sujetó por el brazo para estabilizarla.

—Ah… así debe ser —dijo suavemente, con la cabeza inclinada como si mirara al suelo. Pero llevaba ciega desde los dieciséis años, y ni siquiera nuestros sanadores habían podido determinar la causa. Solo entonces los hados le habían concedido este don a veces maravilloso, a veces aterrador.

—¿Qué has visto? —preguntó Alwen, extendiendo la mano para tomar la mía. La apreté para mostrarle que siempre estaría con ella.

Tenkaril alzó la mirada hacia mí con sus ojos lechosos, que no veían nada… y lo veían todo.

—Ocuparás el lugar de tu hermano, como debe ser —dijo—. Tenemos mucho de qué hablar, pero puede esperar hasta mañana.

—¿Qué viste? —insistió Alwen, con la voz temblorosa.

—No vi nada sobre ti ni sobre Zickar, dulce hija. Descansa tranquila esta noche.

Hizo un gesto a los cuatro Flazants que habían permanecido en silencio durante todo ese tiempo.

—Vengan conmigo. Me aseguraré de que estén cómodos y mandaré a alguien a notificar a los suyos que están a salvo. Vendrán por ustedes, y es bueno que lo hagan. Debemos reparar la relación que dejamos marchitar. Si vamos a sobrevivir a lo que se avecina, necesitaremos todos los aliados que podamos reunir.

—¿Qué has visto? —pregunté, dispuesto a enfrentar lo que fuera para proteger a mi compañera y a mi clan.

—Como caedos, pronto lo sabrás. Pero eso esperará hasta la mañana —dijo, haciendo un gesto a Pulost y Finsteg, dos machos de mi edad—. Mi hijo que queda necesitará guardias.

—Un caedos nunca ha tenido guardias —dije, frunciendo el ceño.

—Y nunca antes un caedos había sido robado del clan y asesinado tampoco, así que guardias tendrás.

Aspiré una bocanada de aire y la solté, sin ánimos de discutir con ella en ese momento. Podríamos hablar más tarde.

—De acuerdo.

Dándose la vuelta, Tenkaril se aferró al brazo de su asistente. Los cuatro Flazants la miraban con solemnidad. Mientras cruzaba el claro, la siguieron, y sus sollozos sacudían sus hombros una vez más.

—Dakur. Mi pobre Dakur. ¿Qué pasará ahora?

Uno por uno, mis hermanos de clan me tomaron por los brazos y tocaron sus frentes con la mía, jurándome lealtad como caedos. Si no había una línea de sucesión ya establecida, los interesados en liderar daban un paso al frente y declaraban su intención. Si había más de un buen candidato, competían en desafíos para demostrar quién era el más apto para liderar.

Cuando Tenkaril entró en el bosque, la mayoría de los machos la siguió. Finsteg y Pulost se quedaron. Inclinaron la cabeza hacia mí y gruñeron, con las armas en la mano y la mirada vigilante, explorando el bosque en busca de amenazas.

Yo podía protegerme, pero un caedos no se elegía a la ligera, y todo debía hacerse para protegerlo de cualquier daño. Dado que mi madre estaba tan afectada y que había sabiduría en lo que pedía, aceptaría esto por ahora.

—¿Qué crees que vio? —susurró Alwen, aún con mi mano entre las suyas.

—No lo sé —respondí, tensando la espalda—. Solo sé una cosa. Esta noche lloraremos, y mañana debo asumir el liderazgo de mi clan.

Nunca había pensado que acabaría en este papel, pero haría todo lo posible para que, hiciera lo que hiciera de aquí en adelante, Dakur se sintiera orgulloso de mí.

Empezamos a seguir el sendero que había tomado Tenkaril, en dirección al área central de mi clan. Pulost y Finsteg caminaban detrás de nosotros, uno cerca y el otro un poco más atrás, explorando el bosque en busca de amenazas.

—¿Qué puedo hacer para facilitarle esto a tu clan? —preguntó Alwen.

Ahí estaba mi generosa compañera, pensando primero en mí y en los míos, antes que en ella misma.

—Solo quédate con nosotros.

—Por supuesto.

—Te llevaré a nuestro hogar. Está alto entre los árboles, y sé que no te agradan las alturas.

Ella me dedicó una sonrisa tierna.

—Son soportables cuando estoy contigo.

—Ya veremos qué opinas en los próximos días. Si sigues sintiendo miedo, podemos reclamar una vivienda bajo tierra de inmediato.

—¿Como la de los Flazants?

—Muy similar, aunque te prometo que tenemos muebles y no comeremos arena —dije. Me sentí bien al inyectar un poco de humor en una situación tan triste. —Lamento que estemos comenzando nuestra nueva vida juntos con tanta pena. Ojalá Dakur estuviera aquí. Yo era su segundo, y haré todo lo que pueda para ser un buen caedos, pero nadie lo reemplazará.

—Lo siento —dijo ella, sus ojos brillando nuevamente con lágrimas. Si tan solo pudiera hacer todo esto bien. Lamentablemente, eso no iba a suceder. Pero al menos la tenía a ella conmigo.

Subí a un teegar, tirando de Alwen para que subiera conmigo a la planta circular. Uno de mis guardias se unió a nosotros mientras el otro esperaba cerca. Nos seguiría una vez estuviera seguro de que yo estaba seguro en el dosel superior.

—Esto es muy parecido al teegar del desierto, excepto que este no nos lleva completamente a nuestro destino —dije.

Ella frunció el ceño y me miró.

—¿Cómo nos lleva entonces?

La rodeé con un brazo, manteniéndola cerca.

—Nos proyecta.

Ella tragó saliva y cerró los ojos con fuerza mientras soplaba suavemente sobre mi colgante.

El teegar ascendió rápidamente, lanzándonos hacia la primer plataforma de madera.

CAPÍTULO 29

Alwen



Contuve mi grito cuando el teegar desapareció debajo de nosotros y seguimos volando.

—¡No soy un pájaro! —grité—. ¡No soy un pájaro!

Aterrizamos de golpe en una amplia plataforma de madera. Afortunadamente, Zickar no me soltó de sus brazos.

—¿Estás bien? —me preguntó, y asentí. —Al principio, te ayudará concentrarte únicamente en donde pones los pies —dijo mientras el segundo orco se unía a nosotros. El primero permaneció cerca, de espaldas a nosotros, con un arma en la mano, observando el área como si esperara amenazas.

No era un pensamiento agradable. El vértigo no dejaba de apoderarse de mí, inclinándome de lado. Ya era suficiente preocuparme por caer. No podía imaginar qué haría si tuviera que luchar contra una bestia atacante.

—¿Hay shaydes en el dosel? —pregunté, con una voz más temblorosa de lo que me hubiera gustado. Aquí Zickar estaba siendo valiente y enfrentando el futuro que nunca había planeado, mientras yo temblaba como un niño a su lado.

Endurecí mi espalda y decidí que iba a hacer que esto funcionara. Esta era mi nueva casa. *Él* era mi hogar. Mi tonto miedo a las alturas no me iba a frenar.

—Los shaydes no trepan árboles. Ninguno lo ha hecho hasta ahora —dijo—. Aquí arriba, no hay muchas amenazas. Un pájaro podría lanzarse y robarte la comida, y algunas criaturas se sabe que

muerden, pero la mayoría nos tiene más miedo a nosotros de lo que nosotros les tenemos a ellas. —Infló el pecho—. Yo te protegeré de todo. No tengas miedo.

Es tan fácil decirlo.

No, iba a confiar en lo que decía. Me sacudí por dentro, diciéndome a mí misma que despertara y me uniera al mundo que me rodeaba. Aquí había maravilla y belleza, y usaría eso para equilibrar cualquier miedo persistente.

—Iremos a nuestro hogar primero —le dijo Zickar a los machos que estaban con nosotros. Asintió hacia mí—. Esta es mi compañera, Alwen. Protéjanla como lo harían conmigo.

Gruñeron, con sus miradas afiladas recorriéndome.

—Estos machos son Finsteg y Pulost —dijo—. Se turnarán para protegerme, aunque serán mi seguridad principal.

—¿Dakur tenía guardias?

—No debería haberlos necesitado. Fue para asegurarse de que el vox de un amigo estuviera listo para partir. —Explicó cómo el príncipe orco y su compañera habían parado aquí mientras viajaban hacia el reino orco, cómo volaron en un vox que estaba herido y visitaron al Clan Matis mientras el vox sanaba.

—¿Su compañera era orca o humana? —No podía ser ella, ¿verdad? Sería demasiada coincidencia, pero no había muchas mujeres humanas entre los orcos.

—Su compañera se llama Lyneth.

—Salimos del pueblo al mismo tiempo —dije con emoción—. ¿Estaba segura? ¿Sana? ¿Se unió a un compañero orco también?

—Madr la ama por encima de todas las demás. Lyneth estaba bien. Aseguraron su vínculo. Desafortunadamente, cuando Dakur fue a preparar el vox para viajar, sucedió algo horrible. Encontramos mucha sangre y tanto él como el vox desaparecieron.

¿Cómo pudieron los ladrones robar a alguien tan adentro en el territorio del Clan Matis?

—No estoy segura de qué es un vox.

—Es una criatura alada. Algunos orcos viajan al Clan Ember, que cría a los voxes. Cuando el joven vox sale de su semilla, se vincula con quien esté más cerca. Los orcos esperan la oportunidad de ser

elegidos, aunque ninguno de nosotros en el Clan Matis lo ha hecho. Nosotros viajamos por las copas de los árboles usando lianas y la fuerza de nuestros brazos. Nunca hemos sentido la necesidad de volar.

—¿Y estás diciendo que Lyneth voló en uno de los voxes?

Asintió.

—Cuando aterrizaron, ella parecía bastante cómoda con el vox, y con Madr. Debes saber que él la amaba y ella a él. Cuando se fueron en uno de nuestros shaydes, ella estaba segura y feliz. —Explicó que tuvieron que regresar rápidamente al reino orco para estar con el padre de Madr.

—Tanto le ocurrió a ella desde el momento en que nos separamos en el bosque —dije.

—A ti también.

Me reí.

—¿Sabes qué?

—¿Qué, mi preciosa compañera? —Me acarició la cara, y me recordó una vez más por qué lo adoraba. Era suave y amable. Saber que él se preocupaba por mí lo significaba todo.

—Primero, no tengo tanto miedo como cuando aterrizamos en esta plataforma, aunque todavía no estoy lista para mirar hacia abajo por el borde. Y segundo, voy a ser fuerte para ti, Zickar. Te lo prometo.

—Ya eres fuerte, compañera. Nunca lo dudes. Miraste tu pasado y lo despreciaste. No solo eso, sino que también tomaste decisiones para tu futuro sin dejar que tu pasado se colara y tomara el control nuevamente.

¿Cómo podía él ver todo esto en mí cuando yo apenas podía sentirlo por mí misma?

—Te conozco —dijo, como si pudiera leer mi mente.

—No ves como Tenkaril, ¿verdad?

Él rio.

—No soy un anciano.

—Sospecho que algún día lo serás.

Y yo estaría allí con él, tomándole la mano y asegurándome de que supiera cuánto se le amaba.

Con Finsteg al frente y Pulost detrás, caminamos hasta el borde de la plataforma.

Finsteg levantó su colgante y sopló sobre él, un gesto que parecían usar para controlar las enredaderas. Un grupo de ellas se soltó del árbol cercano, cayendo sobre el borde de la plataforma y sujetando sus extremos alrededor de ella. Otras se unieron a las primeras, formando una malla leve en la base, más dos que se tensaron para servir de asideros.

—Vamos a cruzar —me dijo Zickar—. ¿Quieres que te cargue?

Tragué saliva.

—Es... Es que... vamos a poder ver el suelo muy, muy abajo. ¿Cómo se supone que voy a hacer esto?

—Solo lo verás si miras hacia abajo. Si te cargo, puedes mirar hacia arriba.

—Está bien, yo... —fruncí el ceño y enderecé la espalda—. No, mejor no. No voy a pedirte que me cargues. Voy a caminar contigo. Por favor, ve tú primero.

Me lanzó una mirada escéptica. ¿Pensaba que me asustaría tanto que me quedaría paralizada en la plataforma?

Francamente, ya se me había ocurrido esa posibilidad, y había decidido que no podía hacerlo.

No, no lo *haría*.

No solo quería encajar aquí, también quería sentirme orgullosa de mí misma. Él tenía razón: había dado un paso enorme hacia un futuro que jamás imaginé. ¿Cómo iba a dejarme caer de nuevo en la persona asustadiza que era antes?

—¿Cómo cruzamos? —pregunté con voz tranquila, acercándome al puente de enredaderas. Incluso miré hacia abajo, aunque tragué saliva y el corazón me dio un vuelco.

Un orco caminaba por un sendero abajo, con una pieza de carne al hombro, probablemente algo que había cazado. Alzó la vista y, cuando saludó con la mano, yo también lo hice.

Podía hacerlo.

Zickar solo había dado unos pasos, usando las enredaderas superiores para mantener el equilibrio mientras colocaba cuidadosamente los pies sobre la malla inferior.

—Así —dijo, mostrando cómo avanzar despacio, sujetándose de las enredaderas superiores. Me dedicó una sonrisa que me hizo un lío por dentro. Conocía esa expresión en sus ojos.

Estaba orgulloso de que me atreviera a enfrentar este miedo. Estaba feliz de que fuera su compañera. Y deseaba llevarme a un lugar tranquilo donde pudiéramos escapar del mundo, solo nosotros dos.

Yo también quería eso, aunque intuía que aún pasaría tiempo antes de estar realmente a solas.

No importaba. Teníamos toda una vida por delante para amarnos.

Apreté la enredadera superior a mi derecha, agradecida de que se sintiera firme, y di un paso sobre la malla. Cedía un poco bajo mis zapatos, pero parecía suficientemente sólida. Las enredaderas habían respondido al colgante de Finsteg. ¿Reaccionarían al colgante de otra persona y se soltarían mientras cruzábamos?

No era el momento de pensar en eso.

Tragué saliva, sujeté la enredadera izquierda, a la altura del pecho, y puse el otro pie junto al primero sobre el puente.

Entonces seguí, detrás de Zickar. Mientras avanzaba, hice lo que me había sugerido: miré hacia nuestro destino, otra gran plataforma construida alrededor de un árbol gigantesco. Solo miraba hacia abajo cuando necesitaba ver dónde pisar, y, aun así, me concentraba en la malla, no en el suelo lejano.

Cuando iba por la mitad del puente, el sudor me corría por las sienes y me dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes, pero lo estaba logrando. Seguía avanzando, y no me había congelado, todavía.

Una bandada de pájaros bajó en picada, acercándose cada vez más, pero como no llevaba comida, aparté la vista de ellos.

Uno me golpeó en la cabeza, lanzándome contra la barandilla.

—¡Ah! —me aferré con ambos brazos a la enredadera de la izquierda y me quedé colgada, mirando con la boca abierta hacia el suelo.

Los pájaros pasaron de largo, como si ni se hubieran dado cuenta de que casi me tiran del puente.

Zickar me tendió la mano, y aunque deseaba desesperadamente aceptar su ayuda y consuelo, necesitaba hacerlo sola o me acobardaría ante todo lo que se me presentara en el futuro. ¿Cómo iba a estar orgullosa a su lado si ni siquiera podía mantenerme en pie por mí misma?

Gruñí y extendí la mano para aferrarme a la otra enredadera, usándola para volver a incorporarme sobre el puente.

Pulost gruñó:

—Bien.

Un macho de pocas, *una*, palabras.

Finsteg, aún más parco, me dirigió una sonrisa con un leve atisbo de aprobación.

—Los hados eligieron bien —dijo por fin, y se volvió para seguir cruzando el puente.

Los ojos de Zickar brillaban con humor, y eso bastó para que mis músculos se relajaran. Volví a caminar.

La segunda mitad del puente fue más rápida. A esas alturas, salvo por estar atenta a otra bandada de pájaros, casi me parecía fácil. Como si pudiera conseguir un colgante (¿también les daban a las mujeres?) soplar sobre él y caminar con seguridad sobre mi propio puente de enredaderas.

Ja, ja. Todavía no.

Cuando llegamos a la otra plataforma, tomé la mano de Zickar y él me guio alrededor del enorme árbol, pasando por viviendas construidas sobre el interior del piso abierto. Finsteg y Pulost se detuvieron en la última edificación de la fila, y Zickar abrió la puerta, indicándome que entrara primero.

Ya estaba cruzando el umbral cuando un retumbar lejano se oyó en la distancia. ¿Truenos?

La mirada preocupada de Zickar se cruzó con la de los otros dos, y Finsteg aspiró hondo antes de soltar el aire.

—Tuvimos problemas mientras no estabas.

Zickar salió de nuevo.

—¿Qué clase de problemas?

—Humanos de tierras lejanas han llegado a esta zona. Mujeres humanas.

—Ya veo —dijo Zickar, frunciendo el ceño.

—No hay ni un solo hombre entre ellas.

Eso era raro.

—¿Se están instalando en la aldea más cercana? —debía referirse a mi aldea, construida tras el alto muro de la fortaleza.

—Llegaron desde otra dirección —dijo Pulost. Señaló hacia la izquierda—. Cruzaron el desierto, en busca de un nuevo hogar.

—Entonces pueden construir una fortaleza como los demás —dijo Zickar con cuidado—. Negociar un tratado con el reino orco si sienten que necesitan protección contra los shaydes.

—No quieren hacer eso —dijo Finsteg.

—¿Qué quieren hacer en cambio? —preguntó Zickar, mirando en esa dirección.

—Están derribando nuestros árboles —las palabras salieron disparadas de Pulost—. Y están usando la madera para construir sus casas. Muchas casas.

CAPÍTULO 30

ZICKAR



Un escalofrío de temor me recorrió, y me acerqué al borde de la plataforma, cerré los ojos y aferré mi colgante. Escuché los susurros.

Los árboles no hablaban con nosotros directamente; percibíamos sus emociones en el viento que se arremolinaba entre sus hojas, en los crujidos de sus ramas y al tocarlos.

Sentí preocupación. Angustia.

Y dolor.

Un gruñido brotó de mí, y si los que estaban dañando a nuestros amados árboles se encontraban cerca, los haría pedazos.

Pero no podía iniciar una guerra sin conocer todos los hechos.

Necesitaba más información, y entonces podría formar un plan. Me giré y regresé hacia Pulost y Finsteg. Alwen me miraba con preocupación y un atisbo de asombro.

—¿Qué tan lejos están las humanas construyendo sus casas? —pregunté.

—Dentro de nuestro bosque —gruñó Finsteg—. Están usando nuestros árboles. ¡Árboles vivos!

—Están demasiado cerca —dijo Pulost—. Ya están invadiendo nuestro territorio, y cuando uno de nosotros habló con su líder, ella se rio y dijo que harían lo que les diera la gana.

—No nos temen, ni a los shaydes. Al menos, no lo suficiente.

Finsteg me dirigió una sonrisa astuta.

—Oh, sí temen a los shaydes. A los ashenclaws también. Ya han tenido unos cuantos encuentros desafortunados con ambos.

—¿Suficientes encuentros como para negociar con nosotros sobre los árboles? —pregunté.

Él se encogió de hombros.

—Difícil decirlo. Pero es bueno que hayas vuelto. Ojalá Dakur… —suspiró con fuerza—. Es bueno que estés de vuelta. Se te ha echado de menos, y pronto pondrás todo en orden.

Este debía ser el problema al que Tenkaril aludía.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Alwen.

—Aún no tengo todos los detalles, pero voy a averiguarlo.

—¿Alguna vez los humanos se han instalado en el territorio de tu clan? —se apoyó contra mi costado.

—Nunca antes. Normalmente nos temen demasiado como para acercarse.

—¿Qué harás?

—Hablar con Tenkaril y los demás ancianos. Aprender todo lo que pueda sobre el asentamiento y cuáles podrían ser sus planes. Y luego hablaré con ellas personalmente.

—No son amistosas —dijo Pulost con una mueca de desdén—. Se sienten con derecho a talar nuestros árboles y usar los cadáveres para construir casas. ¡Algunas los están quemando! Hay que detenerlos.

—Siempre supimos que otros podrían decidir vivir cerca del territorio de nuestro clan. No somos dueños de los árboles ni del mundo que nos rodea. Hemos construido hogares en lo alto porque ellos nos permiten vivir entre sus ramas. Puede que los hilos del destino tengan una solución para este problema.

Finsteg gruñó.

—Esto no es algo que los hilos del destino puedan decidir.

—Siempre los consultaré, pero tienes razón. La decisión que tomemos debe surgir con el aporte de todo el clan, no solo mío ni de Tenkaril.

Los dos asintieron.

—Entremos —dije con un dejo de tristeza.

Finsteg y Pulost se colocaron a cada lado de la puerta, de cara al bosque, con sus armas en mano. Guie a Alwen al interior y cerré la puerta. Cuando soplé sobre mi colgante, un zumbido bajo resonó, y unas luces tenues en cámaras pequeñas montadas cerca del techo comenzaron a brillar.

—Bienvenida a casa, compañera —dije.

Capítulo 31

Alwen



Observé la pequeña sala de entrada, con paredes de madera y dos bancos a los lados, además del arco que conducía a una habitación más grande donde también brillaban los whisps.

—Has construido dentro del árbol mismo —dije con asombro, avanzando hacia allí—. ¿Eso no daña al árbol?

—No a esta variedad. Prosperan cuando vivimos dentro de su tronco.

En la siguiente habitación encontré una sala de estar con muebles que parecían cómodos, además de dos puertas que llevaban a otras habitaciones a cada lado. Al asomarme a la primera, vi una cámara de baño, y en la otra, una cama enorme, suficiente para al menos dos orcos.

—Los árboles nos dan la bienvenida —dijo.

—¿Recibirían también a las mujeres?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Si están talando árboles vivos, diría que no.

—¿Ustedes construyeron todo con árboles muertos?

—Excepto cuando construimos dentro de sus troncos, usamos árboles muertos. Los árboles vivos nos hablan, aunque solo con impresiones y emociones. Los humanos los están dañando, y están angustiados. Son parte de nosotros; parte de nuestro clan. No los mataríamos más de lo que nos mataríamos entre nosotros.

—Tal vez las mujeres no se dan cuenta de lo que están haciendo —dije—. Cortamos árboles para quemarlos durante los meses fríos y

para obtener madera con la que construir nuestros hogares. Si se han mudado a esta zona, harían lo mismo —fruncí el ceño—. ¿Todos los árboles son como los de este bosque, seres que se comunican con ustedes a través de emociones?

—Muchos lo son, aunque no todos.

Pensar que los habíamos talado con tanta facilidad, quemado… el estómago se me revolvió ante la idea de haber herido a otro ser. Cuando cazaba, lo hacía para obtener el alimento que necesitaba para sobrevivir. Había hecho lo mismo al cortar árboles, pero si lo hubiera sabido, habría recogido solo la madera muerta caída en el suelo del bosque.

—Tenemos que detenerlas —dije con determinación—. Ayudaré en lo que pueda.

Él me atrajo hacia sus brazos y me sostuvo, inclinándose para apoyar la barbilla en la parte superior de mi cabeza.

—Estoy agradecido de tenerte en mi vida.

—Encontraremos la manera de salir de esto juntos.

—Lo haremos.

Pero me preguntaba si eso siquiera era posible.

Comimos, nos bañamos y nos vestimos. Yo me puse una falda y una blusa que alguien había doblado cuidadosamente y dejado sobre una silla en nuestra habitación.

—Te harán más ropa y te quedará mejor —dijo Zickar con una sonrisa, mientras yo me ataba una tira de tela a la cintura para sujetar la falda.

—¿Quién hace sus telas? —pregunté, estudiando el tejido diminuto y admirando las puntadas firmes. Alguien se había esforzado mucho en confeccionar ese conjunto.

—En algunos prados cultivamos largas hileras de una planta que produce una fibra suave. Esa se hila para hacer el hilo con el que tejemos la tela. Otros cortan y cosen nuestras camisas, pantalones y faldas. Mantas y abrigos para cuando hace frío. Todos producimos lo que podemos, y muchos disfrutan crear estas cosas.

—¿Y el color? —Pasé la yema de los dedos por la falda púrpura oscura y jugueteé con la blusa lavanda más clara, de mangas abullonadas y escote redondeado.

—Algunos de nuestros árboles dan flores de estos colores. Usamos sus pétalos para hacer un tinte que aplicamos sobre la fibra cremosa que convertimos en tela.

—Es increíble. Me encantaría ver algún día dónde trabajan.

—Yo mismo te llevaré.

Él llevaba un taparrabos limpio y sencillo, teñido de un verde oscuro que contrastaba muy bien con su piel dorado verdosa.

Salimos de nuestra casa en lo alto de los árboles y descendimos al suelo, donde nos unimos a otros que caminaban por el sendero amplio hacia los *teegars*, que nos llevarían al lugar donde celebraríamos la vida de Dakur.

Turnándonos en los *teegars*, nos desplazamos por debajo del suelo y salimos a una caverna enorme con cascadas a un lado, una gran poza llena de agua color lavanda pálido y una vegetación exuberante en tonos púrpura y verde. Pequeñas luces centelleaban como estrellas en el techo, generando suficiente luz para verlo todo. Avanzamos hacia la zona central, donde los ancianos estaban sentados en sillas talladas en grandes rocas. Las sillas formaban un semicírculo elevado. Nos observaban con solemnidad mientras nos acomodábamos en los anchos y lisos salientes a media altura sobre el agua.

Con las cascadas murmurando de fondo, los orcos a mi alrededor alzaron sus colgantes y soplaron suavemente sobre ellos, creando una melodía inquietante que resonó en la enorme sala.

—*Adiós, amigo* —gritó alguien.

Otros se unieron, sus voces fundiéndose con la música doliente.

—*Que tu camino sea siempre fácil, amado caedos*.

—*Te extrañaremos, Dakur.*

Luego inclinaron la cabeza, y yo hice lo mismo. Algunos orcos sollozaban y derramaban lágrimas. Otros lloraban abiertamente.

Tenkaril miraba al frente con estoicismo, pero el leve temblor de su labio inferior revelaba cuánto lamentaba la pérdida de su hijo.

El sonido del agua calmaba mi alma. ¿Lo sentirían también los demás?

Zickar me apretó la mano, y yo me apoyé en su costado.

Tras el momento de silencio, todos nos pusimos de pie. Alguien empezó a servir una bebida de una de las muchas jarras grandes, y otro nos entregó copas llenas. Alzamos nuestras bebidas en alto, y me asombró ver cómo la tristeza desaparecía de todos como si se la quitaran de encima como un manto mojado, y las sonrisas ocuparan su lugar.

—Fue un buen amigo —gritó Zickar—. Un hermano como ningún otro. —Bebió de su copa, y yo lo imité. El líquido ligeramente dulce descendió por mi garganta.

—¡Sí! —gritó alguien más, levantando su copa antes de tomar un sorbo—. ¡Dakur! ¡El mejor!

Otros se unieron en los vítores a Dakur, y pronto, risas suaves comenzaron a resonar mientras los orcos compartían lo que más habían amado de su antiguo caedos. Había sido amable, un guerrero intrépido y un líder fuerte.

Adoraba a los pequeños orcos y más de una vez había jugado con ellos.

A veces trabajaba en los jardines, decía que no había nada mejor que hundir los dedos en la tierra.

Tenía una voz de canto maravillosa.

Cuando las voces se acallaron y casi habíamos terminado nuestras bebidas, Tenkaril se puso de pie y alzó su copa.

—Por nuestro nuevo caedos, Zickar. Que lidere con sabiduría, bondad y por muchísimo tiempo.

Vaciamos lo que quedaba en nuestras copas.

Alguien empezó a golpear un tambor, y pronto, todos estaban bailando. Era un baile algo frenético, pero cargado de emoción, como si todos intentaran tender un puente entre el duelo y la esperanza de un futuro mejor.

Yo no había conocido a Dakur, pero aun así lloré. Reí. Celebré que hubiera vivido.

Bailé con Zickar, luego Pulost me sacó a girar, seguido por Finsteg. Se turnaban, retrocediendo después para vigilar a Zickar, como si temieran que alguien lo atacara. Pero nadie nos atacaría aquí. ¿Cómo podrían encontrarnos?

Giré y me lancé con tanta rapidez, con mis pies descalzos golpeando la piedra, hasta terminar sin aliento.

Zickar me tomó en brazos y me hizo girar, haciéndome reír, haciéndome girar la cabeza. Vi a otros machos levantar a sus parejas y llevárselas lejos del gentío.

—Te necesito, amor —susurró Zickar en mi oído—. Ya hemos llorado a nuestro amigo, ahora debemos celebrar la vida.

—Llévame a casa, compañero —dije—. Yo también te necesito.

Cruzó la cornisa conmigo en brazos, asintiendo a quienes pasábamos. Ellos le daban palmadas en el brazo, también en el mío, y sonreían, murmurando lo felices que estaban de tenerlo de vuelta, y lo contentos que estaban de tenerme en su clan.

Los humanos con los que había vivido siempre me habían considerado rara por usar pantalones y cazar. Muchos me despreciaban.

Aquí, era bienvenida sin importar lo que llevara puesto.

Tomamos un teegar hacia la superficie, luego otro nos impulsó hasta la primera plataforma. Esta vez, Zickar me llevó en brazos por el puente de lianas con Pulost delante y Finsteg detrás, sus armas listas para protegernos.

Volvieron a colocarse junto a la puerta de Zickar cuando él me metió dentro y cerró el panel con llave.

Luego siguió hasta nuestro dormitorio, donde me depositó de pie y me ayudó con cuidado a quitarme la ropa. Cuando estuvimos desnudos, volvió a levantarme y me recostó con reverencia en nuestra cama.

—Compañera —dijo con un suspiro lleno de deseo—. Mi hermosa doncella.

CAPÍTULO 32

ZICKAR



Había oído que los humanos guardaban luto durante mucho tiempo tras la muerte de un familiar o un amigo, y nosotros los orcos también lo hacíamos.

Pero también celebrábamos. Una vida bien vivida, aunque fuera demasiado corta, era una bendición. Estaba agradecido de haber podido alabar la vida de Dakur junto a mis amigos.

Pero estar con Alwen era lo que me haría sentir completo otra vez.

No dijimos nada; no lo necesitábamos. Cada caricia, cada vez que nuestras miradas se encontraban, nos decía todo lo que teníamos que saber. Estábamos juntos, y el mundo podía hacer lo que quisiera. Lo que fuera que nos arrojara, lo enfrentaríamos lado a lado.

La besé, bebiendo de sus labios, mis suspiros de placer se mezclaban con los suyos. Entrelacé mis dedos con los suyos y le sujeté la mano sobre la cabeza, apoyándome sobre las rodillas y un codo mientras con la otra mano recorría su cuerpo con la yema de los dedos. Ella empujó su pecho contra mi mano, y lo cubrí con la palma, acariciando el pezón con el pulgar de un lado al otro. Cuando besé su cuello y luego su pecho, arqueó la espalda, ávida de mi contacto.

Fui bajando hasta su pezón y lo succioné.

Sentía estallidos de fuego dentro de mí, que luego retrocedían, enrollándose, tensos. Mi polla palpitaba, y no podía esperar más para estar con ella. Era mi vida, mi mundo, y sentía que no había hecho lo suficiente para merecerla.

Pero estaba agradecido con el destino por haberme regalado a Alwen.

Ya habíamos estado juntos, pero esto se sentía nuevo. Tan valioso. Cuando deslicé los dedos entre sus piernas y gemí al notar lo mojada que ya estaba, supe que quería saborear cada segundo. Cada instante, cada roce importaba. Nunca sabíamos lo que la vida nos daría después, así que había que aferrarse a lo que teníamos ahora.

Compañera.

—Quiero estar contigo —susurró.

Un gruñido se escapó de mi garganta, vibrando desde mi boca hasta su pezón.

Mientras acariciaba su clítoris y lo giraba entre los dedos, la miré, saboreando el éxtasis en su rostro.

—¿Se siente bien? —pregunté.

—Es maravilloso. No te detengas.

Sonreí, y ella hizo lo mismo.

Mi compañera preciosa. Mi doncella hermosa. Era mi vida. Mi mundo. Sacrificaría todo por verla así de feliz cada día de su vida.

—No lo haré —dije—. Soy tuyo ahora, mañana y siempre.

—Compañero —murmuró—. Glorioso compañero.

Pasé la lengua por su pezón y sonreí al oír su jadeo. ¿Podía haber algo mejor?

Al frotarle el clítoris, ella empujó las caderas contra mi mano.

—Más —suspiró.

Deslicé un dedo dentro de ella. Estaba tan apretada. Tan húmeda y cálida. Casi me corrí de inmediato de lo increíble que se sentía. Su respuesta a mis caricias me apretó el corazón.

Una tormenta de emociones imposibles de poner en palabras rugía dentro de mí. Jamás había sentido algo así por nadie, y si moría mañana, al menos habría tenido este momento con Alwen. Así de vital era para mí estar con ella y amarla.

—Eres la persona más hermosa que conozco —dije, deslizando la mirada por su cuerpo mientras ella alzaba las caderas para recibir mis dedos. Mi pulgar seguía frotándole el clítoris, y los gemidos de deseo que soltaba hacían que mi polla golpeara contra mi abdomen.

—Te necesito —lloró—. Por favor.

Bajé besando su vientre y le abrí más las piernas. Cuando apoyó las piernas sobre mis hombros, gruñí con satisfacción. Entonces succioné su clítoris, masajeándolo suavemente con los dientes mientras mis dedos seguían penetrándola.

Sus caderas se alzaron, y un gemido desgarró su garganta. Se aferró a mis cuernos, tirando de ellos y empujando mi rostro contra su cuerpo.

—Te quiero todo para mí —gritó—. Por favor.

Pronto, compañera. Pronto. Era tan dulce. Nunca había probado nada mejor, pero como ella, yo también necesitaba más.

—Vente para mí —gruñí—. Déjame sentirlo en mi boca.

Alzó las caderas, sus jadeos resonando por la habitación. Y entonces se rompió, gritando mientras su cuerpo temblaba debajo mío.

—Compañera —suspiré—. Eres preciosa.

Mi necesidad era insaciable, mi polla un bastón grueso y firme contra mi abdomen.

La giré con suavidad y la ayudé a ponerse de rodillas.

—¿Así está bien?

—Perfecto.

Me miró por encima del hombro con absoluta confianza, y si hubiera muerto en ese instante, me habría sentido completo. Saber que confiaba en mí para cuidarla, para amarla, era todo lo que necesitaba.

Pero mi cuerpo pedía más.

Sujeté sus caderas y me deslicé lentamente dentro de ella, a punto de venirme por lo apretada y húmeda que estaba. Ella empujó hacia atrás, gimiendo contra las sábanas.

Mientras me movía en su interior, sentí cómo mi polla se volvía aún más rígida.

Ella se empujó hacia mí, gimiendo.

—Más, Zickar. Siempre más, mi amor, mi compañero.

Moviéndome más rápido, ella se mecía contra mí, y nuestros suspiros llenaban la habitación.

—Toma tu placer, amor —jadeé—. Déjame sentir cómo te vienes alrededor de mí.

—Sí —gimió—. Sí.

Me incliné sobre ella, acariciándole los pechos, tirando suavemente de sus pezones. Pasé la mano por su vientre y le froté el clítoris.

Ella jadeó y se empujó con fuerza contra mis embestidas.

Gruñendo, aceleré, cabalgándola mientras su cuerpo temblaba y sus gemidos se hundían en las mantas. Su cuerpo surfeaba una ola tras otra. Y cuando su espalda se relajó y empezó a desmoronarse sobre la cama, me descargué dentro de ella, gritando mi placer.

Caímos sobre el colchón, y la abracé al girarnos de lado.

—Zickar —dijo ella con voz dulce y suave—. Te amo.

—Compañera —respondí, envolviendo su cuerpo con el mío y abrazándola con fuerza.

Me acarició el brazo y se fundió contra mi pecho.

Los recuerdos de Dakur me golpearon de pronto, y sentí que las lágrimas me ardían tras los ojos. Nosotros corriendo por los bosques, nadando en el río y recogiendo bayas para que Tenkaril las convirtiera en jalea. Sentados con nuestro clan en una buena comida, riendo mientras discutíamos sobre qué corte de carne o qué tubérculo era mejor. Aquella vez que me rompí la pierna, y él me ayudó a volver al clan, luego se quedó a mi lado mientras los sanadores me la recolocaban.

Lo iba a extrañar. No había duda. Haría todo lo posible por ser el mejor caedos. Por eso me había elegido como su segundo, porque sabía que si algo le pasaba, yo protegería a nuestro clan como él me había protegido a mí.

—Estás triste —dijo ella, y al oírla olfatear, supe que también lloraba. No había conocido a Dakur, pero lo había sentido a través de las historias que compartimos esa noche y del respeto que todos le demostramos.

Esa era la razón por la que nos reunimos. Por la que celebramos.

Había perdido a mi mejor amigo, pero tenía a mi compañera.
Y eso sería suficiente.

Capítulo 33

Alwen



Al día siguiente, Zickar se reunió con los ancianos para hablar sobre la situación con las humanas y ponerse al día con las responsabilidades de caedos que ahora debía asumir.

Mientras yo andaba curioseando por nuestra casa, tratando de decidir qué podía hacer para ayudar a mi nuevo clan, alguien llamó a la puerta. Al abrir, encontré a una mujer orca de pie en la plataforma, vestida con falda y blusa.

Me sonrió tímidamente.

—Soy Sessavia. Zickar me pidió que te mostrara el lugar y te ayudara a sentirte más cómoda aquí.

—Maravilloso. Soy Alwen.

—Encantada de conocerte, Alwen. ¿Por qué no comenzamos nuestro día juntas con el desayuno? —Mi estómago gruñó al oír esas palabras y ella rio—. Un buen plan, ¿cierto?

—Cierto —Había inspeccionado nuestra casa, pero no había encontrado comida. Ellos comían, claro, solo que no sabía dónde.

Salí a la plataforma y cerré la puerta. No parecía haber forma de cerrarla con llave, y comenté ese detalle.

—¿Por qué querrías cerrar con llave tu puerta? —preguntó Sessavia con una risa baja, algo que parecía hacer con frecuencia, además de sonreír. Era contagioso, y yo no podía evitar devolverle la sonrisa.

—Para evitar que la gente…

¿Sería de mala educación sugerir que alguien del clan podría robarnos?

—Ah —dijo ella—. ¿Temes que alguien reclame tu hogar mientras estás fuera?

—Oh, eh… no, no eso. Yo…

—Nadie tomaría tu hogar. Zickar es nuestro caedos, y tú, como su compañera, eres igual de respetada.

—Debería ganarme ese respeto.

—Eres sabia —dijo, y señaló hacia el lado izquierdo de la plataforma. Caminamos en esa dirección y nos detuvimos ante una abertura en la barandilla.

—Algunos en el clan querrán conocerte antes de decidir, pero la mayoría te acepta porque los destinos te eligieron para nuestro caedos.

—Lo que quería decir es que guardamos nuestras posesiones personales dentro de casa.

—He oído que los humanos a veces toman cosas que no deberían, que se apropian de lo que no les pertenece.

—Sí. El robo es demasiado común en mi aldea.

—Triste, ¿no? —Suspiró y levantó su colgante, muy parecido al de Zickar, una estrella de cinco puntas—. Aquí no tendrás que preocuparte por esas cosas. A nadie se le ocurriría entrar a tu hogar si no estás o sin permiso, y la idea de que alguien tome tus pertenencias es impensable. Nadie posee nada. Claro, tenemos ropa hecha a nuestra medida, pero si necesitamos más, nos la dan con gusto. ¿Por qué alguien querría tomar lo tuyo si puede obtener más con solo pedirlo?

Sopló suavemente sobre su colgante y unas enredaderas descendieron de un árbol a cierta distancia de nosotras.

—¿Intercambian dinero por las cosas que necesitan? —pregunté mientras la seguía por el puente. Mi estómago se encogió un poco al mirar hacia abajo, pero no tanto como el día anterior. Me estaba acostumbrando, asentándome en mi hogar, y ese pensamiento me llenó de orgullo.

—Intercambiamos un servicio por otro. Cada uno aporta lo que puede.

—¿Y si alguien no quiere trabajar?

Se detuvo al final del puente, antes de pisar otra plataforma más grande.

—¿Por qué no querría?

¿Eso significaba que aquí nadie era perezoso?

Sin esperar mi respuesta, cruzó el área abierta entre el puente de enredaderas y un edificio grande construido completamente alrededor de un árbol enorme.

—Todos contribuimos de una forma u otra —dijo—. Lo hacemos con gusto por el bien del clan.

—Suena maravilloso.

—Lo es, de verdad —Su mirada recorrió mi cuerpo, pero no percibí juicio, más bien parecía estar evaluándome—. ¿Qué habilidades tienes?

—Cuando vivía en la aldea, cazaba para mi familia.

—Entonces podrías ayudar a nuestros cazadores. Pero lo decidiremos durante la próxima semana. Tal vez tengas otras habilidades que necesitemos más, habilidades que beneficien a tu compañero, nuestro nuevo caedos.

No sabía cuáles podrían ser. Pero no pensaba quedarme esperando a que otros cuidaran de mí. Iba a contribuir en todo lo que pudiera.

Abrió la puerta del gran edificio y me indicó que pasara primero. Entró detrás de mí.

—Por supuesto que puedes comer en tu casa si lo prefieres. Algunos lo hacen, y se te proporcionará comida. Pero la mayoría nos reunimos con el clan y comemos cuando tenemos hambre.

Nos unimos a una fila corta de orcos que avanzaban hacia una ventana abierta. Un orco estaba dentro, saludando a cada persona por su nombre. Cuando me vio, sus ojos se agrandaron, al igual que su sonrisa.

—Bienvenida —dijo, inclinando la cabeza hacia adelante.

—Soy Alwen.

—Bienvenida, compañera de Zickar. Soy Brudon.

—Encantada de conocerte, Brudon.

Esperaba que pronto me conocieran por quién era, no solo por con quién estaba vinculada. Era curioso, nunca me había importado construir una identidad propia mientras vivía en la aldea. Más bien, hacía lo posible por mantenerme oculta, especialmente después de lo que pasó. Claro, hacía lo que debía para mantener a mi familia, aunque nunca era suficiente.

El corazón se me encogió al pensar en ellos. ¿Mi madre se las estaría arreglando? Seguramente mi hermano cazaba. Quizá también trabajaba con el carnicero. ¿Sería feliz?

Y mis hermanas… eran tan pequeñas e inocentes. Odié dejarlas a merced del destino que la aldea les deparara.

¿Podría encontrar la manera de ayudarlas? Hablaría con Zickar esta noche. Él había mencionado algo sobre…

Brudon me señaló una variedad de alimentos.

—¿Qué deseas, Alwen?

Señalé con el dedo, y él me sirvió una porción generosa, colocándola en un plato de madera, y a mi gesto, añadió una rebanada de pan y una cucharada de una jalea de color lavanda oscuro.

—Aquí tienes. Disfrútalo.

Me entregó el plato y miró a Sessavia, quien también pidió su comida mientras yo esperaba.

Nos sentamos en una mesa de madera con bancos a ambos lados, medio llena de orcos que hablaban mientras comían. Risas llenaban la sala, y aunque solo había unos pocos orclings, todos parecían felices.

—No puedo imaginar vivir en un lugar donde todos sean bienvenidos —dije al sentarme y colocar mi plato sobre la mesa.

Sessavia se acomodó a mi lado.

—¿Por qué no?

—Es que…

—¿No es así entre los humanos? —Al ver que no respondía, frunció el ceño—. Perdón si te ofendí. No sé mucho sobre los humanos, solo lo que me han contado quienes los han conocido.

—¿El Clan Matis no participa en la caza de compañeras?

—Hasta ahora no, por eso muchos se sorprendieron al verte con Zickar. Los destinos encuentran el camino, ¿no es así?

—Sí, lo hacen.

Comimos, y todo sabía fresco y delicioso.

Zickar se unió a nosotras a mitad de la comida, dejó su plato junto al mío y se sentó en el banco.

Sus dos guardias también se sirvieron comida, pero se sentaron cerca de la puerta, frente a Zickar, para vigilarlo.

Me besó la sien y me regaló una sonrisa cálida, incluyendo a Sessavia en su gesto.

—¿Cómo va todo, Alwen?

—Bien, Sessavia me está mostrando el lugar. Pensé que sería buena idea visitar a la familia Flazant, si te parece bien. —Esta última parte se la dirigí a Sessavia, quien asintió.

—Me alegra que te estés adaptando —dijo él, dando un gran mordisco al pan, rasgándolo con los colmillos antes de masticarlo.

—Pasaré por la herrería para conseguirle un colgante —añadió Sessavia—. Después puedo comenzar a enseñarle el lenguaje de nuestro clan.

—¿Lenguaje? —pregunté, mirando a ambos. Todos los que había conocido hablaban el idioma universal.

—Me refiero al lenguaje de los colgantes de nuestro clan —dijo ella—. Querrás aprender a llamar a tus propios puentes, ¿no?

—Sí, eso sería genial. —¿Las enredaderas de verdad obedecerían si soplaba sobre un trozo de metal? No podía esperar a averiguarlo —. ¿Y tú qué harás hoy, Zickar?

Frunció el ceño y su mano se detuvo justo antes de llevarse un bocado a la boca.

—Voy a acercarme al borde del bosque para ver qué están haciendo las humanas.

—Puedo ir contigo.

Colocó su mano sobre la mía, que descansaba sobre la mesa.

—Todavía no, aunque puede que te necesite, compañera. Aprovecha el día para aprender a moverte por el área central del clan. Visita a los Flazant y consigue tu colgante. Esta noche podemos hablar de lo que descubra en la aldea humana.

—Ten cuidado. —No estaba segura de por qué lo dije. Las mujeres que estaban construyendo en el borde del bosque no tratarían de hacerle daño, ¿o sí? Mi aldea había formado una tregua con los orcos. Los necesitábamos tanto como ellos a nosotros… aunque nuestro único aporte fueran compañeras. Seguramente todos los humanos sentían lo mismo.

—Lo haré.

Llevamos nuestros platos vacíos a otro mostrador donde un orco los recibió con una sonrisa para lavarlos, y salimos del comedor, deteniéndonos fuera. Pulost y Finsteg permanecían cerca. Verlos me recordó que acompañarían a Zickar, lo cual me tranquilizaba. Ellos lo protegerían.

Como si leyera mi mente, Finsteg asintió, su mirada pétrea deslizándose de la mía al entorno a nuestro alrededor.

—¿Nos vemos esta noche? —preguntó Zickar.

Asentí, sintiéndome extrañamente melancólica, aunque no sabía por qué. Sabía que al llegar a su clan estaría ocupado, que no pasaríamos todo el tiempo juntos, así que no podía ser eso.

Tal vez era porque las cosas estaban cambiando para los orcos y para nuestro clan. Con humanos asentándose cerca y los Flazant viniendo por sus pequeños, nuestro mundo podría transformarse. No era mi responsabilidad hacer algo al respecto, pero aun así sentía que debía involucrarme en lo que ocurriera. Un pensamiento tonto, considerando que cuando vivía en la aldea cazaba y me quedaba en casa con mi familia. Apenas prestaba atención a lo que hacía el alcalde o cualquier otro.

Zickar me levantó en brazos y me besó, con su boca demorándose en la mía. Quería arrastrarlo de regreso a nuestra casa, desaparecer en nuestro dormitorio para siempre, pero el clan lo necesitaba. Con resignación, lo solté y le ofrecí una sonrisa tranquilizadora.

—Nos vemos esta noche —dije, con tono neutro. No iba a preocuparme por él sin motivo.

Pero mi corazón latía con fuerza mientras él me acariciaba la mejilla, se daba la vuelta y saltaba del andén, aterrizando con precisión en la rama de otro árbol.

—Por aquí —dijo Sessavia, tomándome del brazo y guiándome hacia el extremo opuesto de la plataforma. Llamó a un teegar, y descendimos al suelo.

—¿Por qué nos proyectan si pueden elevarse suavemente y flotar junto a la plataforma?

—Porque es divertido cuando nos lanzan al aire.

Eso dependía del punto de vista.

—He notado que todos los orcos saltan desde las plataformas —dije, sintiéndome también deficiente en eso.

—No creo que tú puedas, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—La distancia es muy grande. Me haría daño.

—Tenemos teegars, y están bien alimentados y contentos. Te llevarán al suelo y te traerán de vuelta sin una sola queja.

—Una vez que aprenda a llamarlos.

Me dedicó una sonrisa comprensiva y me frotó el brazo.

—Por eso conseguiremos tu colgante lo antes posible. Luego te enseñaré algunos comandos básicos.

—Gracias —le dije cuando el teegar se detuvo a nivel del suelo y bajamos—. No sé qué haría sin ti.

Su risa alegre resonó.

—Eres más fuerte de lo que crees, Alwen. Encontrarías la manera.

Caminamos por un sendero entre los árboles hasta detenernos frente a un edificio de piedra, donde un orco corpulento trabajaba con metal. Un fuego rugía en el centro de una gran sala abierta y el sudor le recorría la espalda mientras levantaba un martillo y lo hacía caer con fuerza sobre un trozo de metal incandescente.

—No hace esto en las copas de los árboles por razones obvias —dijo Sessavia mientras esperábamos a que terminara—. Su trabajo es ruidoso. Y no queremos fuego cerca de los árboles.

El suelo bajo su edificio estaba compuesto por enormes losas planas, y habían extendido piedra mucho más allá del perímetro. Si una chispa escapaba, se podía apagar rápidamente sin causar daños.

Cuando terminó lo que estaba haciendo, el orco se acercó a nosotras, asintiendo tanto a Sessavia como a mí.

—Alwen es la compañera de Zickar, y necesita un colgante —dijo Sessavia—. Él es Ulong. Es un experto en metalurgia.

Asentí y le ofrecí una sonrisa.

Su expresión siguió seria, aunque inclinó la cabeza ligeramente.

—Déjame ver qué tengo.

—Está gruñón —murmuró Sessavia mientras Ulong regresaba a su taller.

—Oí eso —gruñó él—. Y no estoy gruñón. Estoy ocupado. Soy serio. Como debe ser un orco.

Ella sonrió y bajó aún más la voz.

—Muy gruñón.

—Y también oí eso. —Regresó pisando fuerte con una cesta que me extendió—. Escoge uno.

—Por favor —dijo Sessavia con una sonrisa burlona.

Él frunció el ceño y volvió a acercarme la cesta.

Me asomé y observé los colgantes.

—Todos se ven iguales.

—Obviamente no lo son —dijo él—. Y no me refiero solo al metal ni al trabajo que llevó hacer cada uno especial.

—Los hados te ayudarán a elegir el colgante único que fue hecho para ti —dijo Sessavia—. Eso es lo que este gruñón quiere decir.

Él gruñó.

Interesante. Observé los colgantes con atención. Sí, eran todos parecidos, pero había diferencias sutiles. Un pequeño rasguño en la punta de una estrella. Una imperfección diminuta en el centro. Otro tenía una textura áspera en la parte de abajo.

—Si todos son un poco distintos, ¿cómo funcionan de forma consistente? —pregunté.

—Buena pregunta —dijo Ulong, lanzándole una mirada a Sessavia—. ¿Ves? La nueva pareja de nuestro caedos es sabia.

Sessavia resopló y le devolvió el ceño fruncido.

—Oh, eh... —No quería ser la causa de una pelea entre ellos.

—*Yo* también soy sabia —dijo ella.

—Eso está por verse —replicó Ulong, volviendo su atención hacia mí.

Ella hizo chasquear sus colmillos.

Él la ignoró.

—¿Ya elegiste? —me preguntó.

Volví a tocarlos todos, pero uno se calentó bajo mis dedos.

—¿Puedo llevarme este? —pregunté, levantando el que tenía la pequeña imperfección circular en el centro.

—Sí. Excelente elección.

Lo levanté hacia la luz.

—Tenemos tiras de cuero que puedes usar para llevarlo puesto —añadió, lanzándole a Sessavia una mirada que habría interpretado como anhelo… si no acabaran de estar discutiendo.

Oh… Así que era eso, ¿eh?

Sessavia tomó una tira de cuero y me ayudó a ensartar el colgante, atándolo alrededor de mi cuello.

Lo miré con orgullo y emoción.

Por primera vez en lo que me parecía una eternidad, sentí que pertenecía a algún lugar.

CAPÍTULO 34

ZICKAR



Viajaba entre las copas de los árboles con Pulost al frente y Finsteg detrás. No quería ni necesitaba guardias, pero a veces podía ver su utilidad. Si intentaba despedirlos, Tenkaril gruñiría. No me preocupaba tanto eso como el hecho de que no quería que ella se preocupara. Ya había perdido a un hijo. Si ellos estaban conmigo, había menos posibilidades de que perdiera a otro.

El bosque en esta parte de nuestro mundo era tan vasto que tomaría días cruzarlo incluso montando un vox alado. A pie, tomaba mucho más tiempo. Pero las enredaderas nos conocían. Vivían en armonía con los árboles, como nosotros. Por lo que, con unas cuantas ráfagas de aire sobre nuestros colgantes, se alzaban para encontrarse con nosotros mientras avanzábamos por la copa.

Aun así, tomó horas alcanzar el lado occidental del bosque. El mar y el reino orco se encontraban al otro lado de los vastos bosques, hacia el este, y el Clan Ember reclamaba el extenso desierto en la región sur de este continente. Un pueblo migratorio; viajaban de un oasis a otro, viviendo en estructuras temporales que podían montar o desmontar en cuestión de minutos.

Las montañas cubrían el área al norte de nosotros, y la aldea humana que había hecho un tratado con los orcos para intercambiar protección por compañeras se había construido en las estribaciones. Los árboles crecían en las laderas, pero esa variedad era baja y

escuálida debido al suelo. No eran enormes ni conscientes como los de la parte del mundo donde vivía mi clan.

Reduje la velocidad al acercarme al borde del bosque. Mi plan era observar, no interactuar con los humanos.

Aterricé firmemente sobre una rama de uno de *nuestros* árboles y esperé a que Finsteg se uniera a mí y a Pulost. Nos agazapamos sobre nuestras patas y observamos a través del follaje hacia la aldea que se estaba construyendo lentamente entre el borde del bosque y la primera pendiente de una montaña baja al oeste.

Habían talado al menos diez árboles. Un aparato muy ruidoso había sido instalado cerca del bosque, y mujeres cargaban grandes secciones de troncos hacia la máquina, empujándolos hacia una enorme hoja metálica que los cortaba como el cuchillo más afilado. Las planchas caían a cada lado, y pude oír el lamento del árbol al ser cortado. Como si una hoja me atravesara una extremidad, me llevé la mano al pecho. Las lágrimas me picaban en los ojos.

Estaban torturando árboles vivos. ¿Por qué no cortaban los muertos, como hacíamos nosotros? Al menos el espíritu de ese árbol ya se había ido y no era consciente de lo que ocurría con su carcasa.

Los árboles a mi alrededor susurraban y gemían, lamentando la pérdida de su hermano.

—Esto es… —Pulost me miró horrorizado—. Esto es terrible. ¿No lo ves? Hay que detenerlas.

—¿Cómo es posible que no se den cuenta de lo que están haciendo? —preguntó Finsteg, con la mano en la empuñadura de su espada—. Seguramente también deben oír los gritos. Tenemos que acabar con esto ahora mismo.

—Estoy de acuerdo —dije.

Éramos un pueblo pacífico, pero cuando se trataba de proteger al clan, y los árboles eran parte del clan Matis, podíamos ser despiadados.

—Podemos esperar a que caiga la noche y atacar —dijo Pulost con tono sombrío—. Estarán confundidos en la oscuridad. —Se inclinó hacia adelante como si estuviera listo para lanzarse del árbol y empezar la batalla en ese mismo instante.

—En cualquier otra circunstancia, estaría de acuerdo.

—¿Qué quieres decir? —Finsteg me lanzó una mirada ceñuda por encima del hombro—. Dijiste que había que acabar con esto de forma definitiva.

—Son humanas. Aunque no pertenezcan a la aldea de Alwen, ¿es correcto que descendamos y las matemos?

Pulost gruñó.

—Han atacado a nuestro clan. Tenemos que proteger a nuestros árboles.

—Estoy de acuerdo, y lo haremos. —Pero dudé antes de hablar sobre cómo lo haríamos, algo que jamás habría hecho en el pasado. Entonces, la misma furia me habría invadido. Habría regresado al clan, explicado la situación, y un grupo grande habría venido de inmediato a atacar—. No estoy seguro de que matarlas sea la solución. Al menos no todavía.

¿Por qué deseaba avanzar con más cautela?

—¿Qué tiene que suceder, que nos ataquen a *nosotros*? —preguntó Pulost. Escupió hacia el suelo, dejando claro su desdén hacia mí—. Me encargaré de esto si tú te has ablandado demasiado como para hacerlo.

Mi gruñido salió con fuerza, y los pájaros que anidaban encima de nosotros graznaron y salieron volando.

—Pulost —advirtió Finsteg—. No eres caedos. Déjale tiempo para pensar.

—No hay nada que pensar —dijo Pulost, bajando la voz y suavizando el tono, pero su rostro seguía oscuro de rabia—. Están matando nuestros árboles y avanzando en nuestro territorio. Si lo permitimos, seguirán adentrándose, talando más árboles y construyendo más estructuras. Antes de que nos demos cuenta, estarán anidando justo debajo de nosotros.

—No permitiré tal cosa —dije con firmeza, irritado de que cuestionara mi autoridad antes de dejarme hablar.

—Dakur no habría dudado. Ya estaría lanzando flechas.

Me tensé.

—No soy mi hermano, pero eso no significa que no pueda manejar esto de la mejor forma posible.

—Basta, Pulost —gruñó Finsteg—. Esta decisión no te corresponde. —Se volvió hacia mí con el rostro neutral, aunque sus ojos me observaban con atención. ¿Me estaba juzgando también él? —. Mataste a quienes asesinaron a Dakur. ¿Qué tan distinta es esta situación?

—Asesinaron a mi hermano —gruñí—. Me aseguré de que no volvieran a hacerle daño a nadie.

—Estas hembras dañan a nuestros árboles, que son nuestras extremidades, nuestro clan, nuestros hermanos. ¿En qué se diferencia esto?

El follaje crujió arriba, y sentí que los árboles también escuchaban, quizá juzgándome igual que mis compañeros.

—Debemos hablar con las mujeres —dije—. Explicarles el daño que están causando. Si lo comprenden, construirán en otro lugar. Podríamos convertirlas en aliadas en vez de enemigas.

—¿Por qué necesitamos aliadas humanas? —preguntó Pulost.

—Están en nuestro flanco occidental. Cualquier cosa o persona que venga de esa dirección tendría que pasar primero por ellas. Si somos aliados, nos avisarán. Así podremos estar preparados para lo que sea que se acerque.

—Sabio —dijo Finsteg, con una ligera sonrisa en los labios. Le dio un codazo a Pulost—. ¿Ves? Zickar sugiere que podrían ser un escudo entre el lejano oeste y este lado del bosque. No está diciendo que no atacaremos si no aceptan nuestras condiciones.

—Con toda honestidad, siento que esto es debilidad —dijo Pulost con pesar. No estaba diciendo que yo fuera débil… pero casi—. ¿Dudas porque son del pueblo de tu compañera?

—No son de su clan —respondí. O al menos eso creía.

Pulost negó con la cabeza.

—Si su hermano intentara matarte, ¿intentarías defenderte o lo permitirías?

—Por supuesto que me defendería —dije, enderezándome con rigidez.

—Entonces hazlo ahora —dijo Pulost, desenvainando la espada de su costado.

—Pareces pensar que esta decisión me corresponde solo a mí. Debemos consultar con los ancianos. Soy caedos, pero no soy un rey que dicta órdenes. Tomamos decisiones juntos.

—Tenkaril es vieja, ciega —dijo Pulost con cautela.

—Ella ve —dijo Finsteg, frunciendo el ceño hacia el otro—. Algo que, al parecer, tú no.

—Lo que veo son hembras humanas destrozando nuestros árboles sagrados y usando sus huesos para construir casas. Me duele en lo más profundo del pecho —dijo, apretando el puño contra la zona sobre su corazón—. No tienen respeto alguno por el mundo que las rodea.

—He terminado con esta conversación —dije. Frustrado con él y con la inquietud que aún sentía, salté del árbol y aterricé de lleno en el suelo. Mientras los dos machos siseaban entre ellos a mis espaldas, alcé la barbilla y caminé fuera del bosque, adentrándome en el centro de la aldea humana recién construida.

Un grito estalló desde una de las mujeres.

Levantó un arma como ninguna que hubiera visto antes. La colocó contra su boca, sopló a través de ella y me disparó algo.

CAPÍTULO 35

Alwen



—Otra vez —dijo Sessavia—. Cierra los ojos, asegúrate de que el ángulo sea correcto y luego sopla suavemente sobre tu colgante. Escucha el sonido, siente la vibración que generas en las yemas de los dedos.

Llevábamos más de una hora de pie sobre un teegar en el suelo. Se suponía que nos llevaría bajo la superficie, donde visitaríamos a los Flazants.

Me dijo que tenía que decirle al teegar lo que necesitábamos, que ella no lo haría por mí. Hasta ahora, me había proyectado hacia arriba cuatro veces, disparado hacia los lados dos, y al menos diez veces, juro que me gruñó con disgusto.

Sessavia me dio una palmadita en el brazo.

—Requiere práctica.

—¿Cuánto tiempo te tomó dominarlo?

—¿Dominar? —Su risa grave resonó, aunque pude notar que no se burlaba de mí—. Nos entregan nuestros colgantes cuando somos pequeños, y practicamos juntos hasta que casi podemos crear sonidos mientras dormimos. Pero diría que me tomó meses antes de que los teegars siempre supieran lo que necesitaba.

Entonces nadie esperaría que yo pudiera controlar a los teegars en unas pocas horas.

Frunció el ceño.

—En cuanto a la llamada de descenso del teegar, esa es una de las simples. Diría que logré crear ese sonido al segundo o tercer

intento.

Suspiré.

—Lo siento.

—No creciste con nuestro clan. Es natural que tardes más. Estoy segura de que el sonido estaba claro en mi mente antes de que levantara el colgante.

—¿Cuántos sonidos distintos puedes hacer?

—¿Treinta? ¿Cuarenta? No llevo la cuenta. Pero cuando descubrimos un sonido nuevo, lo compartimos con el clan.

—¿Cómo encuentran sonidos nuevos?

—Los errantes lo hacen por nosotros. Dakur... —Se apretó los ojos antes de abrirlos de nuevo—. Tengo entendido que cuando Dakur era joven, quería ser errante, pero su camino lo llevó en otra dirección. Los errantes son miembros del clan que viajan, probando sonidos nuevos para ver si algo en el mundo que nos rodea responde.

—Increíble.

—Oí que Dakur era el mejor, fuera de aquellos que aprendieron esta habilidad de los ancianos errantes, que podía hacer que las plantas hicieran casi cualquier cosa. Alguien me dijo una vez que había encontrado la forma de comunicarse con los ashenclaws, aunque tengo mis dudas. ¿Cómo podría ser eso verdad? No, fue alguien que lo admiraba mucho exagerando su habilidad para impresionarme.

—Lamento mucho que se haya perdido para nuestro clan. Ojalá hubiese podido hacer algo por él.

—Tú estuviste allí. Diste testimonio. Eso ha marcado una diferencia para mi clan —tragó con fuerza—. Ahora inténtalo de nuevo —me empujó el colgante que aún tenía en la mano. Al situarse detrás de mí, colocó sus dedos sobre los míos—. Tu inclinación no es del todo correcta. Así es como debes hacerlo. No soples todavía. Cierra los ojos e intenta sentir primero la posición. Domina eso, y el viento seguirá.

Eso esperaba. Si no lograba crear este simple sonido, me quedarían dos opciones: quedarme en tierra o aprender a trepar

árboles. Para una mujer que nunca quiso dejar el suelo, de pronto deseaba poder hacerlo… siempre que fuese por decisión propia.

Cerré los ojos y memoricé el ángulo en que sostenía la mano.

—Ahora sopla —dijo suavemente.

En mi primer intento, soplé con demasiada fuerza; en el segundo, no lo suficiente. Y así fui, yendo de un extremo a otro.

Inhalé profundo y traté de sentir el mundo a mi alrededor, de percibir cómo el teegar deseaba ser llamado. Fruncí los labios y solté un poco de aire sobre mi colgante.

Descendimos bajo la superficie.

—Bien hecho —dijo Sessavia suavemente, su voz cambiando con una ligera risa—. Fácil, ¿verdad?

—Sí —susurré mientras el teegar se detenía unos pisos bajo la superficie—. Fácil —mi risa resonó—. Veremos qué tal me va cuando toque volver a la superficie.

Bajamos del teegar, que se disparó hacia arriba.

—Hay muchas entradas a este sistema de cavernas —dijo Sessavia mientras caminábamos lentamente por un túnel amplio, iluminado por whisps que flotaban arriba y sobre las paredes de piedra.

El túnel se abrió en una gran caverna con hileras de hogares construidos unos sobre otros a ambos lados. Una neblina se alzaba de un estanque en el centro, y vi a un orco sentado en la orilla opuesta, pescando. Mientras nos deteníamos, gritó emocionado y recogió su línea. Alzó un pez de buen tamaño y nos sonrió.

—Parece que atrapaste la cena —le gritó Sessavia, haciendo un gesto para que yo tomara el sendero empedrado que serpenteaba entre el lago y las casas.

Unos cuantos orclings jugaban al frente con padres indulgentes cerca, mientras otros chapoteaban en las aguas poco profundas de la orilla. Con tantos whisps salpicando el techo tres pisos arriba, aquí abajo era tan brillante como de día.

—Esto es asombroso —dije—. No estaba segura de qué esperar cuando escuché que había gente viviendo bajo tierra.

—Aquí no llueve —dijo—. Y hay muy poco viento. Menos depredadores. ¿Quién no disfrutaría eso?

Un shayde salió corriendo de un túnel delante de nosotras, y los orclings chillaron de alegría.

—Ese no es Taen —o al menos no creía que fuera el shayde que Zickar montó hasta el claro, aunque no había visto mucho tiempo a la bestia—. Él tenía un poco de dorado en la melena.

—Tienes razón —dijo—. Esta es Millamay. Es la única shayde hembra de nuestro clan. Su otro hermano es Noul. Si lo conozco bien… —asintió hacia el túnel—. ¿Lo ves escondido en la oscuridad? Está esperando que ella crea que no la sigue antes de…

Millamay se había detenido junto a la orilla y bebía agua.

Noul salió disparado del pasaje y corrió hacia ella, embistiéndola. Ambos cayeron al agua, salpicando con fuerza para delicia de los orclings que jugaban cerca. Los shaydes nadaron hasta el otro lado, saliendo del lago cerca del orco pescador. El macho les dio unas palmadas a ambos. Los shaydes se sacudieron, esparciendo agua por todas partes, y el orco retrocedió riendo.

—Esto es un paraíso —dije.

—Es maravilloso —el orgullo brillaba en la voz de Sessavia—. Vamos. Continuaremos hacia la siguiente caverna, que es muy diferente a esta. Aquí abajo se representan muchos ecosistemas.

Entramos en el túnel por el que Noul se había ido.

—¿Cómo es eso posible? ¿No deberían ser todos iguales?

Sopló sobre su colgante, y una ráfaga de viento cruzó el pasaje. Los whisps a nuestro alrededor estallaron en luz.

—Nadie sabe cómo es posible, pero lo es. Más abajo, encontrarás cavernas tan frías que el agua permanece congelada todo el tiempo. Cortamos el hielo y lo usamos para mantener fríos los alimentos. Pero en otras direcciones, encontrarás cavernas llenas de pantanos, otras con cristales que crecen desde el suelo, y algunas con vegetación exuberante. El aire en esas es caliente y muy húmedo.

—¿Cómo, sin sol y sin lluvia?

—Los whisps grandes proporcionan la luz, y el agua gotea sobre las plantas desde arriba. Cuando una de las errantes probaba nuevos sonidos, no solo descubrió que a algunas plantas les gustaba la música, sino que también encontró un gran cuerpo de agua arriba, alimentado por cascadas. El agua se filtra muy lentamente a

través de una gruesa capa de piedra, donde se purifica. Con el tiempo, pequeños canales se han erosionado y el agua finalmente cae como lluvia sobre las plantas.

Llegamos a una intersección del túnel, y ella señaló a la izquierda.

—Este desciende durante muchos cliks. Al fondo, encontrarás las cuevas frías. Hay otras cuevas más pequeñas a los lados del pasaje, y algunos orcos viven allí cuando hace calor en la superficie. Les encanta lo fresco que es.

—¿Y a ti?

—Disfruto vivir en la copa de los árboles. El viento y el susurro de los árboles calman mi alma.

—¿Dónde vive Ulong?

—Oh, también en la superficie. En la copa. Tiene una casa al lado de la mía, y déjame decirte, ronca. Algunas veces me he levantado, he ido hasta la pared entre nosotros y la he pateado.

—¿Eso ayuda?

Se rio con resignación.

—Desafortunadamente, no.

—Tal vez si estuvieras acostada junto a él, podrías empujarlo de lado y así dejaría de roncar.

—¡Qué horror! ¿Quién querría acostarse junto a Ulong?

—Oh, imagino que una encantadora orca podría desear hacerlo —señalé el canal a la derecha—. ¿A dónde lleva ese?

—Ninguna hembra querría estar con Ulong —soltó con brusquedad—. Es arisco, malhumorado y demasiado gruñón.

—Seguro que algunas podrían encontrar eso atractivo.

—No puedo imaginar a quién.

—Me pregunto si Ulong la encontrará. ¿Va a la caza?

—No lo ha hecho —bufó—. Ninguna mujer aceptaría unirse a él.

—¿Un orco grande, fuerte, lleno de músculos, con un buen trabajo? Seguro que podría mantener bien a una compañera.

Frunciendo los ojos con fuerza, negó con la cabeza.

—No, nadie lo querrá.

—¿Qué harías si alguien lo hiciera?

—Le arrancaría la cabeza y se la haría tragar —espetó, adelantándose con paso firme—. En cuanto al túnel de la derecha, lleva a las zonas cálidas llenas de plantas. Los jardineros cultivan lo que necesitamos y hacemos cosechas regularmente.

—Me parece maravilloso. Aquí abajo no están sujetos al clima impredecible. Cada zona tiene su propio sistema especial que se adapta a la vida de tu clan.

—Correcto —dijo, animándome a caminar con ella mientras seguíamos recto—. En cuanto a Ulong, no participará en la caza.

—¿Qué se lo impide? ¿Hay reglas sobre quién puede participar?

—Solo las impuestas por los destinos del clan, pero aún no enviamos a nadie a la caza. Dakur había hablado de ir, así que tal vez algunos lo hagan el próximo año.

—Quizás los destinos elijan a Ulong.

—Será mejor que no —gruñó, pisando fuerte al avanzar por el pasadizo—. Vamos. Los Flazants están por aquí.

Sonriendo, la seguí. Tal vez la próxima vez que viera a Ulong, tendríamos una pequeña charla.

Para ser una mujer que no creía que el romance fuera a formar parte de su futuro, lo cierto es que me interesaba mucho emparejar a otros.

—¿Por qué elegiste esta zona para los Flazants? —pregunté, caminando a su lado. Levanté mi colgante y soplé sobre él como ella había hecho, esperando crear el sonido adecuado para generar viento que iluminara los whisps, pero no funcionó. De hecho, empezó a gotearnos agua desde arriba.

—Parece que descubriste el sonido para generar lluvia en este túnel —dijo con una sonrisa. Levantó su colgante, sopló sobre él y la lluvia cesó—. Sin embargo, preferiría no mojarme. En cuanto a los Flazants, te mostraré.

Caminamos durante casi medio clik, descendiendo poco a poco. La luz floreció adelante, y parecía que todo el techo de la caverna a la que entramos estaba cubierto de whisps encendidos. Casi cegada, levanté la mano para proteger mis ojos.

Y entonces me golpeó el calor.

—Viven en un desierto —suspiré con felicidad—. El lugar perfecto para mis amigos.

—¡Alwen! —gritó Trillie, y sus hermanas la imitaron. Corrieron por el amplio espacio arenoso salpicado de plantas altas cubiertas de espinas y se lanzaron sobre mí.

Habría caído si Sessavia no me hubiera sujetado justo a tiempo, apartándome de su abrazo y colocándome detrás de ella.

—Con cuidado —les dijo a las chicas Flazant—. Es una humana frágil —me lanzó una sonrisa—. No una orca grande y fornida como yo.

—Lo sentimos, lo sentimos —lloraron—. Te extrañamos.

Dillu se acercó a nosotros a un paso más lento, aunque su sonrisa era igual de deslumbrante. Me dio unas palmaditas en el brazo y yo contuve un gesto de dolor.

Tal vez *sí* era una humana frágil.

—¿Cómo están? —les pregunté a todos.

—Aquí es maravilloso —dijo Brillie, mirando por encima del hombro—. Tenemos mucha comida y un estanque pequeño al otro lado donde bebemos y nos bañamos.

—Corremos. Mucho —añadió Trillie—. El ejercicio es importante.

—Lo es —dije, y como sonaba tan seria, apreté los labios para no reírme.

—Estoy aburrida —dijo Villadeer, tirando de mi brazo—. ¿Juegas con nosotras?

Miré a Sessavia para saber si teníamos tiempo, y ella asintió.

—¿Qué tipo de juego podríamos jugar? —pregunté, mirando a mi alrededor—. No creo que esconderse funcione aquí. Las plantas son muy delgadas —incliné la cabeza hacia atrás, observando las aberturas en las paredes altas de la caverna. Pequeñas aves de color púrpura oscuro entraban y salían de ellas, piando—. Espera, ¿dijiste que había agua?

Villadeer asintió, con los ojos brillando de emoción.

—¿Puedes llevarme? Tengo una idea.

Trillie me levantó y corrió por la arena, sus grandes pies hundiéndose con cada paso. Brillie nos seguía, chillando, y Villadeer trotaba tan cerca detrás que temí que tropezara con Trillie.

Sessavia sonrió y vino tras nosotras a un paso más tranquilo.

Cuando llegamos al borde del oasis, Trillie me dejó en el suelo. Me acerqué a la laguna de agua clara, de un tono púrpura pálido, y observé la orilla. Sí, esto funcionaría.

—Creo que deberíamos construir edificaciones de arena —dije—. Sessavia juzgará nuestras creaciones, y quien gane recibirá un premio.

Villadeer frunció el ceño, mirando mis manos.

—¿Qué premio? No hay premio aquí.

—Es una sorpresa especial —dije, ganando tiempo porque no tenía ni idea de qué ofrecer.

—Es un colgante del clan —dijo Sessavia—. Y también te enseñaré a llamar al viento con él.

—¡Ahhh! —gritaron las chicas al unísono.

Dillu se unió a nosotros, aunque prefirió sentarse sobre una roca junto al estanque en lugar de competir.

Cada una tomó una sección de la orilla y comenzamos a cavar, recogiendo arena para construir nuestras estructuras.

—¿Nos cronometras? —pregunté a Sessavia.

Ella asintió.

—¿Una hora?

—Perfecto.

Como yo ya tenía un colgante y se me había ocurrido el juego para alegrar a las chicas, no me esforcé mucho en mi escultura. Pero ellas sí se lo tomaron muy en serio, añadiendo piedras lisas, palitos y flores que encontraron en el estanque, e incluso algunos whisps que rasparon de una pared cercana y colocaron en sus edificios para hacerlos brillar.

Juro que Villadeer tenía talento para el arte, porque su estructura parecía un castillo mítico.

—¡Se acabó el tiempo! —gritó Sessavia, levantándose de la roca baja donde había estado sentada mientras trabajábamos. Tarareó y frunció el ceño mientras paseaba alrededor de nuestras construcciones, alzando su espesa ceja única cuando se detuvo a mirar la mía. Bufó y se fue a colocar junto a Dillu. Hablaron en

susurros suaves, discutiendo nuestro arte. Bueno, ella hablaba. Dillu asentía y sonreía.

Finalmente, resopló y se volvió hacia nosotras.

—¡Y la ganadora es Villadeer!

La niña chilló de alegría y corrió dando vueltas, gritando por su victoria. Luego se apresuró a colocarse delante de Sessavia.

—¡Colgante! ¡Colgante!

—Tendré que hablar con Ulong —dijo Sessavia, frunciendo el ceño—. Y todo el mundo sabe cuánto disfruto eso. Pero mañana traeré la cesta de colgantes y podrás elegir uno.

—Enseñar viento —dijo Villadeer, saltando—. ¡Viento!

—Sí —dijo Sessavia con una sonrisa—. También te enseñaré a llamar al viento.

Salimos de donde estaban los Flazants y seguimos por los túneles.

Al oír gritos en la primera caverna, aceleramos el paso y salimos al espacio abierto.

—¡Ahí está! —gritó alguien—. ¡Alwen! ¡Alwen! Zickar ha sido herido.

Mis rodillas casi cedieron.

—No —corrí hacia la multitud reunida cerca de la entrada de la caverna—. ¿Dónde está? ¿Qué sucedió?

—Fue a negociar con las humanas —dijo alguien—. Malditas sean. ¿Cómo pudieron dañar a nuestro caedos?

—¿Qué tan grave está herido? —pregunté, con el estómago revuelto y las manos temblando.

—Está con los sanadores.

No, no, no.

Corrí más allá de ellos con Sessavia apresurándose detrás de mí. Cuando llegué al final del último túnel, subí hasta la cima.

Solo al alcanzar la superficie me di cuenta de que había llamado al teegar en mi primer intento.

CAPÍTULO 36

ZICKAR



Algo pequeño y afilado estalló desde la punta del arma extraña de la humana. Me golpeó en el abdomen como la patada de un shayde. Gemí, cayendo de rodillas.

Mientras me desplomaba en el suelo, Pulost y Finsteg se lanzaron desde los árboles, atacando a las humanas, alejándolas de mí.

—Está vivo —gruñó Finsteg, agachándose a mi lado—. Y esa es la única razón por la que no las mato a todas.

—Sácalo de aquí —dijo Pulost—. Yo me encargaré de que no hagan nada más.

Finsteg me arrastró hasta el borde de la aldea humana.

—Puedo caminar —gruñí, con el vientre ardiendo. Al presionar la herida con las manos, la sangre se filtró entre mis dedos.

—Entonces ponte de pie —dijo Finsteg, alzando una ceja.

No lograba hacer que mis piernas obedecieran. Se movían, pero a pesar de intentar levantarme, no podían sostener mi peso. ¿Usaban las humanas veneno en sus armas de proyectiles? Si era así, estaría muerto en poco tiempo.

Finsteg gruñó al cargarme sobre su hombro. Corrió hacia el bosque, con Pulost cubriendo la retaguardia, gruñendo y amenazando a las pocas mujeres que se atrevieron a seguirnos. En lugar de adentrarse en el bosque, se retiraron, deslizándose hacia sus hogares recién construidos.

Había sido un necio al entrar en su aldea. Debería haber recordado cómo describía Alwen a su gente. No confiaban en los

orcos. Podría haber enviado un mensaje anunciando mi llegada.

Mi sangre se deslizaba por el pecho de Finsteg mientras avanzaba por el bosque. Al principio siguió un sendero, pero luego trepó a los árboles, donde Pulost convocaba lianas delante de nosotros con su colgante.

—Puedo caminar —gruñí, y Finsteg me bajó sobre una rama ancha, sujetándome del brazo hasta que demostré que podía sostenerme por mí mismo. La sangre goteaba por mi pierna desde la herida en el abdomen, y juro que sentí algo afilado dentro de mí. Mordía mis entrañas cada vez que me movía. Pero no permitiría que Finsteg me llevara todo el camino. Tenía que hacerlo por mí mismo.

Ignorando mis protestas, colocó mi brazo sobre sus hombros y, mientras Pulost seguía llamando lianas, Finsteg me dio apoyo para caminar de un árbol al siguiente.

Para cuando alcanzamos los límites del territorio de mi clan, el sol se cernía bajo en el horizonte. Mis piernas temblaban y apenas lograba mantenerme despierto. La herida seguía sangrando, y mi cabeza latía y giraba.

—Llamen a los sanadores —gritó Pulost en cuanto avistó a los primeros guardias—. Llévenlos a la casa del caedos de inmediato.

El guardia gruñó y llamó lianas para avanzar entre los árboles, adelantándose a nosotros.

Como había hecho en los últimos cliks, Pulost tomó mi otro brazo. Me urgían a seguir por la copa de los árboles. Lo único que podía hacer era mantenerme en pie.

Para cuando llegaron a la plataforma de mi hogar, mi visión era borrosa y me arrastraban.

Finsteg abrió de un empujón la puerta de mi vivienda. Me levantó y me llevó dentro, acostándome con cuidado en la cama.

—Mi hijo —lloró Tenkaril, entrando desde la habitación exterior y apresurándose al dormitorio con la ayuda de su asistente. Se hundió en la cama a mi lado y acarició mi mejilla con los dedos—. ¿Qué ocurrió?

Finsteg explicó mientras Pulost suspiraba, visiblemente preocupado por mí.

—Necesitamos a los sanadores —ordenó Tenkaril—. Tráiganlos de inmediato.

—Ya vienen en camino —gruñó Pulost.

Instantes después, tres sanadores irrumpieron en mi casa con sus bolsas de medicinas colgando de los hombros. Le pidieron a Tenkaril que se sentara en una silla cercana y me tomara la mano mientras me examinaban.

—Nunca he visto algo así —dijo uno, entre asombro y consternación—. ¿Qué clase de arma introduce un objeto metálico dentro de alguien de esta forma? ¿No había una flecha? —le preguntó a Finsteg.

Hacía todo lo posible por no perder el conocimiento. Mi mente flotaba, elevándose por encima de mi cuerpo, y mi boca era un desierto.

—Agua… —balbuceé.

—Denle agua —dijo Tenkaril, con la voz entrecortada—. Tiene sed. Mi pobre hijo. ¿Cómo no vi esto tampoco?

Una de las sanadoras negó con la cabeza.

—Nada de agua por ahora. Déjennos terminar de examinarlo primero —su mirada se clavó en la mía—. Tenemos que extraer lo que le dispararon antes de que cause más daño. Me preocupa que le duela cuando lo saquemos.

—Háganlo —gruñí—. Estoy bien.

Pero no lo estaba.

—Busquen a su compañera —dijo Tenkaril—. Alwen querrá estar aquí.

Odiaba que mi compañera se preocupara. ¿Cómo habíamos pasado de estar felices y seguros de nuestro futuro a esto?

Una de las sanadoras limpió una hoja larga y delgada. Espolvoreó un polvo sobre mi herida y lo limpió con un paño húmedo, repitiendo el proceso tres veces. Al menos había dejado de sangrar.

¿Por qué mi mente intentaba abandonar mi cabeza? Me costaba mantenerla dentro de mí.

—Sujétenlo —ordenó una sanadora—. Hombros. Piernas. Todos.

Mientras me inmovilizaban contra la cama, la sanadora se inclinó sobre mi abdomen.

—Zickar —gritó Alwen, entrando apresurada en la habitación.
La sanadora hundió la hoja en mi herida.
Apreté los colmillos, conteniendo el dolor.
Cuando Alwen corrió a mi lado, el mundo se desvaneció.
Después de eso, no quedó nada.

CAPÍTULO 37

Alwen



Me senté junto a la cama de Zickar toda la tarde, y cuando el cielo ya llevaba rato oscurecido, comí rápido, me lavé los dientes y me aseé con agua en una palangana. Luego, me metí en la cama con él.

—Si no me voy de tu lado estarás bien —susurré contra su piel. Estaba caliente... demasiado caliente.

Los sanadores habían hecho todo lo posible: le habían extraído el objeto negro del vientre, le dieron algo para el dolor y cubrieron la herida con una venda empapada en una solución que supuestamente evitaría la infección.

La fiebre lo devoró durante toda la noche. Se agitaba sin cesar, deshaciendo el vendaje que los sanadores le habían envuelto alrededor del abdomen. Volví a colocarlo con lo que habían dejado y luché por mantenerlo quieto. Hice todo lo posible por calmarlo, pero no dejaba de gritar.

Dakur.

Alwen.

Shaydes.

Mamá y papá.

Al amanecer, cuando sentía los párpados pegados a los ojos, alguien rasguñó la puerta exterior. Me levanté y observé a Zickar, agradecida de ver su pecho subir y bajar de forma constante. Odiaba alejarme, pero cuando volvieron a rasguñar la puerta, fui deprisa a abrir. Dejé entrar a Tenkaril, a su asistente y a Sessavia.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó Tenkaril, con la voz hendida de pena.

—Le aseguré el vendaje de nuevo durante la noche —dije—. Tuvo fiebre. Se agitaba y llamaba nombres.

—¿Ya lo vieron los sanadores esta mañana?

—Todavía no.

Tenkaril alzó la mano, y su asistente se inclinó hacia ella.

—Tráelos. Ahora.

—Sí. —Salió de la habitación apresuradamente.

—Mi hijo —suspiró Tenkaril, apoyándose en el brazo de Sessavia para entrar en nuestro dormitorio. Se sentó a su lado y apoyó la palma sobre su pecho—. Sigue ardiendo. ¿Zickar?

Se estremeció, pero no abrió los ojos.

Ella se inclinó sobre él y colocó los pulgares sobre sus párpados, buscando un futuro que yo no estaba segura de querer conocer.

¿Qué haría si lo perdía? No podía soportar pensarlo. Apenas llevábamos juntos un tiempo. No sería justo que los hilos del destino me lo arrebataran.

—Ah —dijo Tenkaril al recostarse hacia atrás, dejando caer las manos en su regazo.

—¿Qué viste? —preguntó Sessavia en voz baja.

Incluso yo me acerqué un poco. Tal vez no quisiera saber si eran malas noticias, pero tampoco podía ocultarme.

—Tenemos un sendero largo por delante, y es áspero e irregular —dijo.

Miré a Sessavia.

—¿Qué significa eso?

—Lo que dije, hija mía —respondió Tenkaril con suavidad—. No puedo decir nada más sobre lo que vi.

—Saberlo no significa que el futuro vaya a cambiar —murmuré, sorprendiéndome de lo desesperada que estaba por saberlo todo ahora.

—Pero puede cambiar —dijo Tenkaril, levantándose—. Sabremos el resultado en tres días.

—¿Tres? —pregunté con un hilo de voz, mirando de inmediato a mi compañero, que yacía demasiado quieto sobre la cama—. ¿Qué

pasará entonces?

Tenkaril se volvió hacia mí.

—Eso todavía no está claro. Pero hay una cosa que *sí* lo está. —Mientras esperábamos que hablara de nuevo, rodeó la cama y se detuvo frente a mí, apoyando las palmas sobre mis hombros—. Hasta que ese tiempo pase, tú, hija mía, debes asumir el papel de caedos.

—¿Yo? —tragué saliva—. No estoy entrenada para liderar a nadie.

—Pocos lo están —respondió Tenkaril.

—No tengo idea de cómo se hace eso. —Me zafé de sus manos y retrocedí hasta chocar con el tronco del árbol.

—¿Crees que los demás nacen sabiendo hacerlo? Pero aun así, asumen el rol cuando son llamados.

—Yo no he sido llamada para esto —dije con incredulidad—. Ni siquiera soy una orca.

—Eres la compañera de Zickar. Como él aún no ha nombrado a un heredero, te corresponde a ti, como su pareja, liderarnos hasta que él pueda hacerlo por sí mismo.

—¿Entonces *va* a vivir? —Miré hacia él, deseando poder volver a meterme en la cama y abrazarlo.

—Te ayudaremos, por supuesto —dijo Tenkaril, girándose hacia Sessavia—. Tú serás su segunda. Naturalmente, necesitará guía, pero es más que capaz, a pesar de sus dudas.

—No puedo hacer esto —susurré—. Por favor, elijan a otra.

—No soy yo quien elige, sino los hilos del destino.

—¿Qué quieres decir? Tú dijiste esto. Los hilos no nos enviaron ninguna señal.

—¿Ah, no? —Tenkaril rio, baja y suavemente—. Entonces, ¿cómo llamas a esto?

Su dedo arrugado se levantó, apuntando a mi pecho.

Mi colgante brillaba como el sol.

CAPÍTULO 38

ZICKAR



En mis sueños, corría tras Taen mientras él atravesaba el bosque a grandes zancadas, alejándose cada vez más de mí.

—Espera, ¿a dónde vas? —grité, pero no volvió la vista. No, llevaba el hocico pegado al suelo como si hubiera captado el rastro perfecto y nada pudiera apartarlo de seguirlo.

¿Qué le había pasado? Su hermano y su hermana lo lloraban como yo lloraba a Dakur. Me dijeron que a menudo se les encontraba de pie en el sendero que salía de las tierras del clan, mirando en dirección a la que yo había llegado con Alwen.

Alwen. ¿Por qué no podía despertar y ver a mi compañera, abrazarla?

—Zickar —lloraba ella—. Vuelve a mí, amor.

No podía obligar a mis ojos a abrirse. Me ardía el vientre, y esa sensación me atrapó y me arrastró de nuevo hacia la oscuridad.

Colgaba de una liana; con las manos atadas por encima de la cabeza, con una pared a mi espalda. Una humana estaba cerca, observándome con ojos como los de un chat. Miraba de mí a un humano mayor que iba de un lado a otro, gruñendo.

Cada tanto me pinchaba, y cada punzada hacía que la herida en mi vientre gritara.

Alguien me ayudó a ir al baño y hasta me limpió los colmillos. Gemía durante todo el proceso, para luego desplomarme otra vez en la cama y hundirme en las pesadillas que no querían soltarme.

De allí pasé al borde del bosque donde las humanas construían una nueva aldea. Habían llegado más, el doble, no, el cuádruple de los que había antes. Talaban árboles sin descanso.

Y los árboles gritaban de dolor.

Fui arrastrado en otra dirección y me encontré volando en un vox por el desierto. Los puntos de luz abajo se movían y ondulaban como si el Clan de Ember danzara en una celebración salvaje. Sus voces se alzaban hasta donde volaba mi vox, y traté de guiarlo hacia abajo para ver qué hacían, pero el vox ignoró mis órdenes, del mismo modo en que Taen no escuchó mi llamado.

—Zickar, por favor —suplicó Alwen, y traté de alzar la mano para acariciarle el rostro. Quería decirle que todo estaría bien, pero no lograba que mi lengua ni mi boca me obedecieran.

Ella y otra persona, ¿Sessavia?, me ayudaron a ir al baño de nuevo. Era un desastre tembloroso cuando volví a caer en la cama, y las pesadillas me recibieron con entusiasmo en su abrazo húmedo y oscuro.

—Hermano, te necesitamos —me llamó esta vez el espíritu de Dakur. Me di la vuelta y lo vi de pie entre ancianos a quienes recordaba de mi niñez. Ya estaban muertos, igual que Dakur—. Levántate y haz lo que debes hacer. Tendrás ayuda. Te lo prometo.

Y con eso, me hundí en un sueño más tranquilo.

Capítulo 39

Alwen



Lo primero que hice dos días después de que Zickar resultara herido fue pedirle a Pulost y Finsteg que se quedaran afuera de nuestra casa para protegerlo. Luego encontré a Sessavia comiendo en la zona central.

—¿Eres buena con esa hoja que llevas atada al costado? —le pregunté, apartando con un gesto a quien intentó acercarme un plato lleno de comida, aunque tomé un trozo de pan y le di un mordisco.

Mi estómago gritaba, exigiendo alimento. No recordaba la última vez que había comido.

Había pasado el día anterior hablando con los ancianos, aunque no tenían mucho que ofrecer. No sabían qué hacer con los humanos. Los destinos seguían en silencio.

Debían de estar en duelo con Zickar, porque él no dejaba de maldecirlos en sus sueños.

Quería estar con él todo el tiempo. ¿Y si él...?

No.

No iba a creer que pudiera morir. Si dejaba que ese pensamiento echara raíces, se volvería una infección.

—Soy muy buena con esta hoja —respondió Sessavia en voz baja, tocando donde la tenía asegurada a la cintura—. ¿Necesitas que destripe a alguien? —Desvió la mirada hacia Ulong, que estaba sentado al otro lado de la mesa.

Él le lanzó una mirada fulminante y gruñó.

—Necesito a alguien que me acompañe a ver qué están haciendo las humanas —dije.

Sus ojos se agrandaron.

—Ah, eso es interesante. No había considerado ser guardaespaldas, pero la idea tiene mérito.

—¿Necesito dos guardias como Zickar, o tú sola bastas?

Sonrió y se levantó, desenvainando la hoja.

—Yo siempre basto.

Ulong puso los ojos en blanco.

Ella bufó y se fue derechita a plantarse frente a él.

—¿Qué? ¿Crees que no soy capaz de hacerlo?

—Eres más que capaz.

—¿Entonces por qué esa actitud de imbécil?

—No deberías creerte tan altanera.

Ella se puso el puño en la cadera y ladeó el cuerpo.

—Como no tengo rabo, no tengo que preocuparme por eso.

Ulong dejó su comida a medio terminar y se levantó.

—Si necesitas un rabo...

Una mueca apareció en su rostro.

¿Estaba tan sorprendido como los demás de que hubiera dicho eso? A un orco se le cayó la mandíbula. Otro sostenía un utensilio en el aire, el bocado detenido a medio camino. No llegó a metérselo en la boca abierta.

El tercero, que estaba sentado a su lado, también se levantó y le dirigió una mirada preocupada a Sessavia.

—¿Estás bien, Ulong? —Cuando le puso una mano en el brazo, Ulong se la sacudió de encima. Rodeó la mesa y se acercó a Sessavia con tanta rapidez que ella dio un par de pasos hacia atrás.

—Yo no... —Negó con la cabeza y la miró con furia. Alzó la mano hacia ella. Cuando sus dedos rozaron su brazo, el colgante de él resplandeció.

Ella dio un respingo y se alejó de golpe, rompiendo el contacto.

Él la siguió.

—Compañera —dijo con suavidad. No supe si lo que oí en su voz era enojo o satisfacción.

El color subió a las mejillas de Sessavia.

—*No* soy tu compañera.

Ulong sonrió.

—¿Entonces qué significa esto? —Le dio un golpecito a su colgante, que brillaba tanto como el de ella—. ¿Copulamos y lo dejamos atrás? Así puedo volver al trabajo.

Ella se irguió con rigidez.

—Eres el último macho con el que desearía acostarme.

Alguien soltó una risita. Otro aplaudió.

Me apresuré a acercarme a ella.

—Quizá pueda encontrar a otra persona que me acompañe al poblado humano.

—¡No! —Bajó la voz hasta un tono más normal—. No. Yo iré.

Ulong gruñó.

—Entonces parece que hoy también me toca viajar hasta el borde del bosque.



Ulong y Sessavia se pelearon todo el tiempo que viajamos por el dosel del bosque. Aparte de que uno de ellos me mostró cómo usar mi colgante para llamar distintas lianas, se pasaron el trayecto frunciendo el ceño el uno al otro.

—Deberías darle una oportunidad a este emparejamiento —dijo Ulong. Tenía que reconocerle el mérito: lo estaba viendo de manera práctica.

—Ni en sueños —espetó ella, con la nariz en alto.

¿Cómo se les había ocurrido a los destinos que estos dos eran compatibles?

—Me deseas —gruñó Ulong después de que ella lo rechazara una vez más.

Solté una risita, pero no miré hacia atrás mientras cruzaba un puente de lianas. Se oyeron golpes adelante, seguidos por el chillido de una sierra, y el corazón me dio un vuelco de dolor. Seguían talando árboles. ¿Cómo iba a convencerlas de que pararan?

—No estoy hecha para esto —murmuré, mi voz más baja que las pullas que se lanzaban Ulong y Sessavia.

Cuando todo quedó en silencio, me detuve y fruncí el ceño. Me giré y los encontré besándose, con Ulong inclinando a Sessavia hacia atrás por el costado del puente. Ella le sujetaba los cuernos con las manos, y sus gemidos resonaban a nuestro alrededor. Se restregaba contra él.

El corazón se me encogió como si alguien lo apretara con fuerza. Mi Zickar estaba inconsciente. Yo luchaba por hacer funcionar esta cosa del caedos. Y la vida parecía seguir sin nosotros.

—¿En qué dirección? —pregunté con voz ronca.

Se separaron de golpe. Ulong le dedicó a Sessavia una sonrisa llena de colmillos. Ella resopló y caminó hacia mí con paso airado.

—El beso no fue nada —dijo—. Fue una aberración.

Él se rio y la siguió.

—Muéstrame a dónde ir —dije, odiando tener que interrumpir su incipiente romance, pero estaba allí para cumplir una misión, y ellos habían insistido en acompañarme para ayudar.

Sessavia se sonrojó.

—Lo siento. No me distraeré otra vez.

—Sí lo harás —dijo Ulong con seguridad—. Pronto.

—Jamás —replicó ella con firmeza.

Puse los ojos en blanco.

Ella se adelantó a mí y llamó a más lianas, que nos llevaron hacia adelante mientras el sol descendía lentamente hacia el horizonte. Ulong nos seguía, silbando alegremente entre los dientes.

En menos de media hora, llegamos al borde del bosque, aunque ya lo había presentido por los golpes y el chillido de las sierras.

—Vamos a subir alto en el dosel, donde *tú* puedas ver sin que *ellas* te vean —dijo Sessavia, con la hoja en la mano y una mirada salvaje en los ojos—. Ningún caedos saldrá dañado si estoy cerca.

—Yo también estoy aquí —intervino Ulong suavemente desde atrás. Estaba mucho menos malhumorado que antes, y hablaba más. Tener una compañera podía hacer eso, aunque iba a tener que esforzarse mucho si esperaba ganarse el corazón de Sessavia.

Curioso cómo podían cambiar las cosas tan rápido, tanto para ellos como para Zickar y para mí.

Solo quería abrazarlo y sentir sus brazos alrededor mío una vez más. ¿Me darían esa oportunidad?

Sessavia llamó a las lianas y unas cuantas descendieron desde lo alto.

—Tenemos que trepar —susurró, aunque yo ya había mirado a mi alrededor y no había visto a nadie más en la zona.

Me quedé boquiabierta al mirar hacia arriba.

—Eso es una escalera de lianas.

—Tienes razón —respondió—. Nos llevará al lugar perfecto para observar la situación.

Estaba segura de haber dominado más o menos cómo llamar a los puentes para caminar, pero ¿esto? Sin embargo, todos contaban con que yo fuera una buena líder, y aunque no quería este rol, quería a mi compañero sano y capaz de hacerlo él mismo, iba a hacerlo sentir orgulloso.

Él iba a despertar. Estaba decidida a que así fuera. Y le compartiría lo que viera. Idearíamos un plan, y las cosas mejorarían para nuestro clan.

Decirme que estaba siendo sus ojos porque él no podía estar allí me ayudaba.

—Subiré primero —dijo ella, aferrándose a una liana sobre su cabeza y apoyando el pie en otra, trepando con agilidad.

Tragué saliva y miré a Ulong, cuya mirada estaba fija en el trasero de Sessavia.

Negando con la cabeza, la seguí sin mirar abajo y tratando de ignorar lo frágiles que se sentían las lianas en mis manos y bajo mis pies.

Cuando llegué arriba, Sessavia me tendió la mano. La dejé ayudarme a subir a una rama ancha que se extendía sobre la muralla del fortín en construcción. Otras ramas se alzaban sobre ella, brindando buena cobertura.

Tendida boca abajo, me deslicé por la rama mientras Ulong y Sessavia se quedaban junto al tronco. Rodeando la rama con los brazos, me sentí lo bastante segura como para mirar a mi alrededor.

Debía de haber al menos cien mujeres trabajando afanosamente en la construcción de viviendas y de la muralla exterior. No vi a ningún hombre, pero podían estar dentro de los edificios. Parte de la muralla ya estaba terminada, y habían colocado armas apuntando hacia el bosque.

El suelo quedaba muy abajo, pero eso no fue lo que más me heló la sangre.

Me deslicé de regreso con los demás y bajamos hasta el puente por donde habíamos accedido a la escalera.

—Necesito hablar con ellas —dije.

—Es demasiado peligroso —gruñó Ulong.

—Dudo que disparen a otra mujer.

¿Lo harían? No habían dudado con Zickar.

¿Cómo estaba él? El dolor se expandió en mi pecho y lo tragué. Tenía que concentrarme en lo que estaba haciendo ahora, no en él. Pero ¿y si al volver ya no estaba?

Tenía que confiar en que los sanadores lo ayudarían a mejorar, que regresaría y lo encontraría despierto, buscándome.

—Tengo que averiguar por qué están aquí —dije—. Necesito saber si hay hombres con ellas. Y voy a explicarles todo y pedirles que dejen de cortar los árboles vivos.

Como si me hubieran escuchado, el dosel del bosque se agitó. Aunque no había viento, los troncos cercanos se mecieron. Nunca había imaginado que el bosque pudiera estar vivo con árboles conscientes. ¿Cómo había podido vivir tan cerca y cazar dentro de él sin percibir su grandeza?

—Llámalas desde aquí —dijo Sessavia—. Pregunta si te permitirán entrar en su aldea. Haz que prometan no hacerte daño antes de hacerlo.

¿Qué tan válida sería esa promesa?

Aun así, tenía que intentarlo.

—Llévenme más cerca.

Sessavia refunfuñó, pero con las vides me bajó hasta dejarme justo dentro del bosque, a la altura de un orco por encima del suelo.

Cuando una mujer pasó cargando un tronco sobre el hombro, llamé:

—Soy una mujer y estoy dentro del bosque —dije—. ¿Puedes acercarte?

Ella miró en todas direcciones, como si esperara instrucciones de alguien que no estaba allí, y luego bajó el tronco al suelo y se acercó con cautela al bosque, empuñando un arma larga y negra en la mano.

—¿Quién eres? —ladró.

—Soy Alwen. Vivía en una aldea cerca de las montañas, al norte del bosque.

La mujer entró en el bosque y alzó la vista, su mirada me encontró. Frunció el ceño al ver a Sessavia y a Ulong, y llevó su arma a la boca.

Me apresuré a interponerme entre ellos, lo cual no fue fácil sobre un puente estrecho de vides. Ulong gruñó y me empujó detrás de él, levantando su hacha. Si la lanzaba, daría en el blanco, pero matarla no nos ayudaría a salir de esta situación tan frágil.

—¿Por qué estás con ellos? —me preguntó la mujer.

—Vivo con ellos. Estoy emparejada con su caedos, el líder del clan.

—¿Emparejada? ¿Quieres decir casada?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me salvó. Fui secuestrada por hombres…

Escupió.

Ah, así que era así.

—Él me rescató, y me enamoré de él. ¿Has oído hablar del tratado que los humanos del norte hicieron con los orcos?

Frunció los labios.

—Dos pobres mujeres tienen que correr por el bosque cada año mientras los orcos las cazan, todo a cambio de protección. —Enderezó la espalda—. Si decidimos casarnos—emparejarnos—no será por miedo a criaturas del bosque. —Sacudió su arma—. Ya les hemos dado unas cuantas lecciones de respeto a los shaydes. ¿Fuiste enviada durante la cacería y luego secuestrada?

—Lo fui, pero habría elegido a mi compañero, Zickar, si me hubieran dado la oportunidad. —Me ardían los ojos y, otra vez, me

pregunté cómo estaría. Si volvería antes de que él…

No, no iba a pensar en que pudiera morir.

—Vine aquí para averiguar qué están haciendo —dije, levantando la barbilla.

Ella alzó las cejas y se estiró la túnica sobre los pantalones. Al menos ya no apuntaba con el arma.

—Estamos construyendo una aldea. Dejamos la nuestra y cruzamos el bosque.

—¿Podríamos convencerlas de que se marchen? —pregunté—. Podrían unirse a mi aldea en el norte.

Su cuerpo tembló de risa.

—¿Por qué querríamos hacer algo así? Estamos construyendo un nuevo hogar donde decidimos nuestro destino, nadie más.

—Están dañando los árboles. Están vivos. Si van a cortar alguno, ¿podrían cortar solo los que ya han muerto?

—Mira, pareces lo bastante decente, así que si quieres huir de los orcos, te recibiremos con nosotras.

—No voy a dejarlos.

Resopló.

—No tengo ningún problema con los orcos en general, pero si crees que vamos a dejar lo que estamos haciendo porque supuestamente los árboles te hablan, estás equivocada. —Negó con la cabeza, sonriendo ante la idea—. Lárgate, mujer, y llévate a tus orcos contigo. —Dándose la vuelta, empezó a caminar de regreso hacia donde había dejado el tronco.

—No podemos permitir que sigan haciendo esto —grité, aunque no estaba segura de qué podríamos hacer para detenerlas.

Su risa grave resonó mientras salía del bosque.

Había fracasado. ¿Por qué pensé que venir aquí y hablar con ellas podría cambiar algo?

—Regresaremos al clan —dijo Sessavia con frialdad—. Podemos discutir con los ancianos lo que debe hacerse.

—No me voy a rendir tan fácilmente. —Soplé sobre mi colgante, y el aliento se me quedó atrapado cuando las vides respondieron a mi llamado, extendiéndose para unirse con las que pisaba y formando un camino hasta el suelo del bosque. En realidad, no sabía

cuál era el comando exacto para pedirles eso; habían respondido solo por suerte.

Necesitaba esa suerte, y pensaba aprovecharla.

Ignorando sus protestas, descendí al suelo y caminé por el bosque hacia la derecha, avanzando hasta donde unas mujeres trabajaban en una puerta. Esta vez, cuando llamé, tres de ellas se acercaron, escaneando el bosque. También llevaban armas negras como la primera, y la idea de que una de ellas pudiera levantarla y dispararle a Zickar me hizo querer desenvainar mi hoja y atravesarlas a todas.

Contuve el impulso.

—Escóndanse —les susurré a Sessavia y Ulong, incapaz de soportar la idea de que los hirieran.

Ellos se mantuvieron cerca, flanqueándome.

Las mujeres se detuvieron al borde del bosque, mirando en mi dirección, aunque no estaba segura de si podían verme.

—¿Quién es? —preguntó una.

—A mí me sonó como una mujer —dijo otra.

—Podría haber sido uno de esos lagartos gigantes jugando con nuestras mentes —dijo otra.

—Solo salen de noche. Y yo escuché a una mujer —alzó la voz—. ¡Eh! Identifícate y sal del bosque lentamente.

—¿Puedo hacerlo sin peligro?

—Supongo que sí.

Saqué mi hoja y salí para encontrarme con ellas.

—Es una mujer —dijo una alta, más o menos de mi edad, examinándome de arriba abajo—. ¿Qué haces aquí afuera? ¿No sabes que hay depredadores y orcos cerca?

—Estoy aquí en representación del Clan Matis.

Una mujer de cabello negro y piel marrón oscura miró a las demás, confundida.

—¿Quiénes son?

—Son los orcos que viven en esta zona —dije.

—¿Orcos? ¿Estás aquí para representar a los orcos? —La mujer alta se frotó la oreja—. Debí escucharte mal.

Volví a explicarles todo.

Empezaron a reírse.

—Vuelve con tus orcos —dijo al fin la de cabello oscuro—. Déjanos en paz.

—Tienen que parar —grité.

La mujer alta me agarró del brazo. Ulong gruñó desde el bosque detrás de mí.

Ella frunció el ceño, entrecerrando los ojos en esa dirección.

—Mira. Ha sido un placer hablar contigo, pero tenemos trabajo que hacer.

Se dieron la vuelta y regresaron a la puerta.

—Lo digo en serio —grité, sintiéndome impotente. Inútil. Completamente frustrada.

Una de las mujeres alzó su arma, y yo retrocedí hacia el bosque.

—Lárgate. Déjanos en paz.

Regresé con mis amigos, que miraban horrorizados hacia la fortaleza.

—Volvamos a nuestra aldea —dije en voz baja—. Como dijiste, tenemos que hablar con los ancianos sobre este nuevo desarrollo.

Pero cuando regresamos, los ancianos estaban ocupados.

Los Flazants habían llegado para llevarse a Dillu y a las niñas.

CAPÍTULO 40

ZICKAR



Me abrí paso a zarpazos fuera de mis pesadillas y me incorporé de un salto en la cama.

—Zickar —lloró Alwen. Se levantó de donde yacía a mi lado y me rodeó con sus brazos—. Zickar. Por favor, vuelve a mí.

Me giré y le tomé el rostro entre las manos.

—Estoy aquí para ti, compañera. Siempre. Este es el único lugar donde quiero estar.

—Estás despierto. Eres tú.

Mi risa baja resonó, pero el movimiento hizo que me doliera el abdomen.

—¿Qué sucedió? Recuerdo que algo me atravesó el vientre. Un arma humana. Quemaba al impactar. Pulost y Finsteg...

Alwen me explicó.

—¿Has estado actuando como caedos? —Curioso cómo me fijé en ese detalle entre todos los demás.

—He hecho lo que he podido durante tres días. Fui con las humanas y les pedí que dejaran de cortar los árboles vivos, pero se rieron de mí.

La aparté de mí con cuidado y examiné su cuerpo. Llevaba una prenda ligera para dormir.

—¿No estás herida?

—Solo me amenazaron. No dispararon. Nunca había visto un arma así. Cuando se la acercan a la boca, son capaces de disparar

algo a través de ella. No es un arco ni una flecha. Tampoco es como una lanza.

—Sea lo que sea, debemos tener cuidado. Podría causarle mucho daño a nuestro clan.

—Tenemos que hacer algo con ellas —dijo con fiereza—. Obligarlas a irse.

—Hablaremos con los ancianos.

—¿Hablaremos?

—Te dije que estaría orgulloso de tenerte a mi lado, y ahora lo estás.

—Tenkaril anunció que los destinos querían que yo liderara mientras tú estabas enfermo —frunció el ceño—. No puedo imaginar por qué.

—Eres lista. Valiente. Por eso.

—Me queda tanto por aprender. Las mujeres del nuevo asentamiento se rieron de mí. No me tomaron en serio cuando deberían haberlo hecho. Nuestro clan es fuerte. Somos más que ellas. Y solo nosotros podemos contener a los shaydes y a los ashenclaws.

—Eres tan fuerte —le levanté el mentón con suavidad—. Increíblemente hermosa.

—Estaba preocupada por ti —dijo ella, apretándose contra mí—. Estabas herido y no despertabas. Los sanadores no sabían qué hacer.

—Estoy bien. Mucho mejor. Tuve sueños muy extraños —respondí, frunciendo el ceño mientras trataba de recordar, antes de apartar esos pensamientos. Mi compañera estaba aquí conmigo, y esos eran solo imágenes brumosas que mi mente había creado. Ella era todo en lo que quería enfocarme ahora.

Una mirada me mostró que era de noche.

—¿Me ayudas? —pregunté, señalando hacia el baño y odiando sentir que no podía recorrer la distancia por mí mismo.

Ella se deslizó de la cama y extendió su mano, atrayéndome hacia ella cuando me puse de pie. Al menos mis piernas aún funcionaban. Mi polla también.

—Parece que te sientes mejor —dijo, dedicándome una sonrisa —. Vamos a llevarte al baño y luego de vuelta a la cama para que sigas descansando.

Mi polla tenía en mente algo más que descansar.

—Odio que apenas pueda moverme solo —gruñí mientras ella me ayudaba a entrar en la pequeña habitación contigua.

Me ocupé de mis necesidades, luego me lavé y limpié mis colmillos y dientes.

Cuando me ayudó a regresar a la cama, me desplomé boca arriba. Solo mi polla aún tenía fuerza, el maldito miembro apuntaba hacia el techo.

—Mi compañero tiene necesidades —dijo con una voz sensual, deslizando su dedo por mi longitud—. Estás débil, pero creo que también puedo ayudarte con esto.

¿Desde cuándo se había convertido en una seductora? Sin embargo, lo acepté. La acepté de cualquier manera, forma o estilo.

—Compañera —gruñí.

Ella se subió encima de mí y abrió sus piernas alrededor de mis caderas, con mi polla sobresaliendo entre nosotros.

Me besó, y perdí la noción de todo excepto de ella. Con un gemido, se aferró a mis hombros y se frotó contra mi longitud.

Había tantas formas en las que quería amarla, estar con ella. ¿Sería suficiente una vida entera para disfrutarlas todas?

Al menos mis manos aún funcionaban. Encontré su clítoris y lo acaricié, deslizando un dedo profundamente dentro de ella. Ella cabalgó sobre mi dedo, con la cabeza echada hacia atrás, y no había nadie más hermoso, más excitante que mi dulce doncella.

Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas mientras ella se levantaba y se dejaba caer de nuevo. Estaba a punto de explotar, y ni siquiera estaba dentro de ella todavía.

—Tómame, amor —gruñí—. Soy tuyo para esta vida y más allá.

Su mirada se clavó en la mía, y apartó mis dedos. Tomando mi polla en su mano, se levantó, la centró en su entrada y se hundió sobre mí. Tomó todo lo que tenía con tanta dulzura.

—Apretada —gemí, casi explotando ya.

—Mantén ese pensamiento —dijo con una sonrisa—. No te dejes ir todavía.

Mientras mi espolón se enganchaba a su clítoris, ella comenzó a moverse, levantándose y dejándose caer con fuerza, empalándose en mi longitud dentro de su pasaje húmedo.

Me moví hacia arriba para encontrarme con ella, penetrándola lentamente antes de aumentar mi ritmo según sus suspiros y gemidos y la velocidad con la que ella levantaba su cuerpo y caía. Saber que podía darle a esta mujer lo que necesitaba era la alegría que había buscado toda mi vida.

Su cabeza se inclinó hacia atrás y no había nada más hermoso que mi compañera encontrando su satisfacción.

Las arrugas en su rostro y sus gemidos agudos me decían todo lo que necesitaba saber. Tomé alegría en la vida, en este momento. No podía haber nada mejor que esto.

—Sí —gritó mientras su cuerpo comenzaba a deshacerse—. Te amo, Zickar. Mi compañero.

No podía esperar para venirme dentro de ella, para sentir su cuerpo temblando alrededor del mío.

Y cuando ella se rindió a su éxtasis, me uní a ella, empujando contra su embestida final.

CAPÍTULO 41

Alwen



Nos bañamos juntos en la cámara de baño, en la gran tina.

Después fuimos al comedor central. Los pasos de Zickar eran tambaleantes, pero podía sostenerse por sí mismo. Una vez que comiera y descansara un poco más, estaba segura de que volvería a ser el de antes. Los vítores que lo recibieron en la entrada del comedor me calentaron por dentro. No me lo tomé a mal que estuvieran agradecidos de que viviera y pudiera retomar sus deberes. Yo había hecho lo que pude, pero ellos lo adoraban como debía ser.

Tenkaril se detuvo en nuestra mesa al irse, escaneándonos a ambos como si pudiera ver sin tocar.

—Estoy agradecida de que estés bien, hijo mío.

—Casi me siento yo otra vez.

Puede que dijera eso, pero yo podía ver cómo le temblaba la mano al sostener sus utensilios para comer. Le tomaría tiempo recuperar completamente sus fuerzas.

—Tu compañera lo ha hecho bien —asintió hacia mí—. Nos dio la información que necesitamos para lidiar con este problema humano.

No estaba segura de qué información había dado, más allá de que ahora había muchas más humanas en la nueva aldea, que no parecía haber hombres, y que todos tenían largos palos negros que usaban para disparar pequeños fragmentos de metal a su antojo.

Todo eso se lo había contado a Zickar mientras nos bañábamos.

—Cuando termines de comer —dijo Tenkaril—, debemos reunirnos con los ancianos. La líder Flazant ha venido con una comitiva, y puede que tenga algo que aportar.

También le había contado a Zickar que habían venido a recoger a nuestros amigos.

Zickar asintió lentamente mientras masticaba el último trozo de pan.

—Me encantaría oír lo que tiene para decir.

—Los veré en un momento, entonces —dijo ella. Su sonrisa me incluyó a mí también—. A ambos caedos.

Y con eso, tomó del brazo a su asistente y salieron del comedor.

—No soy realmente una caedos —dije, recostándome contra Zickar—. Ese es tu puesto.

—Si mi madre dice que lo eres, entonces lo eres.

—Estoy feliz de unirme a ti y a los ancianos en la reunión, pero no estoy segura de tener algo útil que decir.

—No te das suficiente crédito, compañera.

Tal vez.

Salimos y cruzamos una serie de árboles usando lianas que llamé con mi colgante. No me tambaleé ni me detuve en ningún momento mientras caminaba por las plataformas, y la altura no me molestaba tanto como antes.

Zickar sonrió.

—Mírate. Ya eres del clan, compañera.

—Estoy intentando encajar.

Pero era más que eso. Quería aprender todo lo que pudiera sobre mi nuevo pueblo. No era una orca, y a nadie parecía importarle, pero en el fondo quería sentir que pertenecía.

Como los Flazants se unirían a nosotros y sus cuerpos pétreos eran mucho más grandes que los nuestros, tomamos un teegar para bajar al suelo.

Dos shaydes nos encontraron mientras caminábamos por un sendero hacia el gran claro donde hablaríamos sobre lo que podíamos hacer a continuación.

Uno de los shaydes lamió la cara de Zickar mientras el otro me olfateaba. Me quedé completamente quieta, temiendo que la bestia

me devorara, pero pronto me dedicó lo que casi parecía una sonrisa y frotó su cabeza contra mi mano.

—Les gusta que les acaricien las mejillas —dijo Zickar, demostrando con el otro shayde.

Toqué tentativamente al que estaba cerca de mí, y comenzó a ronronear.

Otra prueba de mi clan, y parecía que había pasado esta también.

Un orco mayor apareció en el sendero con una bolsa atada a la espalda.

Asintió a Zickar, y su mirada me escaneó también, aunque con respeto.

—Estoy listo para partir. No tomará mucho tiempo.

—Eso espero —Zickar se acercó a él y le tomó de los brazos—. Gracias. Viaja con cuidado y regresa pronto.

—Lo haré.

Me dedicó una sonrisa antes de lanzarse sobre uno de los shaydes. Con una orden, la criatura salió corriendo por el sendero, seguida por la otra.

—¿A dónde va? —pregunté.

—Rusket tiene un pequeño encargo que cumplir para mí. Nada importante.

—Está bien.

De la mano, caminamos más lejos hasta salir finalmente al claro. Unos veinte miembros del clan se nos unieron, aunque la mayoría se quedó en el borde del bosque.

El sol brillaba, y una brisa suave me movía el cabello. No podía haber un día más hermoso, y deseé que los humanos nunca hubieran llegado a esta parte del bosque. Había otros lugares donde podrían haber construido su aldea. ¿Por qué dañar nuestros árboles para vivir aquí?

Era curioso cómo ahora veía sus feas casas de madera como una ruina para el bosque. Pero juraría que podía sentir el dolor de los árboles. No me tomó mucho tiempo entender cuánto respetaba el Clan Matis el mundo viviente que los rodeaba. Tomaban lo que necesitaban para sobrevivir, pero devolvían lo mismo: plantaban

nuevos árboles para reemplazar a los viejos y cuidaban de los más ancianos del bosque. Cuatro orcos estaban encargados de esa tarea, y durante la comida los había escuchado hablar sobre cómo eliminar plagas en la corteza y cómo hacer que los árboles effervast florecieran. Cuando lo hacían, el área se llenaba de un hermoso aroma, pero, además, las flores podían comerse.

Poco después, nuestros tres ancianos entraron en el claro y se sentaron en el centro. La tierra tembló cuando los Flazants se acercaron, y no fui la única en tragar saliva. Cuando aparecieron, agachando sus cabezas entre la vegetación, sus cuerpos rocosos los seguían. Incluso yo tuve que contener las ganas de levantarme para no ser pisoteada.

Eran el doble de grandes que Dillu.

Las chicas entraron al claro junto a ellos, sus rostros iluminados por sonrisas. Dillu las seguía con su maza en mano, agachando la cabeza en mi dirección al verme.

Se acomodaron en el suelo, y uno de ellos asintió hacia mí, aunque aún no nos habíamos presentado. Habían llegado anoche, y en lugar de ir a verlos, volví a casa para cuidar de Zickar.

—Gracias a todos por reunirse con nosotros para hablar de este problema —dijo Tenkaril. Compartió lo que ya había sucedido con los Flazants.

Pirrah, la líder Flazant, miró hacia Zickar.

—¿Has sanado?

Zickar se movió con una mueca, aunque dudaba que alguien más lo notara.

—Sí, estoy bien.

—¿Y tú no resultaste herida? —me preguntó Pirrah, su mirada deslizándose hacia Sessavia y Ulong, que estaban con los demás. Estaban uno al lado del otro, pero con la suficiente distancia como para sospechar que aún no sabían qué hacer con su nuevo vínculo de compañeros.

El colgante de Ulong brilló de repente, al igual que el de Sessavia, y se miraron con desconcierto.

—Yo también estoy bien —respondí.

—Estas armas —dijo Pirrah—. Atraviesan la carne, pero ¿alguien sabe si pueden penetrar la piel de un Flazant?

Pasó la mano por su brazo, y sonó como si dos piedras se frotaran entre sí.

—No —dijo Tenkaril—. Por supuesto, nunca probaríamos algo así en los jóvenes.

—Dillu dice que quiere ver qué hacen los palos negros —dijo Trillie, empujando a su hermano por el costado. Él asintió.

—Si hay que hacer pruebas —dijo Pirrah con severidad—, que sea un adulto quien lo haga.

Se volvió hacia nosotros.

—La diplomacia no ha funcionado —dijo Tenkaril—. Atacaron a Zickar antes de que pudiera hablar, y aunque permitieron que Alwen hablara con ellos, se rieron de ella y le dijeron que no pensaban dejar de hacer lo que están haciendo.

—¡Están matando nuestros árboles sagrados! —gritó alguien entre la multitud reunida—. ¡Deberíamos matarlos a ellos!

—Basta —dijo Tenkaril, aunque en voz baja.

El silencio cayó. No necesitaba alzar la voz para dejar clara su postura.

—No atacaremos a otra especie sin razón —dijo—. Aunque nos hayan atacado. Por mucho que me gustaría vengarme por haber estado a punto de matar a mi hijo, no hemos vivido en armonía con el bosque todo este tiempo solo para sembrar la discordia con una especie que tal vez pueda aprender a hacer lo mismo.

—¿Creemos que entienden completamente lo que están haciendo? —pregunté. Tal vez era atrevido hablar durante su reunión, pero ella había dicho que debía estar aquí. ¿Para qué, si no, si no era para aportar algo?—. A pesar de que intenté explicarles, para ellos un árbol es solo eso, un árbol. No parecían comprender que talar árboles vivos es como matarnos a nosotros mismos.

—Podríamos hablar con ellos —dijo Pirrah—. Y averiguar si esos palos negros son algo que los Flazants debamos temer.

Levantó el brazo y uno de los Flazants se inclinó hacia ella.

—Ve a explicarles a esas humanas exactamente lo que están haciendo. Por si ha habido algún error, asegúrate de que entiendan

que talar árboles vivos está dañando el bosque. Más aún, que está prohibido. Si puedes, averigua si los palos negros pueden hacernos daño, aunque no te pongas en peligro para hacerlo. Tal vez solo pregúntales.

—Está bien —dijo el Flazant. Se inclinó y salió pisando fuerte por el prado, desapareciendo en el bosque.

—No tardará —dijo Pirrah—. Wambak volverá en breve.

—Caminar le tomará bastante tiempo —dijo Zickar.

Pirrah sonrió.

—Entonces es bueno que no vaya a pie, ¿no?

Poco después, el grito de una criatura muy grande resonó, seguido del rumor de alas enormes.

—¿Un vox? —le pregunté a Zickar en voz baja, mirando al cielo.

Él se encogió de hombros.

—Los que he visto no son lo bastante grandes para cargar a un Flazant.

—Tienes razón, Caedos Zickar —dijo Pirrah.

—Mientras esperamos, busco otras ideas —dijo Tenkaril—. ¿Ancianos? ¿Alguien?

—Sabotaje —dijo Pulost—. Si quemamos sus nuevas casas, huirán.

—¿Y si no huyen? —preguntó Zickar—. ¿Y si vienen aquí y queman nuestras casas en represalia?

—Podemos vivir bajo tierra —respondió, aunque con un tono razonable. Intuí que estaba disgustado consigo mismo por la herida de Zickar, como si se sintiera responsable. En parte lo era, porque lo habían enviado con él como escolta. Pero Zickar había tomado la iniciativa de acercarse solo a los humanos. Pulost no era responsable de eso.

—Quienes viven bajo tierra aman esa vida —dijo Zickar—. Pero ¿y si los humanos aprenden a usar los teegars y nos siguen?

—Iremos más profundo —replicó Pulost. Incluso yo podía ver lo débil de su argumento.

Zickar negó con la cabeza.

—¿Cuán profundo tendremos que ir para que no nos encuentren?

El rostro de Pulost se ensombreció.

—Tienes razón. No lo pensé bien.

—Todas las ideas son bienvenidas —dijo Zickar—. La tuya tiene mérito.

Pulost asintió.

—Tengo una idea —dije en el silencio que siguió.

—¿Podrías hacer algo con esos colgantes? —preguntó Finsteg a Ulong, cubriéndose los ojos por el fulgor de las piedras, que seguían brillando intensamente.

—Me gustaría, pero Sessavia no cree necesitar un compañero —dijo Ulong con fastidio—. Soy un buen macho. Fuerte.

Lo demostró marcando un músculo en su brazo, y era impresionante. Trabajar con metal había añadido volumen a su ya grande cuerpo de orco.

—Se necesita más que fuerza para conseguir una pareja —dijo Sessavia con cuidado.

—El destino eligió —dijo Tenkaril, como si eso fuera lo único necesario para saber con quién casarse—. Vayan, únanse y terminen con esto.

Sessavia se irguió.

—Su beso es atractivo, pero no creo que vaya a ser el mejor compañero para mí.

—¿Así que te gusta mi beso? —preguntó Ulong con una sonrisa —. ¿Por qué no pruebas el resto de mí antes de decidir?

—Ustedes dos —los reprendió Tenkaril—. Cúbranse los colgantes. —Miró hacia Sessavia—. Nunca te sugeriría que fuerces esto, pero si te gusta su beso, puede que disfrutes de algo más.

Sessavia miró a Ulong de arriba abajo.

—Te concedo una noche.

—Será suficiente —la sonrisa de Ulong se ensanchó mientras colocaba la palma sobre su colgante.

—Ahora que eso está resuelto, ¿tenías algo que querías decir, Caedos Alwen? —preguntó Tenkaril, ladeando la cabeza. Tenía esa expresión en los ojos que solo le había visto cuando "veía". Me había tocado. ¿Me había contado todo lo que había visto? Sospechaba que no.

—Tal vez deberíamos enfocar esto desde otra perspectiva. ¿Qué es lo que ellas necesitan? —pregunté—. Si podemos averiguarlo, podríamos llegar a una tregua.

—Preferiría encontrar una forma de colaborar con ellas antes que ahuyentarlas —dijo Tenkaril.

—¿Necesitan que les mostremos la diferencia entre la madera viva y la muerta? —sugirió alguien.

—¿Qué tal protección contra los shaydes? —llamó otro—. Eso funcionó con la aldea de Alwen.

—Justo hacia ahí va mi pensamiento —dije.

Tenkaril asintió, una sonrisa asomando a sus labios. Esa astuta anciana. Había previsto esto.

Alguien gruñó.

—Tenemos que enterrar todas sus armas, y entonces nos necesitarán.

—En realidad… —dije—. Creo que sé exactamente lo que podrían necesitar más.

Los ojos se agrandaron y un silencio cayó sobre el claro.

—¿Y si les ofrecemos compañeros orcos? —pregunté.

CAPÍTULO 42

ZICKAR



Mi compañera era lista. No era de extrañar que la adorara por encima de todas las demás.

—Tiene mérito —dijo Pulost—. Pero ¿cómo hablaremos de algo así si nos disparan con sus armas de metal?

—Vale la pena intentarlo, ¿no crees? —dijo Alwen—. Puedo volver y preguntarles. Si aceptan, infiltraremos orcos compañeros entre ellos. Luego podremos educarlas sobre lo que están haciendo con los árboles. ¿A alguno de ustedes no le gustaría conocer a mujeres capaces de hacer arder su colgante?

Algunas cabezas asintieron.

Tenkaril soltó una risita.

—Nuestra co-caedos es muy sabia.

—Creo que podrían considerar esto —dijo alguien desde el borde del claro. Wambak, el Flazant que había salido a hablar con las mujeres, había regresado con los brazos cargados de sus largas armas negras—. No me dispararon al principio. —Su risa grave y retumbante resonó, un sonido áspero que, sin embargo, resultaba melódico—. Les hablé de los árboles, de cómo están vivos, de cómo sienten dolor.

—¿Y qué dijeron? —preguntó Alwen, inclinándose hacia adelante.

—Como contigo, se rieron —negó con la cabeza—. No parecen creerme. Tal vez no pueden oír las voces de los árboles en el susurro de sus hojas, en el viento que cruza sus ramas.

—¿Cómo terminaste con sus armas? ¿Puedo verlas? —Pirrah extendió la mano.

Él las dejó caer al suelo con estrépito y le entregó una.

Ella la inclinó de un lado a otro, observándola desde todos los ángulos, mientras el resto de nosotros hurgábamos en el montón.

—No parecen tener voluntad propia —dijo al fin—. No creo que estén vivas.

Tenkaril tocó una y negó con la cabeza.

—Son cosas muertas. Y también mortales. Están hechas de un material similar al que los orcos usan para revestir los muros exteriores de sus casas en el reino cercano al mar.

—¿Cómo envían esos diminutos fragmentos de metal a la carne? —pregunté, mirando por el extremo de una, notando que estaba hueco.

—Hicieron esto —dijo Wambak, levantando una y colocando una piedrecita en un extremo. La sostuvo frente a su boca—. Apártense. Incluso una roca pequeña podría hacer daño si los golpea. —Trasteó con el otro extremo antes de gruñir, irritado—. Mis dedos son demasiado grandes. —Hizo un gesto a Alwen para que se acercara —. ¿Me ayudas, caedos?

Ella tomó el arma con cautela y la colocó contra su boca.

—Inhala profundo y sopla con fuerza.

Alwen me miró, los ojos muy abiertos, pero obedeció. Cuando sopló por el artefacto, la piedra salió disparada y golpeó el suelo cerca de un árbol. Pulost y Finsteg fueron a ver y se agacharon en esa zona.

—Se incrustó en la tierra —dijo Pulost, maravillado.

Finsteg entrecerró los ojos al mirar el montón de armas metálicas.

—Voy a practicar con esto hasta que pueda apuntar bien. Luego enseñaré a todo el que quiera aprender. Si no cooperan, podremos usar sus propias armas contra ellas.

—No pareces herido —le dije a Wambak, examinándolo.

—Los fragmentos metálicos rebotan en los Flazants —sonrió y sacó pecho—. Así que, mientras trataban de herirme con sus armas, yo fui recogiendo las que iban dejando caer.

—¿Tienen más? —preguntó Tenkaril.

—No lo creo —dijo él—. Aunque no revisé sus viviendas. —Se encogió de hombros—. No cabría en ellas aunque lo intentara.

—Si tienen más, dudo que sean muchas —dijo Alwen. Me lanzó una sonrisa—. Ahora que parece que les hemos quitado la ventaja, podemos acercarnos y hacer que escuchen.

—¿Y si no lo hacen?

Miró a su alrededor.

—¿Quién de aquí quiere ver si alguna de ellas es su compañera?

—Yo sí —respondió alguien.

Una de nuestras hembras resopló.

—Tendría que evaluarlas primero, pero no me opongo a la idea.

Otros asintieron, y pronto se reunieron más, diciendo que estaban dispuestos a arriesgarse con los palos negros si eso significaba que podrían encontrar una pareja.

—Parece que tenemos una solución —dije—. Ahora solo falta convencer a las humanas de que tienen un problema.

CAPÍTULO 43

Alwen



A la mañana siguiente, nos reunimos en uno de los prados más grandes antes de partir para hacer nuestra oferta a las mujeres.

Un fuerte zumbido resonó, y un ave enorme aterrizó en el centro del claro, clavando sus ojos brillantes en Zickar y en mí.

—Solo comen insectos —dijo Wambak cuando retrocedí ante la criatura. Pasó la yema de los dedos por sus largas plumas—. Estás a salvo, pequeña humana.

Me acurruqué en el abrazo de Zickar, sus brazos rodeándome para mantenerme a salvo.

—Son preciosas —dije, observando sus alas verde pálido salpicadas de lavanda y sus picos rojo brillante.

Wambak dio un salto hasta la espalda del ave, y esta lo miró por encima del hombro, aparentemente sin inmutarse por su peso pétreo. A su orden, emprendió el vuelo, y otras aves similares aterrizaron, una para cada Flazant.

—Quiero ir —dijo Trillie, con Brillie y Villadeer asintiendo. Incluso Dillu parecía triste de no formar parte de esta operación.

—Cuando seas mayor, irás en tu propia aventura —dijo Tenkaril con sabiduría—. Lo he visto.

—Ah, bien —dijo Villadeer—. Pensé vivir toda la vida con Flazants —se tocó su nuevo colgante—. Aprender a llamar al viento. ¡Viento! —levantando su colgante, sopló sobre él y una brisa agitó el dosel de los árboles—. ¿Ves?

—Increíble —dije.

—Tu clan es maravilloso. Tienes que estar feliz de tener la oportunidad de regresar a casa —dijo Tenkaril, dándole una palmadita en el hombro a Villadeer. Los niños Flazants eran tan grandes que incluso sobrepasaban a la mayoría de los orcos.

Sessavia se nos unió con una expresión soñadora. Noté que su colgante no brillaba, pero Ulong aún no había llegado.

—¿Estás… bien? —pregunté, acercándome a ella.

Bufó.

—Como sabrás, anoche le di una oportunidad a Ulong.

Levanté las cejas, reprimiendo una sonrisa.

—¿Y?

Me guiñó un ojo.

—Tal vez le dé otra esta noche.

Tal como había pensado antes. Su romance iba a ser muy divertido de observar.

—Además de nuestros dos caedos, ocho orcos viajarán con nosotros hasta las humanas —dijo Tenkaril, hablando al grupo de orcos que se habían reunido para despedirnos—. Solo machos y hembras sin pareja, por favor.

Pulost se abrió paso entre el grupo.

—Me gustaría ir —dijo, mirando a Zickar en busca de permiso.

Mi compañero asintió.

—Creo que serás un aporte para nuestro clan.

—¿Puedo ir también? —preguntó Finsteg, y también le fue concedido el permiso.

La orca que había mostrado interés el día anterior también dio un paso al frente.

—¿Si se me permite? Tengo curiosidad por saber si todas las mujeres son tan atractivas como nuestra caedos.

Le dediqué una sonrisa.

—¿Y si lo son?

Su sonrisa se igualó a la mía.

—Entonces puede que elija una.

—Tu colgante y el destino son quienes eligen —dijo Tenkaril con un resoplido—. Por favor, recuerda eso.

La orca inclinó la cabeza hacia ella en señal de respeto.

—¿Si me permites? —dijo Tenkaril a Zickar—. Me gustaría elegir al resto.

Con un gesto suyo, comenzó a caminar entre los reunidos, tocando a uno y luego a otro.

Poco después, el resto de los Flazants había alzado el vuelo y ocho orcos se habían unido a nosotros en el centro del prado.

—Ve rápido, hijo mío —dijo Tenkaril, curvando su dedo para que él se inclinara y pudiera verlo.

Él se inclinó y ella colocó sus pulgares sobre sus párpados cerrados.

—Sí —dijo ella, retrocediendo.

—¿Nuestro plan funcionará? —pregunté.

—Tu plan, hija mía. Tú lo sugeriste. En cuanto a si funcionará, tiene una posibilidad, y como con Ulong y Sessavia —lanzó una mirada significativa hacia ella—, donde hay una posibilidad, hay un futuro potencial que uno jamás habría imaginado.

—Es bueno, pero aún no estoy segura de que sea tan bueno —dijo Sessavia con una risa baja.

—Escuché eso —dijo Ulong, entrando al prado. Sonrió a Sessavia —. Recuerdo a cierta orca gritar de placer más de una vez anoche.

Ella se sonrojó.

—No iré con ustedes —nos dijo Tenkaril a Zickar y a mí—. Esto deben resolverlo ocho orcos y ustedes dos. Pero tengo esperanza, y cuando eso habita en mi corazón, todo es posible.

Tomamos los suministros que uno de los orcos había empaquetado para nosotros y partimos, viajando juntos por puentes de lianas hasta el borde occidental del bosque.

Pronto nos reunimos con los Flazants en el suelo, justo dentro del bosque.

—Han avanzado mucho —susurré, señalando la muralla terminada—. Los shaydes y ashenclaws no pasarán por ahí.

—Y, sin embargo, están atrapadas dentro de una zona pequeña —dijo Wambak, acercándose con paso pesado. Habían aterrizado sus aves en el dosel y saltado al suelo, de alguna manera cayendo en silencio para no alertar a las humanas—. Notamos cuán pequeña es su área desde el aire.

—Entonces puede que estén más dispuestas a negociar —dije.

—Iremos juntos —dijo Zickar—. Cuidado con los palos negros. Estoy seguro de que Wambak los tomó todos, pero podrían haber tenido algunos escondidos.

Gritamos antes de salir del bosque para alertarlas de nuestra llegada. Aunque hubiera sido agradable avanzar con paso firme, exponer nuestras condiciones y exigir que las aceptaran, lo que queríamos era paz, no una batalla interminable.

La mujer de cabello rizado oscuro y piel morena entreabrió la puerta principal de su fortaleza, asomando la cabeza.

—¿Han vuelto? ¿Vinieron a continuar con las historias ridículas sobre árboles que viven?

Una rama cayó desde lo alto, aterrizando tan cerca de la puerta que la rozó al caer. Ella jadeó, mirando hacia arriba.

—Eso no pasó —dijo.

—¿Quieres otra demostración? —preguntó Zickar, alzando su colgante—. Puedo hablar con los árboles. No se desarraigarán para atacarte, pero tienen otras formas de hacerse notar.

—Hazlo. No te creo.

Sopló suavemente sobre su colgante y al menos mil ramitas volaron desde el bosque, clavándose en la superficie de la puerta.

La mujer se quedó boquiabierta ante las ramitas temblorosas, palideciendo.

—Está bien —frunció el ceño al mirar el bosque—. ¡Los veo!

—Es un comienzo —me dijo Zickar.

La mujer salió por la puerta seguida de otras tres.

—Soy la líder de esta aldea. ¿Por qué han venido? —su mirada recorrió el cuerpo de Zickar, aunque sin tono sexual—. ¿No eres tú a quien disparé?

Zickar alzó una ceja.

—Me he recuperado.

—Yo… no quise dispararte así. ¡Me asustaste!

Las otros humanas murmuraron en acuerdo.

—Venimos a hacerles una oferta generosa —dije, adelantándome —. ¿Estarían dispuestas a dejarnos entrar para hablar de ella?

—¿Orcos y… lo que sea que sean los de piedra? No, no puedo dejar que entren. Lo siento, pero simplemente no se hace. Seguro que lo entienden.

Incliné la cabeza sin decir nada.

—Soy Mavileen, por cierto —dijo—. Soy la alcaldesa electa de esta encantadora aldea.

—Un gusto conocerte —respondí, aunque no estaba segura de que realmente lo sintiera.

—Los Flazants son un pueblo pacífico —intervino Zickar, haciendo un gesto hacia ellos, de pie cerca del borde del bosque.

Mavileen gruñó.

—Eso es lo que todos dicen —retiró la mano de la hoja que llevaba atada al costado. Las otras mujeres seguían en guardia, con lanzas y espadas largas en las manos. Hasta ahora, no había visto ningún dispositivo de metal negro—. ¿Cuál es su propuesta? —preguntó, alzando las cejas mientras nos examinaba.

A mis espaldas, Pulost soltó una exclamación gutural. Me giré para verlo y descubrí que su colgante brillaba con intensidad. Caminó hacia Mavileen sin vacilar.

—Yo, Pulost, miembro de la facción Brialon del Clan Matis, te reclamo como mi compañera.

Las cejas de Mavileen se alzaron aún más mientras lo miraba de arriba abajo.

—No estoy segura de querer saber qué significa eso, pero si crees que soltar algo bonito va a impresionarme, necesitas redirigir tus pensamientos.

—Eres mi compañera —dijo él—. Ven conmigo y te aseguraré una satisfacción sin fin.

Ella resopló.

—Supongo que te refieres al sexo.

—Por supuesto —casi sonó ofendido de que ella no se derritiera en el acto.

—No estoy interesada en casarme en este momento, aunque debo admitir que eres atractivo… a tu manera orca.

—Eres mi compañera —gruñó, ahora sí claramente ofendido.

—El que tú declares algo no lo hace cierto —replicó ella, cortante. Lo rodeó y se acercó a mí—. ¿Y tú qué ofreces?

—De acuerdo, estamos ofreciendo compañeros —dije riendo. Si la situación no fuera un poco aterradora, podría considerarse *cómica*. De hecho, lo era—. El colgante del clan de Pulost solo brilla cuando el destino elige a su verdadera compañera. Esa eres tú.

—No hoy. Aunque debo decir… los orcos son algo raros, ¿no? —Negó con la cabeza—. Imagínate, creer que pueden acercarse, hacer una declaración como esa y esperar que una mujer se desmaye —miró a Pulost con el ceño fruncido—. Yo no me desmayaré.

—Lo harás —le sonrió él—. Porque soy bueno. Muy bueno.

Ella se irguió con rigidez.

—Salí de la protección de nuestra fortaleza para discutir un acuerdo, no para contemplar tener sexo con un orco —su mirada bajó hacia su taparrabos, donde su gran polla se movía bajo la tela —. ¿Llevas… algún dispositivo bajo la ropa?

—Lo que ves, compañera, soy yo —dijo Pulost—. Con esto, te daré gran satisfacción.

—Los machos sí que son presumidos con lo que tienen entre las piernas, ¿no? —me preguntó Mavileen.

Esta conversación se me estaba yendo de las manos.

—Esto es lo que proponemos. Dejen de cortar árboles vivos y usen solo aquellos que hayan muerto por enfermedad o el clima. A cambio, no solo les permitiremos quedarse aquí, sino que además presentaremos a cualquier mujer interesada en emparejarse con unos orcos muy apuestos como Pulost. Ocho nos han acompañado hoy como muestra de buena fe. Está claro que tenemos algo que ofrecer, ya que Pulost ya ha empezado a vincularse contigo.

—Eso cree Pulost —dijo ella con una risa baja—. Yo aún no estoy de acuerdo.

—Lo estarás —respondió él, su sonrisa ensanchándose—. ¿Quieres que te dé una muestra de lo que tengo para ofrecer?

Le puse una mano en el brazo.

—Después. Por favor.

Él frunció el ceño, pero al mirarme su expresión se suavizó y el color le subió a las mejillas.

—Lo siento. Tienes razón, Caedos. Debemos esperar hasta que se cierre el trato. Luego, se lo mostraré.

—¿Qué significa caedos? —preguntó Mavileen.

—Mi compañero —dije, enlazando mi brazo con el de Zickar— y yo compartimos el liderazgo de nuestro clan. Caedos significa líder.

—¿Una mujer humana lidera a los orcos? Me gusta eso. Por eso nos marchamos de nuestro hogar, muy al oeste de aquí. Los hombres no dejaban de decirnos qué hacer. Se negaban a permitirnos decidir sobre nuestras vidas —inclinó la cabeza, observando a todo el grupo—. ¿Y qué papel tienen los de piedra... los Flazants?

—Son nuestros amigos.

—Tus amigos se llevaron todas nuestras armas.

—Las usas, las pierdes.

Zickar se rio suavemente y me susurró al oído:

—¿Y tú pensabas que no serías buena en esto?

—¿Aceptas nuestra oferta? —le pregunté a Mavileen.

Dos de las mujeres empezaron a mirar a los machos disponibles, y una incluso rodeó a uno. Su colgante brilló y él le tomó la mano y se la besó.

Ella se sonrojó y miró a Mavileen con una súplica en los ojos.

—Tal vez deberíamos considerar su oferta.

Mavileen gruñó, pero no podía apartar la vista de Pulost.

—Está bien. Lo haremos. No cortaremos árboles vivos y su clan... proporcionará compañeros. Si los queremos. Pero recuerda que queremos independencia, no cambiar la sumisión a humanos por la sumisión a orcos. Si alguna de nosotras no quiere estar con un orco, no permitiremos que la fuercen.

—Podemos ser muy complacientes —dijo Pulost—. Muy.

—Eres guapo, pero no *tanto* —replicó ella. Aunque, por la forma en que seguía mirando su entrepierna, sospechaba que no tardaría en permitirle darle una muestra de lo que ofrecía.

—Puedo serlo —dijo él—. Pruébame.

Extendí la mano.

—¿Tenemos un trato?

Mavileen la estrechó.

—Sí, tenemos un trato.

CAPÍTULO 44

ZICKAR



Tomamos el camino lento de regreso al clan, y si Alwen y yo nos alejamos un poco del grupo, con Alwen guiñándole un ojo a Sessavia para asegurarle que todo estaba bien, entonces que así fuera.

Había empezado a recuperarme de la herida que me infligieron los humanos, habíamos formado una tregua que protegería nuestros árboles, y Alwen y yo estábamos enamorados.

Quería alejarme un rato de los demás para mostrarle cuánto significaba para mí.

—Los Flazants se irán pronto —dijo cuando nos detuvimos en una zona cubierta de musgo que me pareció perfecta para recostarnos un rato.

—Si conozco a mi madre, les organizará una fiesta de despedida.

—¿Puedes creer lo que acabamos de hacer? —Alzó los brazos y giró sobre sí misma en el claro, riendo—. ¡Hicimos una tregua con otra aldea! Nuestra gente encontrará compañeras, y los árboles están a salvo una vez más.

—¿Viste cómo miraba Mavileen a Pulost?

—Y otro vínculo se formó casi de inmediato. En cuanto a Mavileen, dudo que resista por mucho tiempo. Parece que Pulost terminará *emparejado* con una líder.

—Eso debería hacerlo feliz en muchos sentidos. Es curioso cómo el destino sabe unir a dos personas.

—Eligió a mi pareja perfecta cuando me envió a ti.

—Zickar —suspiró, trazando con la yema de su dedo una línea por mi pecho, luego por mis abdominales, lo que me hizo reír porque hacía cosquillas, y finalmente por mi polla, que ya estaba ansiosa—. Ámame.

—Lo hago. Siempre lo haré —la atraje hacia mis brazos—. Quiero demostrar que estamos vivos. Necesito tu contacto más que nada.

—Tú haces que mi mundo tenga sentido, Zickar —me dedicó una sonrisa tímida que hizo que mi corazón se expandiera tres veces su tamaño. No podía adorarla más de lo que la adoraba en ese momento.

Le di un beso rápido. O al menos eso intentaba, porque terminó alargándose y provocando gemidos intensos de parte de los dos.

Después le quité la ropa con cuidado, deteniéndome a besar cada una de sus extremidades en el camino. Una vez que me deshice de mi taparrabos, nos dejamos caer al suelo.

Y al unirnos, celebramos nuestro vínculo, nuestro amor y la dicha que habíamos encontrado el uno en el otro.

CAPÍTULO 45

Alwen

EPÍLOGO



A la mañana siguiente, después de comer pescado que habíamos pescado en el río y dormir en un árbol, aunque pasamos más tiempo amándonos que durmiendo, regresamos a la aldea del clan justo cuando los Flazants se preparaban para partir.

Tenkaril nos sonrió al unirnos al grupo en el gran prado.

—Ahí están. Justo le decía a Wambak que espero que nos visiten otra vez. También me encantaría viajar algún día al lugar donde viven, aunque preferiría montar un shayde antes que volar en una de esas aves gigantes. ¡Podría picotearme!

Dos de los Flazants estaban ocupados acicalando a las aves. Una giró la cabeza para rascarse debajo de una de sus enormes alas con el pico. Como si sintiera mi mirada, se detuvo y me miró. Juraría que me guiñó un ojo.

Tragué saliva, y los brazos de Zickar me rodearon.

—Criaturas interesantes, ¿verdad, doncella hermosa?

—Muy.

Wambak salió del bosque y se acercó a donde estábamos.

—¿Quieren conocer a la que tan amablemente me permite montar sobre su espalda?

Cuando me tendió la mano, la tomé.

—También me encantaría aprender más sobre tus mascotas —dijo Zickar, uniéndose a nosotros.

—No son mascotas —respondió Wambak con amabilidad—. No más que tus shaydes.

—En realidad, los shaydes sí son mascotas, ¿no? —pregunté a Zickar, frunciendo el ceño.

—A veces.

Un escalofrío me recorrió. Ya había interactuado lo suficiente con las aves como para que no me dieran miedo. ¿Tenía que volver a preocuparme por darles la espalda?

—Puede que te laman —dijo Zickar, observando mi rostro. Una carcajada se le escapó y me atrajo hacia él, besándome la sien y susurrando solo para mí—: Igual que yo.

—Tú... —Negando con la cabeza, me aparté de él y me acerqué al ave que Wambak había empezado a acicalar con un cepillo del tamaño de mi cabeza.

Dillu y las niñas se acercaron con nosotros al ave, charlando sobre todas las cosas que harían cuando volvieran a casa.

—Jugamos juegos que Alwen enseña —dijo Villadeer—. Hacemos amigas celosas. —Alzó su colgante—. ¡Y yo creo viento!

Tenía el presentimiento de que iba a haber bastante viento en su aldea.

—Compartimos juegos con los amigos —dijo Brillie con una gran sonrisa.

—Solo si son buena gente —añadió Trillie, encogiéndose de hombros.

—Voy a extrañarlas, chicas —dije, y nos abrazamos las tres juntas. Cuando nos separamos, apenas pude contener las lágrimas.

—Acércate —dijo Wambak—. Puedes cepillarla si quieres. —Me tendió el cepillo mientras yo me le unía. Cuando pasé el cepillo por la pata delantera de la criatura, esta sacudió la cabeza y soltó un graznido.

Solté una carcajada, y ella volvió a mirarme. Esta vez supe que me había guiñado el ojo a propósito.

Muchos creían que las criaturas no entendían las costumbres de los orcos ni de los humanos. La mayoría también pensaba que los árboles no podían avisar cuando sentían dolor. Quienes se negaban a "ver" de verdad el mundo que los rodeaba vivían una vida más triste de lo que jamás podrían imaginar. Nuestro mundo estaba lleno

de riqueza y maravillas. Sin saborear cada parte de él, estábamos verdaderamente perdidos.

Zickar levantó un segundo cepillo y comenzó a acicalar al ave a mi lado.

Tenkaril se acercó para unirse a nosotros.

—¿Estás seguro de que no puedes quedarte un poco más? No hay prisa para que regreses a casa, ¿verdad?

—Oh, sí la hay —dijo Wambak—. Hay una mujer a la que llevo un tiempo observando. Voy a pedirle que sea mi compañera.

—¿Y crees que aceptará? —pregunté, deseando que así fuera. Era un buen chico y merecía que alguien lo amara.

—Más le vale que sí. —Se volvió hacia mí con una sonrisa—. ¿Qué opinas, Alwen? ¿Crees que una humana querría emparejarse con un Flazant?

—Apuesto a que sí. —Le di una palmada en el brazo, deseando que las cosas le salieran bien.

Se oyeron pisadas fuertes en el bosque detrás de nosotros, y me volví.

Los shaydes irrumpieron en el claro, todos cargados de personas.

Las rodillas me temblaron y casi me derrumbo al suelo cuando el macho que había partido con los shaydes el día anterior ayudó a mi amada madre, mis hermanas y mi hermano a bajar de los lomos de las criaturas.

—Bueno, ¿puedes creerlo? —dijo Zickar, pasándome un brazo por la espalda y dándome un apretón—. Parece que Rusket ha encontrado a unos cuantos humanos vagando por el bosque y nos los ha traído.

Los ojos me ardían por las lágrimas mientras lo miraba.

—Gracias. Gracias.

Me dio un beso y luego me instó a acercarme a ellos.

—¿Alwen? —dijo mi madre, corriendo hacia mí con los brazos abiertos.

Me encontré con ella a mitad del claro, y nos abrazamos sollozando.

—Un orco llegó al pueblo —dijo al fin, secándose las lágrimas—. Dijo que lo había enviado un amigo para llevarnos contigo si así lo

deseábamos. Hizo muchas promesas, y yo decidí creerle, pero…

—¿Es cierto que somos bienvenidos aquí? —preguntó Nayleen—. ¿Que reciben bien a costureras expertas?

—Así es —respondió Zickar, acercándose.

—Este es mi compañero, Zickar —dije con orgullo, presentándolo a mis hermanas, a mi hermano y a mi madre.

Él le besó la mejilla.

—Todos son bienvenidos en el Clan Matis.

Los ojos de mi madre se agrandaron al mirar a Zickar de arriba abajo.

—¿Has encontrado el amor, Alwen?

Sabía exactamente a qué se refería. Después de todo, ella me había ayudado a enterrar mi pasado.

—Sí. —Me recosté contra Zickar—. Zickar es dulce, cariñoso, y no podría ser más feliz.

Su postura se relajó.

—Me alegra tanto oír eso. —Avanzó tambaleándose y abrazó a Zickar—. Si no te molesta, te llamaré hijo.

—Por favor, hazlo.

—Vamos a instalarlos en una casa preciosa —dije—. Y los llevaremos a Ulong por sus colgantes. Los necesitarán para viajar por el dosel, y les enseñaremos a usarlos.

Mi hermano, Bredar, miró boquiabierto hacia el dosel.

—¿Podremos viajar entre las copas de los árboles?

—Es increíble.

—No te gustan las alturas —le recordó Creea, mi hermana menor.

—Ahora sí me gustan.

—Si son tan amables de venir conmigo —dijo Rusket, con la mirada fija en mi madre por un largo momento.

Ella lo miró de reojo bajo las pestañas, y me pregunté si su nuevo colgante pronto brillaría por un orco. Solo el tiempo lo diría.

—¿A dónde nos llevarás, Rusket? —le preguntó con una sonrisa dulce.

—Primero, a su nuevo hogar. Luego, si lo desean, podríamos cenar juntos en el comedor central.

Ella apoyó la mano en su antebrazo y lo miró desde abajo, parpadeando.

—Me encantaría.

Su mirada volvió hacia mí.

—¿Nos veremos pronto, Alwen?

—Muy pronto. En cuanto nos despidamos de nuestros amigos, iré a buscarlos.

Rusket los condujo fuera del claro, y poco después, el grito de alegría de mi hermano retumbó, indicándome que acababa de dar su primer paseo sobre un teegar.

—Tú, compañero, eres increíble —dije, abrazando a Zickar.

—Solo quiero que seas feliz, amor.

—Y lo soy.

Nos besamos, y cuando nos separamos, caminamos de regreso hacia los Flazants, que se preparaban para partir.

Despegaron uno por uno hasta que solo quedó Wambak, montado en su gran ave.

—En cuanto a esa pequeña tarea que me diste, Tenkaril —dijo—, te prometo que enviaré noticias en cuanto sepa algo.

—Gracias —respondió ella desde el otro lado del claro.

Todavía no podía creer que mi familia estuviera aquí. Les mostraría las viviendas subterráneas. Nadaríamos en el río. Llevaría de nuevo a mi hermano de cacería. Y mis hermanas… iban a ser tan felices viviendo aquí.

Todo se lo debía a mi amor, a mi Zickar.

Como si supiera lo que pensaba, él me rodeó con el brazo, estrechándome contra sí. Me besó la coronilla, y no había sensación más hermosa que el amor que me mostraba en cada momento de mi vida.

—¿Qué necesitas, madre? —preguntó Zickar.

Ella se acercó a mi otro lado y también me dio un abrazo rápido.

—Wambak ha prometido enviar a alguien para hacer unas preguntas al Clan Ember.

—¿Oh? —Zickar me lanzó una mirada de desconcierto, y yo me encogí de hombros. No tenía más idea que él de a qué se refería.

—Dakur —dijo Tenkaril. Se giró y tomó del brazo a su asistente, alejándose de nosotros.

—Espera —Zickar me lanzó una mirada de sorpresa antes de correr tras ella.

Yo lo seguí, tomándolo de la mano y apretándola. Sentía que nuestras vidas estaban a punto de cambiar por completo, y quería estar con él cuando sucediera.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó a Tenkaril en voz baja—. Dakur… mi hermano. Está muerto. Alwen lo vio. Lo vio cuando lo enterraron.

—Y yo he visto lo que ella hizo —dijo Tenkaril. Me dirigió una leve inclinación de cabeza—. Me diste esperanza, hija, de que todo será como debe ser. —Tenkaril le sacudió un dedo a Zickar—. Pero nada de salir corriendo hacia el Clan Ember, aunque descubran lo que sospecho. Te necesitamos demasiado aquí, igual que tu pequeño en crecimiento.

Jadeé y llevé la mano a mi vientre. ¿Estaba embarazada?

—Compañera —dijo Zickar, estrechándome con más fuerza—. Dime, madre… ¿qué pregunta hará Wambak al Clan Ember?

—El macho que Alwen vio en la jaula, el que yo vi a través de sus ojos… —Tenkaril sonrió, aunque su sonrisa tenía un tinte de tristeza —. No era Dakur.

¡Espero que hayas disfrutado la historia de Zickar y Alwen!
La siguiente es La cautiva del orco, y apuesto a que ya has adivinado que se trata de la historia de Dakur: La cautiva del orco.

LA CAUTIVA DEL ORCO

¿Puede un héroe orco herido proteger a su valiosa pareja de un cruel captor?

Nia: Paso mis días curando y protegiendo a criaturas indefensas que encuentro heridas en el vasto desierto cerca de nuestra aldea. Y mis noches escondiéndome. Con mis cicatrices, nunca esperé encontrar el amor fuera de mis preciados amigos animales. Hasta que mi hermanastro me ordena sanar su última adquisición: un orco que fue gravemente herido durante su captura. Solo he oído hablar de los orcos, pero hago todo lo posible por prepararlo para la arena de mi hermanastro.

Mientras vendo las heridas de Dakur, intercambiamos miradas que poco a poco se van tornando intensas. No pasa mucho tiempo antes de que me enamore de este orco rudo y estoico que se ve obligado a luchar en la arena cada noche. Mi hermanastro nunca liberará a Dakur, y sospecho que tiene un horrible plan para mí. ¿Podré encontrar la fuerza para liberarnos a ambos y que Dakur y yo podamos estar juntos?

Dakur: Apenas recuerdo haber sido capturado, y desde entonces he sufrido, obligado a luchar contra bestias cada noche en un ring. Lo único bueno en mi nueva vida es Nia, la mujer humana que activó el

colgante de mi clan. Ella es mi compañera, pero dudo que viva lo suficiente para reclamarla. Y cuando Nia sea arrojada al ring, me sacrificaré para asegurarme de que ella escape.

Voy a escapar de esta trampa, destruyendo a todos los que se pongan en mi camino.

Y luego, voy a reclamar a Nia como mía.

La Cautiva del Orco es el Libro 5 en la serie Caza de Compañeras para Monstruos. Espera a un héroe orco seductor con una creativa... (ejem), diferencia de tamaño, una mujer feroz y marcada por las cicatrices que hará lo que sea para proteger a los que ama, además de un mundo fantástico en el que querrás vivir. Final feliz garantizado. Cada libro es independiente, pero la serie es más divertida si se lee en orden.

Advertencia: padre abusivo – no aparece en la página.

Caza de Compañeras para Monstruos
Libros en Orden:
La Pareja del Orco (Precuela)
El Deseo del Orco
El Destino del Orco
La Doncella del Orco
La Cautiva del Orco
El Sometimiento del Orco

Acerca del Autor

Ava Ross es una autora que ha figurado dos veces en la lista de USA *Today* Bestselling Authors y ha escrito numerosas novelas, todas con un romance dulce y apasionado. Se enamoró de los hombres con rasgos inusuales cuando vio Star Wars por primera vez, donde las criaturas alienígenas se hicieron populares. Vive en Nueva Inglaterra con su esposo (que, lamentablemente, no es un alienígena, aunque tiene su propio encanto), sus hijos y algunas mascotas.